

CIVILIZACIONES PERDIDAS

AZTECAS
SANGRE Y ESPLENDOR
II



AZTECAS

SANGRE Y ESPLENDOR

AZTECAS

SANGRE Y ESPLENDOR

SEGUNDA PARTE

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: H. B. Nicholson, John B. Carlson, Richard A. Diehl,
David Carrasco, George L. Cowgill
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
Aztecs: Reign of blood & Splendor

Traductor:
Domingo Santos

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S. A. (1-3-96)

ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0167-0 (volumen 12)

Impresión:
Printer. Industria Gráfica
Sant Vicenç del Horts (Barcelona)

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

SUMARIO

Capítulo tercero
EL TERRIBLE SUSTENTO
DE LOS DIOSES
81

El templo de la muerte
109

Capítulo cuarto
EL LADO MÁS GENTIL
DE LA VIDA AZTECA
125

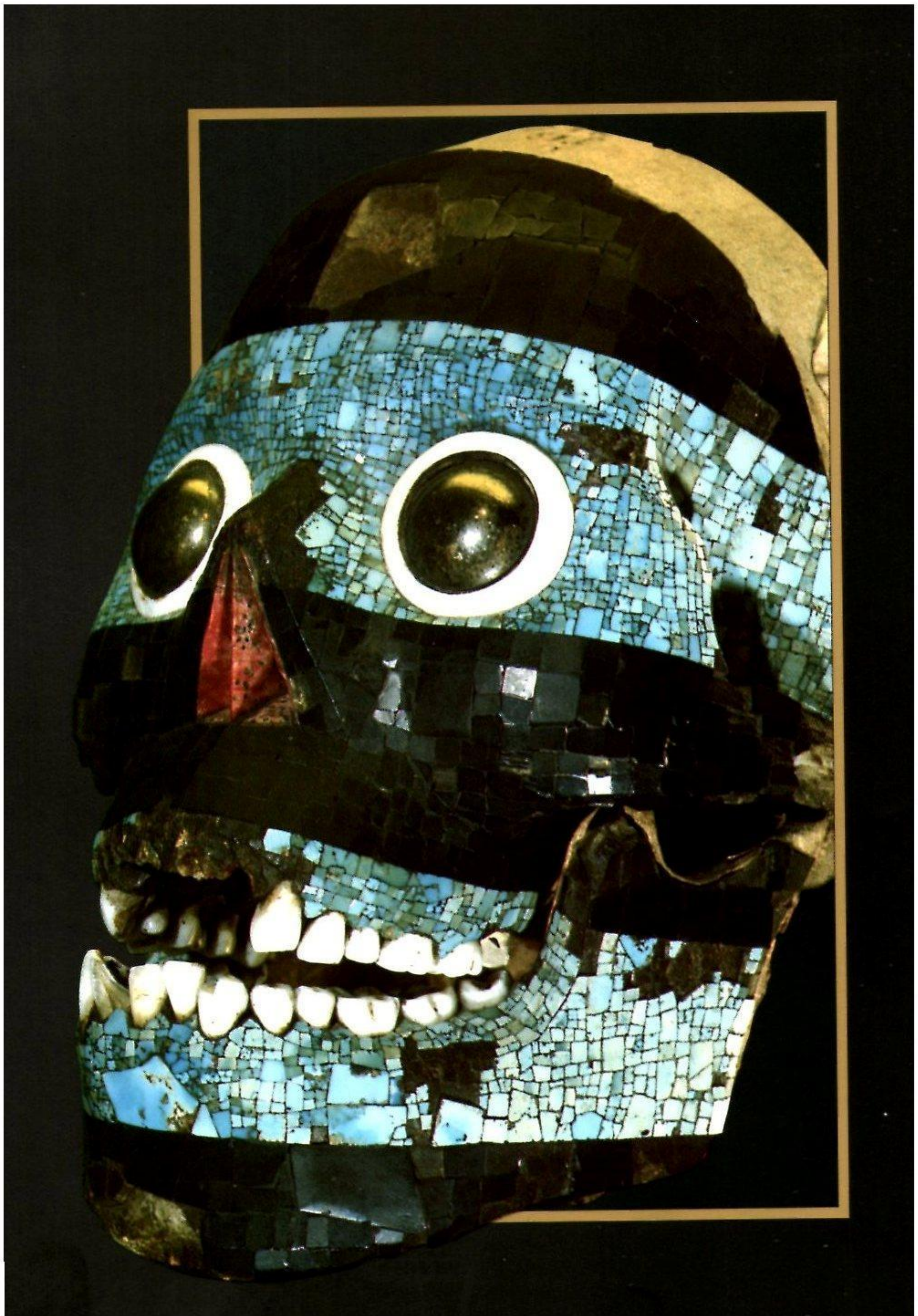
Dentro del mundo azteca
149

Cronología
158

Agradecimientos y Créditos de las ilustraciones
160

Bibliografía
161

Índice
164



3

EL TERRIBLE SUSTENTO DE LOS DIOSES

El 21 de febrero de 1978 sería un día para recordar. Los obreros que cavaban las zanjas para un nuevo cableado eléctrico en el corazón de Ciudad de México habían atravesado el pavimento de cemento de la calle y cavado unos dos metros cuando sus palas golpearon una gran piedra redonda y plana. Tras raspar parte de la tierra que la cubría, pudieron contemplar una superficie tallada. Sabían que se trataba de un descubrimiento del que la Oficina de Recuperación Arqueológica querría tener noticia, de modo que avisaron a las autoridades. Cuando llegó un equipo de excitados arqueólogos, sus miembros retiraron más tierra hasta revelar una horrible escena tallada en la piedra: las cortadas cabeza, brazos, piernas y torso de una mujer esparcidos en un círculo de casi tres metros y medio de diámetro. Excepto las joyas y un cinturón de serpiente adornado con un cráneo humano, estaba desnuda. Tras estudiar la piedra, los arqueólogos identificaron la figura como la diosa de la luna Coyolxauhqui, hermana de Huitzilopochtli, el dios guerrero del sol y deidad patrona azteca.

Bajo cualquier circunstancia aquél habría sido considerado un descubrimiento importante, pero lo que lo hacía más significativo era que se había producido en el lugar donde se había erigido el Templo Mayor, el templo principal de la capital azteca de Tenochtitlán. De hecho, el descubrimiento desencadenaría una de las más fascinantes excavaciones arqueológicas del siglo (págs. 108-123), en la que emergerían a la luz del día grandes porciones del Templo Mayor tras haber permanecido enterradas durante siglos en el esponjoso suelo de Ciudad de México. Por

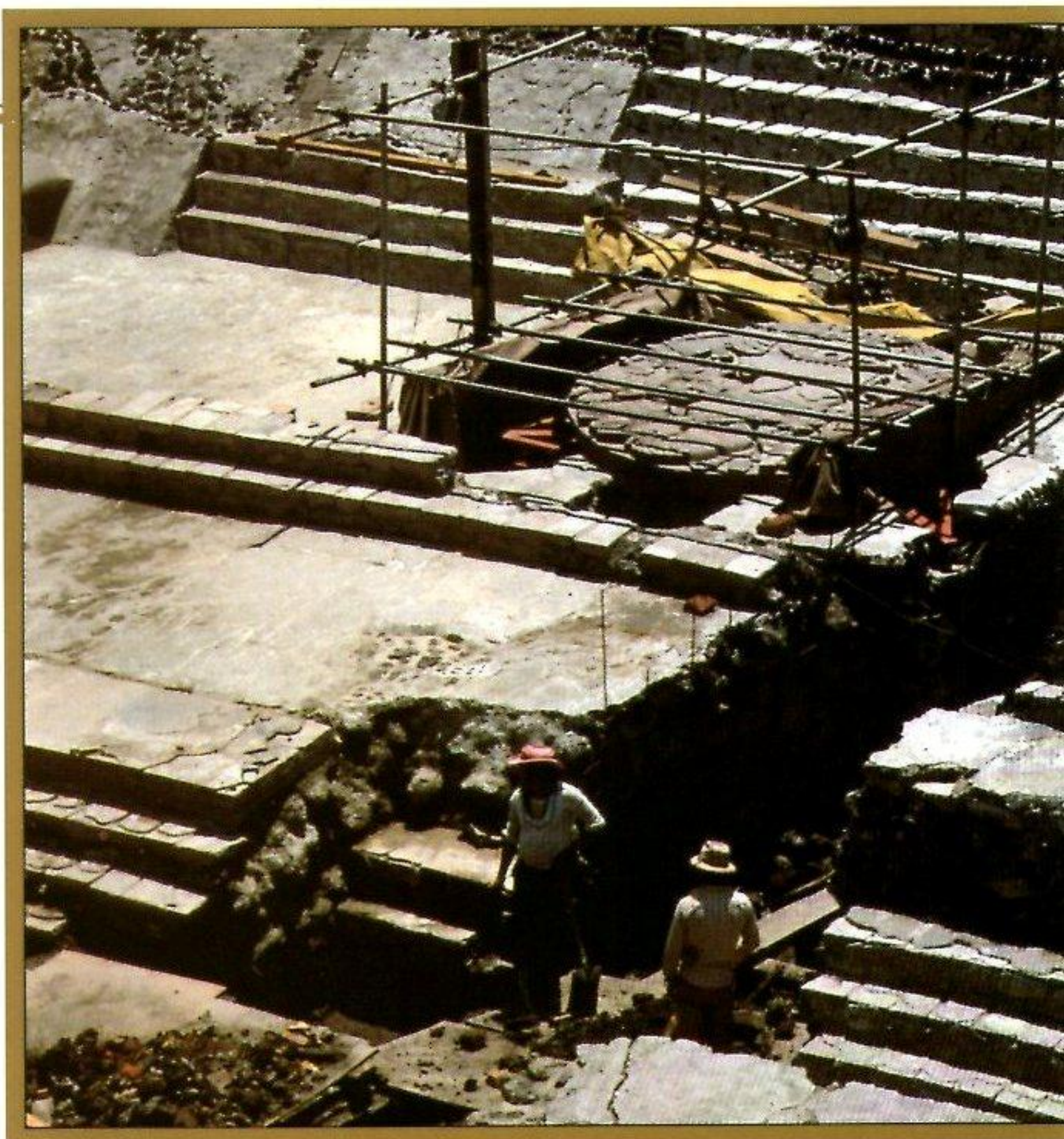
Este sonriente cráneo, embellecido con ojos de pirita de hierro y fragmentos de turquesa y azabache, pudo pertenecer a uno de los jóvenes que durante un año personificaban a Tezcatlipoca, el omnipotente dios de los aztecas. Cuando se acababa su tiempo, eran sacrificados ritualmente.

extensión, la piedra serviría para iluminar la importancia de la guerra y del sacrificio humano en el funcionamiento del estado azteca, porque Coyolxauhqui tenía un papel crucial en uno de los mitos centrales aztecas.

Este mito hablaba de una época en el distante pasado en la que Huitzilopochtli desencadenó su terrible venganza sobre su hermana, Coyolxauhqui. La historia cuenta que Coatlicue, su madre, tras dar a luz la luna y 400 estrellas, tomó un voto de castidad. Pero un día, mientras estaba limpiando el templo en la cima de la montaña sagrada donde vivía, fue impregnada por una bola de plumas. Sus descendientes se sintieron ultrajados cuando supieron del embarazo de su madre, convencidos de que había roto sus votos. Coyolxauhqui los agrupó, y juntos decidieron matar a Coatlicue por su transgresión. Pero un hijo corrió a informar al aún no nacido Huitzilopochtli de sus planes. Cuando el grupo se acercó para llevar a cabo su asesina tarea, el dios sol niño saltó completamente armado del seno de su madre y derribó vengativamente a la diosa Coyolxauhqui antes de perseguir a sus otros hermanos, una expresión mítica de la derrota de la luna y las estrellas por parte del naciente sol cada mañana. En su furia, despedazó a Coyolxauhqui y arrojó montaña abajo todos los pedazos excepto la cabeza.

La recién hallada piedra era algo más que un eco de este antiguo mito. Su situación al fondo de las escaleras que conducían a la parte superior del Templo Mayor recordaba el destino de Coyolxauhqui, porque la piedra había servido para una horrible finalidad, la de recibir los cuerpos de las víctimas sacrificadas que eran arrojadas desde la piedra sacrificial frente al altar de Huitzilopochtli, uno de los dos altares que adornaban la plana cima. Rebotando y deslizándose por los ensangrentados escalones de la montaña hecha por el hombre, los cuerpos iban a parar sobre la piedra Coyolxauhqui en las desmadejadas y caóticas posturas de la muerte.

Impulsados por el temor a los dioses, en particular Huitzilopochtli, los aztecas realizaron sacrificios humanos a una escala desconocida antes y después en la historia. El conquistador Bernal Díaz del Castillo fue testigo de estas sangrientas prácticas y escribió vívidamente sobre el destino de algunos de sus amigos, capturados por los aztecas durante la climática batalla entre los indios y los españoles por el control de la ciudad



Aún en el lugar donde fue hallada en 1978 a los pies del Templo Mayor en Ciudad de México, la piedra que lleva un relieve del cuerpo desmembrado de la diosa Coyolxauhqui está protegido aquí por un andamiaje temporal de metal. Posteriormente fue trasladada al Museo del Templo Mayor, y hoy es considerada como uno de los mayores tesoros arqueológicos de México.



en la primavera de 1521. Desde el palacio al cual Díaz se había visto obligado a retirarse podía ver el templo. Al aterrador sonido del tambor del altar de Huitzilopochtli, acompañado por el estruendo de conchas, cuernos y otros instrumentos parecidos a trompetas, Díaz miró hacia el Templo Mayor y vio que algunos de sus camaradas, que habían sido capturados por los aztecas, eran arrastrados a la cima para ser sacrificados. Cuando los indios los hubieron llevado «a una pequeña plaza donde mantenían a sus malditos ídolos –contó Díaz en el entrecortado estilo de alguien que ha presenciado el horror y nunca será capaz de olvidarlo–, los vimos colocar plumas en las cabezas de muchos de nuestros hombres y, con cosas como abanicos en sus manos, les obligaron a danzar delante de Huitzilopochtli, y después de que hubieran danzado los colocaron boca arriba sobre algunas piedras más bien estrechas que habían sido preparadas como lugares para el sacrificio, y con cuchillos de piedra abrieron sus pechos y les arrancaron sus palpitantes corazones y los ofrecieron a los ídolos que allí había, y patearon los cuerpos arrojándolos escaleras abajo, y los carniceros indios que aguardaban allá abajo cortaron sus brazos y sus pies y despellejaron sus rostros, y prepararon luego sus pieles como si fueran guantes con las barbas hacia fuera, y las guardaron para los festivales donde celebraban ebrias orgías, y comieron su carne con chiles».

La carnicería que era tan incomprensible para Díaz y sus compañeros españoles conmemoraba, por supuesto, el desmembramiento ritual de la diosa y el triunfo del feroz y vengativo Huitzilopochtli, deidad no sólo del sol sino también de la guerra y de los guerreros, el genio que presidía todo el pueblo azteca.

Si alguna vez hubo un pueblo dedicado a las proezas marciales, éste fue el de los belicosos aztecas. Nada era más honorable a sus ojos que una muerte viril en combate, o como cautivo ofrecido a los dioses sobre la piedra sacrificial. Los guerreros que morían en batalla o como sacrificios humanos y las mujeres que perecían en el parto eran considerados merecedores de otra vida; casi todos los demás, independientemente de *status* y rango, vagaban durante cuatro años por el submundo hasta alcanzar su nivel más bajo –que los aztecas llamaban la Tierra de los Muertos, o «nuestro hogar común»–, donde presentaban sus regalos al Señor de la Muerte, y luego desaparecían en las sombras. Los oradores aztecas alababan en particular el glorioso fin de los hombres en el campo de batalla. De hecho, las crónicas hablan de uno de ellos dando las gracias a su creador por permitirle «ver tantas muertes de mis hermanos y sobrinos». Sus poetas cantaban a ese tipo de muerte. Uno de ellos escribió: «No hay nada como la muerte en la guerra, nada como el florecer de la muerte, tan preciosa al que da la vida. Ya la veo: ¡Mi corazón la ansía!». Otro hablaba líricamente del campo de batalla, «donde el ardiente y divino licor es



derramado, donde las divinas águilas se ven ennegrecidas por el humo, donde rugen los jaguares, donde las gemas y valiosas joyas se ven dispersadas, donde las plumas se agitan como espuma, allá donde los guerreros se despedazan unos a otros y los nobles príncipes son derribados y hechos pedazos».

Los aztecas veían incluso el nacimiento como un campo de batalla, lleno de dolor y sangre. Cuando un bebé llegaba al mundo, la comadrona lo alzaba sobre su cabeza, como si fuera su cautivo, y lanzaba gritos de guerra. Luego exhortaba al niño a atender sus palabras. «Tu hogar no está aquí —entonaba—, porque eres un águila o un jaguar —un depredador solitario—. Esto es sólo un lugar donde anidar —le decía al niño—. La guerra es tu tarea. Debes darle bebida, alimento, comida al dios.» Se refería, por supuesto, a la sangre. El campo de batalla era visto como un lugar sagrado, y la comadrona seguía hablando acerca del honor de morir en él como un guerrero o como un cautivo en la piedra sacrificial: «Quizá merezcas la muerte por el cuchillo de obsidiana». Los poetas elaboraron la nobleza de este tipo de muerte. «Que tu corazón no vacile —reza un

Sobreimpresa sobre las excavaciones del Templo Mayor, esta silueta de la pirámide sugiere cuál podía ser su aspecto cuando Cortés llegó a Teotihuacán en 1519. El altar de la derecha honraba al dios de la lluvia, Tlaloc, el de la izquierda a Huitzilopochtli, la deidad patrona de los aztecas.

exorcismo a un dios en beneficio de un guerrero—. Que desee, que ansíe el florecer de la muerte por el cuchillo de obsidiana. Que saboree el aroma, la frescura, la dulzura de la oscuridad.» Los niños pequeños destinados a ser guerreros eran presentados con escudos y flechas en miniatura que simbolizaban la meta de su futura existencia; sus cordones umbilicales y las armas que se les entregaban eran confiados a guerreros para ser enterrados ceremonialmente en un campo de batalla.

Parte de la razón para este énfasis militar era religioso. La constante lucha del sol con la luna y las estrellas tenía que reanudarse cada noche, y si Huitzilopochtli perdía la batalla, la vida terminaría en un sudario de oscuridad. Su fuerza tenía que ser repuesta constantemente, y a los ojos aztecas el alimento más seguro era la sangre humana, a la que se referían como «el agua más preciosa». Así que existía una constante demanda de víctimas sacrificiales. Los investigadores varían en sus cálculos del número de personas que los aztecas mataban cada año, pero quizás eran sacrificados tantas como 20.000 en todo el imperio.

Había otras razones para cultivar la guerra. Como su exacta contemporánea histórica, la Italia del Renacimiento, México en la época de los aztecas era un territorio de ciudades-estado. Docenas de pequeños centros urbanos, cada uno de los cuales controlaba un área de tierras a su alrededor lo bastante grande como para alimentar su propia población, se disputaban el poder. El que podía sembrar el terror en los corazones de todos los demás era el que dominaba y gobernaba..., y podía extraer el mayor tributo. Otra condición que fomentaba la belicosidad, curiosamente, era la inusual fertilidad agrícola del valle de México, cuyas riquezas nutricionales se habían visto impulsadas además por el uso de *chinampas*, pequeños huertos anclados en lagos, hechos con ramas entrelazadas sobre las cuales se apilaba el fértil lodo arrancado del fondo. El resultado era que se necesitaba comparativamente poco trabajo para producir suficiente comida para vivir. Una estimación moderna sugiere que una familia podía sostenerse a sí misma durante todo el año de los frutos obtenidos en sólo unas siete semanas de trabajo. Parte del excedente de la cosecha iba a alimentar las ciudades en forma de tributo; pero quedaba un excedente de trabajo, que dejaba a los hombres libres para dedicarse a sus ambiciones militaristas. Un efecto de ello fue producir una estructura social jerárquica, en la cual emergían diferentes grupos de gente, como las clases guerrera y sacerdotal.

En un mundo de estados en conflicto, había mucho que ganar, como los aztecas no tardaron en descubrir, refinando el arte de la guerra. Los códices aztecas, los relatos españoles de la conquista, y las evidencias ar-

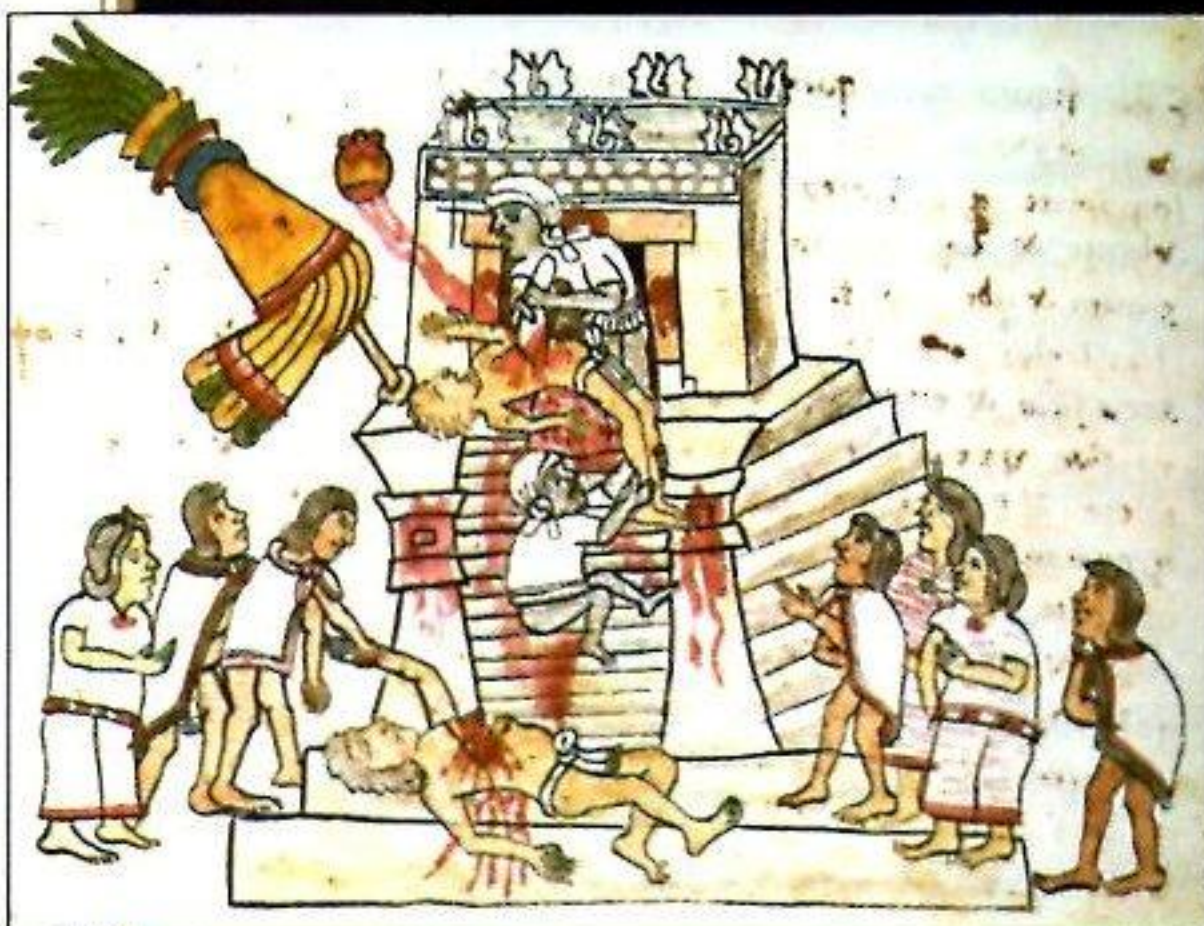
queológicas, muestran que la tecnología militar en Mesoamérica no llegaba a las elaboradas máquinas de asedio u otra compleja maquinaria de guerra. El éxito o el fracaso en el campo de batalla dependía a cambio del eficiente entrenamiento de los guerreros individuales. Bajo las circunstancias, la nación victoriosa era muy probablemente la que más había sobresalido en dos campos: la organización de sus fuerzas de lucha y la moral de sus guerreros. Toda la cultura azteca estaba estructurada con gran eficiencia para maximizar ambas cosas.

El proceso se iniciaba al más alto nivel. El trono azteca no pasaba automáticamente al hijo primogénito; en vez de ello entraba en juego un elemento de selección. Un consejo de guerreros, sacerdotes y funcionarios diversos elegía al futuro monarca de entre los rangos de la familia real; el liderazgo militar y la aptitud sacerdotal eran quizá los dos criterios más importantes que influían en la elección.

Poco después de ascender al trono, se esperaba que el nuevo soberano condujera a sus tropas en una campaña de conquista. El éxito de esta expedición inicial era una prueba vital de su valor. Cuando un nuevo soberano, Tizoc, regresó con sólo 40 cautivos tras perder 300 hombres, fue etiquetado como un fracaso y su reputación no se recuperó nunca. Su reinado sólo duró cinco años. Según un cronista, «miembros de su corte, furiosos ante su debilidad y falta de deseo de traer la gloria a la nación azteca, lo ayudaron a morir con algo que le dieron para comer».

En vista de su decepcionante reputación militar, resulta

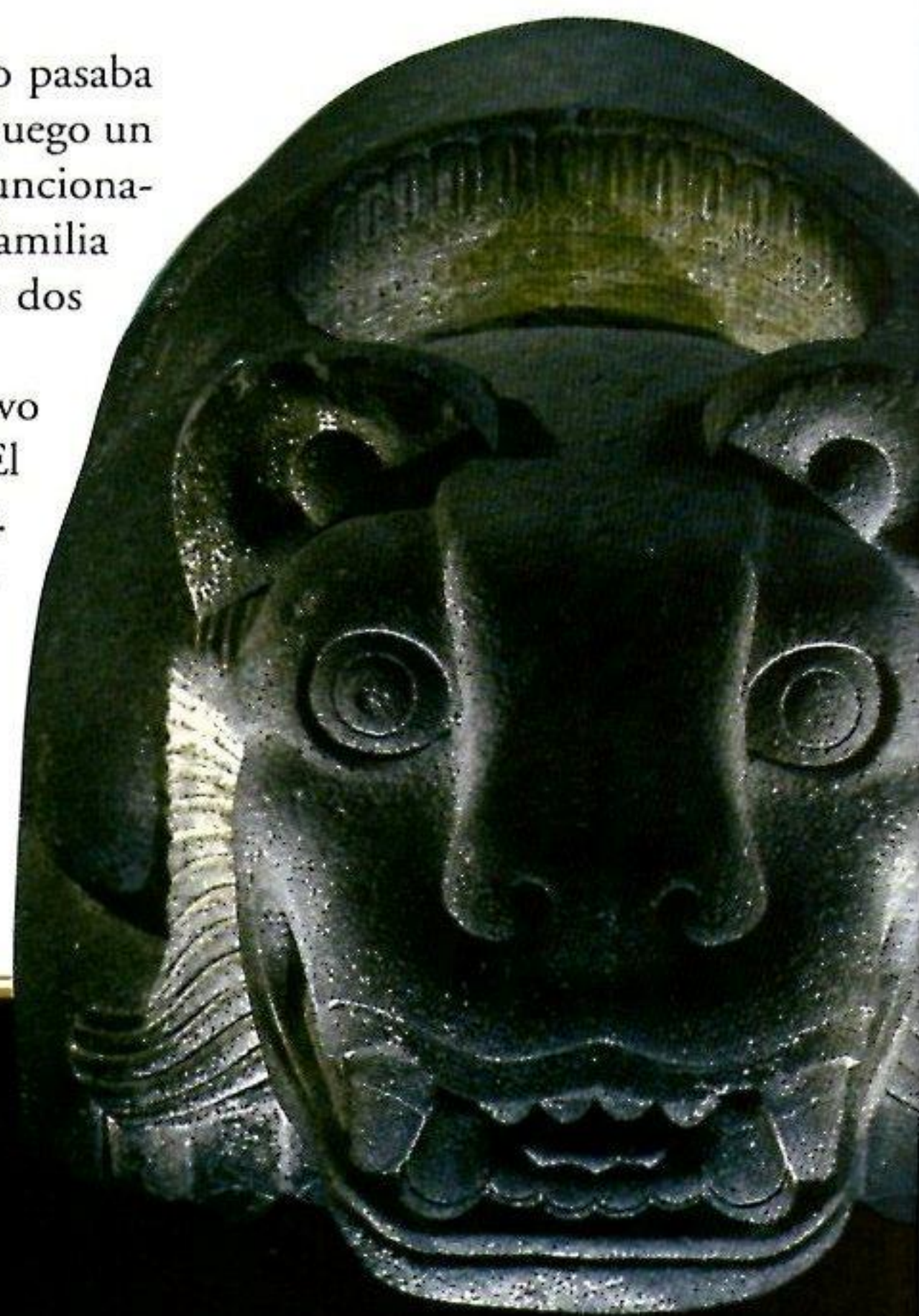
APACIGUAR EL APETITO DE CORAZONES Y SANGRE



Los aztecas creían que, al crear el mundo, sus dioses ofrecieron sus corazones y su sangre al sol, y que, como beneficiarios de los dioses, ellos tenían que efectuar un sacrificio similar para mantener el universo en perfecto equilibrio. Aunque la mayor parte de sus deidades requerían sacrificios regulares, quien necesitaba más alimento era su patrón, el dios de la guerra Huitzilopochtli. Se creía que, si no se le fortificaba diariamente con corazones y sangre humanos,

carecería de la fuerza necesaria para luchar contra las fuerzas de la noche, y no conseguiría amanecer como el sol a la mañana siguiente.

La ilustración de la izquierda, extraída de un códice, muestra el rito estándar en el gran templo de Tenochtitlán, con un sacerdote arrancándole el corazón a un cautivo, cuya sangre se derrama escaleras abajo. El corazón es alzado aquí hacia el cielo; en realidad era depositado en un receptáculo especial, como el inmenso jaguar de



irónico que este soberano sea hoy recordado sobre todo como la persona a la que fue dedicada la triunfal Piedra de Tizoc, un enorme monumento circular de dos metros y medio de diámetro por uno de grueso que hoy constituye uno de los tesoros del Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México. Aunque una serie de tallas que muestran triunfos aztecas decoran su borde, sólo una puede ser relacionada con las campañas conocidas de Tizoc, y los estudiosos creen ahora que los relieves celebran el imperio que heredó antes que sus escasas victorias. (Una piedra similar, que al parecer refleja las hazañas de un monarca de mucho mayor éxito, Motecuhzoma I, fue desenterrada en el jardín del Palacio del Arzobispo en Ciudad de México en 1988.)

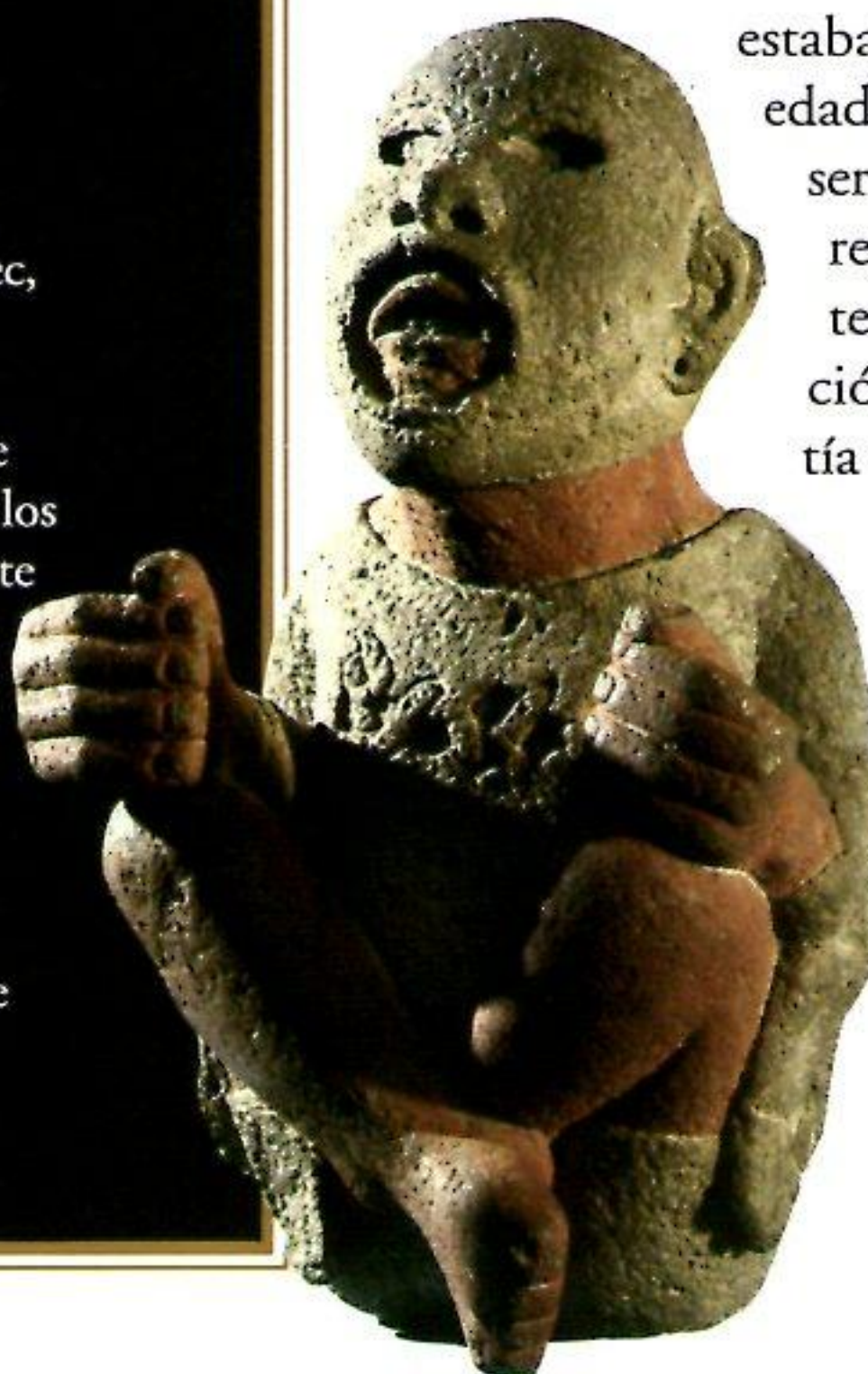
Tras el énfasis azteca en el triunfo marcial había una lógica compulsiva. Curiosamente, los aztecas hacían pocos intentos por subyugar a los pueblos a los que conquistaban. Ninguna cadena de fortalezas mantenía a las naciones derrotadas bajo el yugo; incluso las guarniciones militares parece que fueron raras. En vez de ello, los conquistadores dependían de la intimidación para la sumisión continuada de las demás ciudades-estado de la región: el miedo a las represalias era lo que mantenía fluyendo los tributos. Cualquier indicio de que los ejércitos aztecas ya no eran invencibles podía en consecuencia suscitar el desafío y la insurrección, un hecho que los conquistadores españoles iban a capitalizar cuando grupos de indios hostiles se aliaron a ellos para ayudar a derribar a los aztecas.

Hasta ese cataclismo final e imprevisible, sin embargo, la máquina de guerra azteca fue un arma tan efectiva como podía llegar a ser dentro del nivel existente de tecnología. Todas las energías del estado estaban dirigidas a alentar las proezas marciales. Desde la edad de 20 años, cada hombre corporalmente apto podía ser reclutado para las campañas que formaban una parte regular del año azteca, y que empezaban normalmente a finales de otoño, una vez completada la recolección y terminadas las lluvias de verano. Además, existía también una clase militar profesional, extraída tanto de la nobleza como de los plebeyos que habían demostrado su valor en la guerra. Estos guerreros a tiempo completo no tenían otro compromiso que la guerra, puesto que eran mantenidos por el estado en gran parte gracias a los tributos proporcionados por las ciudades conquistadas.

Todos los muchachos recibían algún entrenamiento militar. A la edad de 10 años aproximada-

piedra reflejado arriba.

Pero el corazón no era el único órgano que recibía un tratamiento ritual. Xipe Totec, un dios asociado con la primavera, exigía sacrificios humanos en un rito anual de renovación. Después de que los prisioneros perecieran durante una ceremonia que simulaba una batalla, sus cuerpos eran despellejados, y los penitentes llevaban sus pieles durante 20 días. La figura de la derecha muestra a Xipe Totec con ese horrible atuendo.



mente, su pelo era rapado excepto un mechón en la nuca como iniciación preliminar a los sagrados rangos del guerrero. Cuando alcanzaban los 15 años recibían entrenamiento en armas, y se reunían cada tarde con veteranos que les ofrecían relatos de guerra y les enseñaban las danzas y los cantos requeridos. También se les proporcionaban tareas destinadas a fortalecerles, como cargar troncos desde distantes bosques hasta los templos, donde alimentaban los fuegos eternos que se mantenían en ellos.

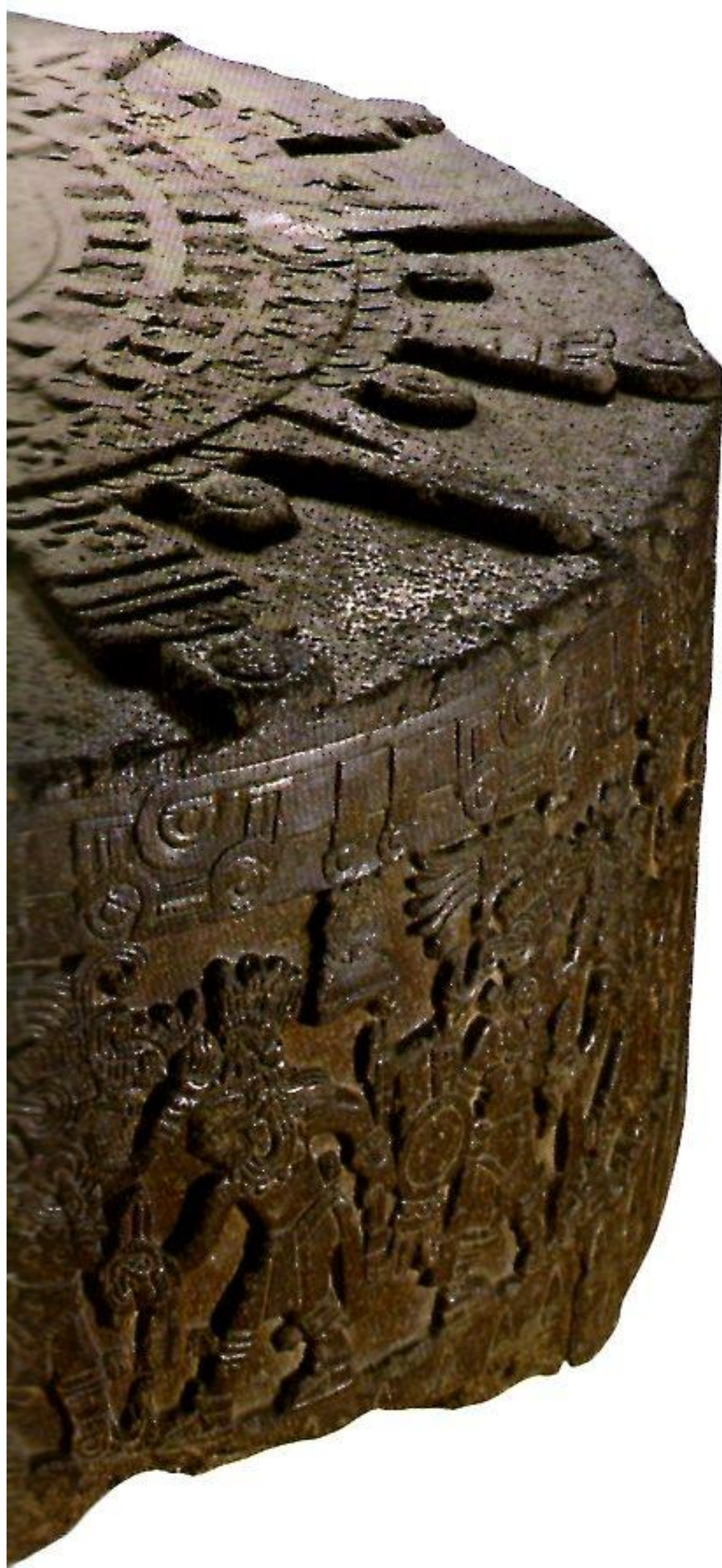
Cada muchacho debía retener su revelador mechón de pelo hasta participar en la captura de un prisionero. Su primera experiencia en el campo de batalla se limitaba a cargar con el escudo de un guerrero y observar la acción, pero la segunda requería ya que participara, junto con hasta cinco de sus compañeros novicios, en capturar vivo a un enemigo. El cautivo era llevado entonces a los hombres a cargo del sacrificio, que lo mataban. El cuerpo era dividido entre los muchachos participantes para su consumo ritual: El muslo derecho y el torso correspondían al joven que se había comportado más heroicamente; el muslo izquierdo iba al segundo joven más valiente; el brazo derecho al tercero, y así sucesivamente hasta que no quedaba ninguna porción.

Tras haberse probado a sí mismo, el nuevo guerrero hacía cortar su mechón y dejaba que le creciera el pelo para cubrir su oreja derecha. Pero ahora estaba a sus propios medios. Ya no podía contar con la ayuda de sus amigos, ni podía ofrecerles ninguna ayuda en su próxima batalla, aunque viera que algún compañero estaba en apuros; si acudía en su ayuda, corría el riesgo de ser acusado de intentar robarle al otro su cautivo potencial. Y tenía estrictamente prohibido apiadarse de un amigo que hubiera fracasado en capturar a un prisionero durante una batalla; entregarle uno de los suyos era un engaño castigable con la muerte.

La finalidad de este conflicto era enfrentarse a un enemigo cuyo *status* fuera igual o superior al del guerrero y dominarlo sin infligirle demasiadas heridas. Los prisioneros mutilados no eran válidos para el sacrificio. Por cada hombre que capturaba con vida, el aspirante a guerrero recibía mantos especiales, y así su récord militar era visible para todo el mundo en cualquier momento. Los jóvenes que fracasaban a la hora de

La Piedra de Tizoc, tallada durante los cinco años de reinado de ese fracasado monarca, y que mide 2,5 metros de diámetro, ilustra una serie de campañas militares, de las que sólo en una participó directamente Tizoc. En el centro del disco del sol de la parte superior hay una depresión que pudo contener los corazones de los sacrificios humanos.





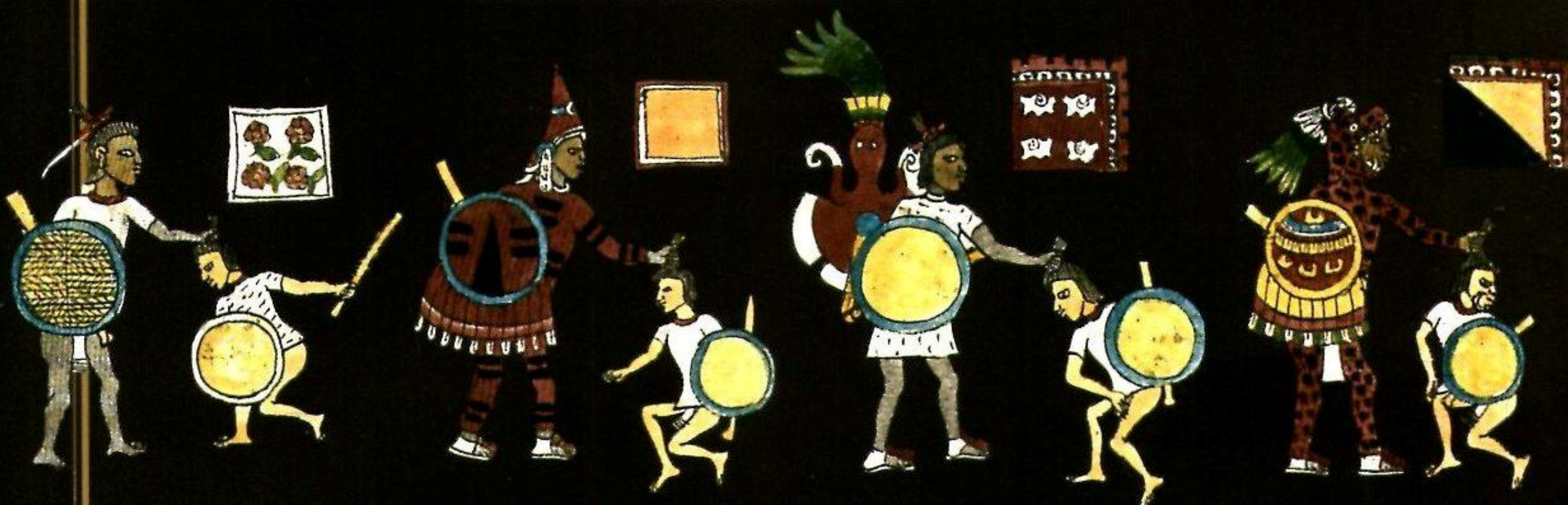
distinguirse en el campo de batalla capturando enemigos corrían el riesgo de verse sometidos al ridículo y reducidos a vivir una vida humilde.

El principio de recompensa pública se extendía más aún una vez el guerrero tenía cuatro o más cautivos unidos a su nombre. Entonces se convertía en un honorable soldado con derecho a su parte del tributo de los estados vasallos, e incluso podía cualificarse para un escaño en el consejo de guerra, que aconsejaba al monarca sobre temas militares. Además, el guerrero era elegible para hacerse cargo de responsabilidades importantes en la vida civil, como administrar las escuelas donde eran entrenados los hijos de los plebeyos. Elaboradas leyes decretaban el atuendo y adornos exactos a los que le daban derecho sus hazañas militares. De hecho, bajo el consejo de Tlacaelel, un general que sirvió como una especie de gran visir a tres monarcas del siglo xv, un héroe de este tipo se convertía en el receptor de las joyas más finas y las mejores capas y escudos. Para mantener la exclusividad de tales recompensas, nadie podía adquirirlas en el mercado.

Como reconocimiento adicional de sus logros, el guerrero experimentado, en especial si era noble, podía ser llamado para unirse a una de las sociedades de elite de luchadores profesionales que ayudaron a convertir a los ejércitos aztecas en algo tan formidable en el campo de batalla. La aristocrática Orden del Águila y los Caballeros Jaguar tenían un *status* supremo. Los títulos que llevaban los caballeros eran títulos orgullosos, que evocaban a los depredadores supremos del aire y del suelo del mundo natural mesoamericano. Los aztecas consideraban el águila como un ave «sin miedo», «valiente, osada», «aleteante y chillona», que podía «mirar de frente al sol», cualidades que había que emular. Veían al jaguar como «cauteloso, sabio, orgulloso», un poderoso animal que desviaba las flechas del cazador antes de revolverse, tenderse, y luego saltar sobre su atacante.

Los jóvenes nobles que se habían distinguido en el campo de batalla recibían entrenamiento militar avanzado, particularmente en el uso de la espada azteca de madera con filo de obsidiana, un arma que funcionaba primariamente como una maza. Sus privilegios incluían el derecho a tener concubinas y a cenar en el palacio real. Más aún, cada orden tenía su propia casa en el palacio, donde se reunía el consejo de guerra para discutir asuntos militares en presencia del monarca. El llamado Salón de los Caballeros Águila —descubierto en las excavaciones del templo— comprende una entrada conectada por un corredor a un patio con dos cámaras adyacentes. Las estancias están amuebladas con bancos decorados con relieves tallados de soldados y serpientes. En una de las cámaras interiores, dos procesiones gemelas convergen sobre la imagen tallada de una *zacatapayolli*, una bola de hierba entretejida a la que han sido insertadas como ofrendas toda una serie de ensangrentadas espinas de maguey, tra-

GUERREROS AZTECAS: LOS ADORNOS Y LA PARAFERNALIA DEL PODER



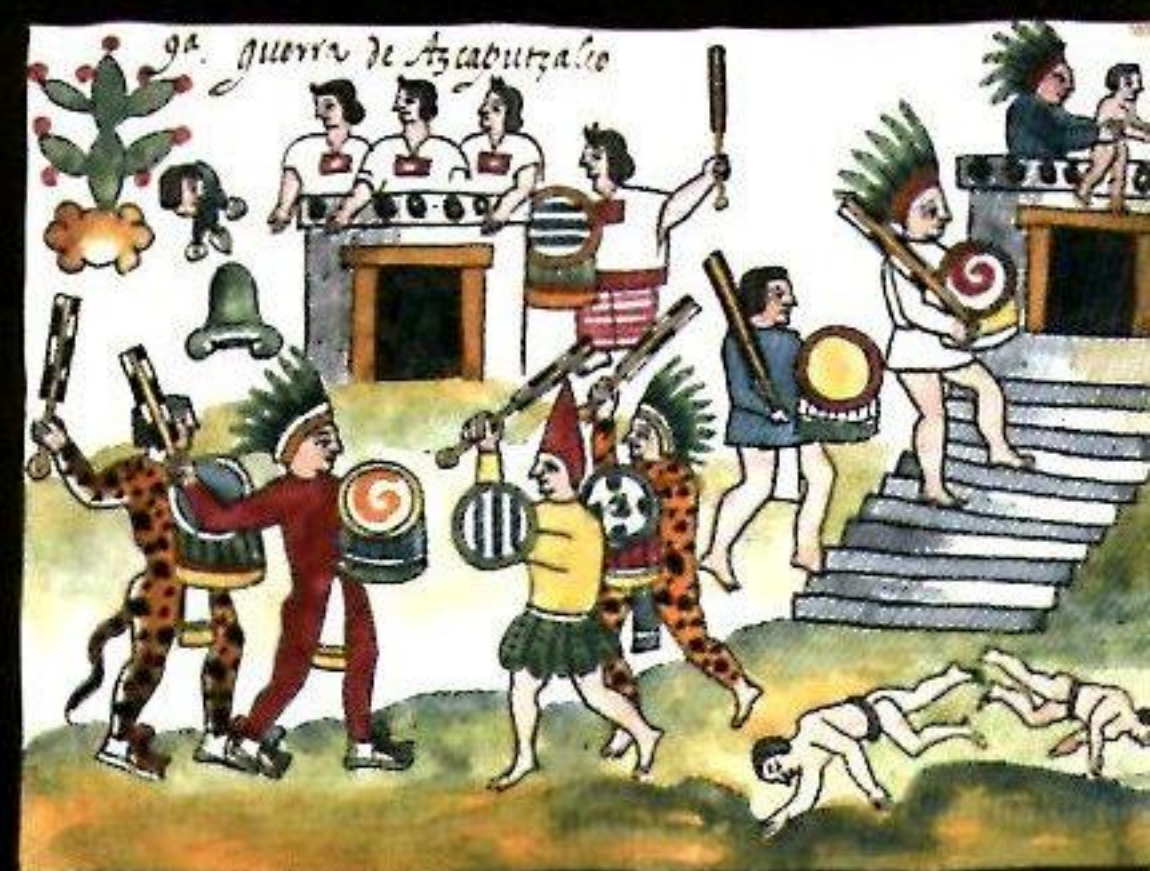
Una forma de asegurar a los dioses aztecas sedientos de sangre un firme flujo de sacrificios humanos era capturarlos en el campo de batalla. Los guerreros que los traían a casa eran inundados de regalos y honores, entre los cuales estaban las finas capas y tocados que se ven aquí en ilustraciones de diversos códices. Estas indumentarias tenían la finalidad no sólo de adornar al guerrero sino también de proclamar su rango, que quedaba determinado primariamente por el número de hombres capturados en batalla.

Cuando un soldado cogía a su primer cautivo, el monarca lo recompensaba con una capa decorada con un dibujo de un escorpión o una flor, junto con otras varias prendas. El guerrero que tomaba a su segundo prisionero recibía un manto orlado en rojo. Y en reconocimiento de haber capturado a un tercer cautivo,

tenía derecho a llevar una espléndidamente trabajada capa llamada *ehehcailacatzcozcatl*, que significa «joya retorcida por el viento». Con cuatro cautivos en su crédito, avanzaba al escalón superior de las clases militares y podía llevar el pelo a su estilo característico. También recibía nuevas armas, insignias especiales, atuendos adicionales y vestimenta ceremonial.

Cuando pasaba a ser reconocido como un *tequihuah*, o guerrero veterano, podía unirse a los rangos de elite de los Caballeros Águila y Jaguar (*página siguiente*) y llevar sus distintivos uniformes. A su debido tiempo, podía ascender hasta el rango de general o servir como consejero en los consejos del monarca. Pero, por el hecho de ascender por los rangos, también se ponía en un creciente peligro: los atavíos de su éxito lo convertían en un llamativo blanco en el campo de batalla.

Según el número de soldados enemigos capturados, los guerreros mostrados aquí con sus cautivos podían vestir con galas cada vez más espléndidas.



En batalla, los guerreros cambiaban sus embarazosas ropas en favor de otros atuendos que les permitían más libertad de movimientos, pero mantenían sus tocados y las insignias que anunciaban su status.

*Este escudo ceremonial
emplumado, que muestra un
feroz coyote, debió de ser la
recompensa a un guerrero
que tuvo una gloriosa
actuación en batalla.*

*Los guerreros excepcionales que
pueden verse abajo eran
merecedores de cargos o rangos
distintivos, marcados por su
atuendo especial. El del extremo
izquierda era conocido como un
honrado cuauhnochtecuhtli, o
señor águila nopal.*



SIRVIENTES DEL DIOS SOL: LAS ÁGUILAS Y LOS JAGUARES

A la entrega de su cuarto cautivo para el sacrificio, el guerrero veterano entraba en la orden de caballería y se convertía en un Caballero Águila o Jaguar para servir al dios del sol, Tonatiuh. Estas dos sociedades de elite —sin diferencias conceptuales aparentes entre ellas— admitían tanto a nobles como a plebeyos. Los nobles, sin embargo, cuyos títulos eran hereditarios, superaban con mucho a los otros, porque disponían de mayores oportunidades de

distinguirse en la batalla.

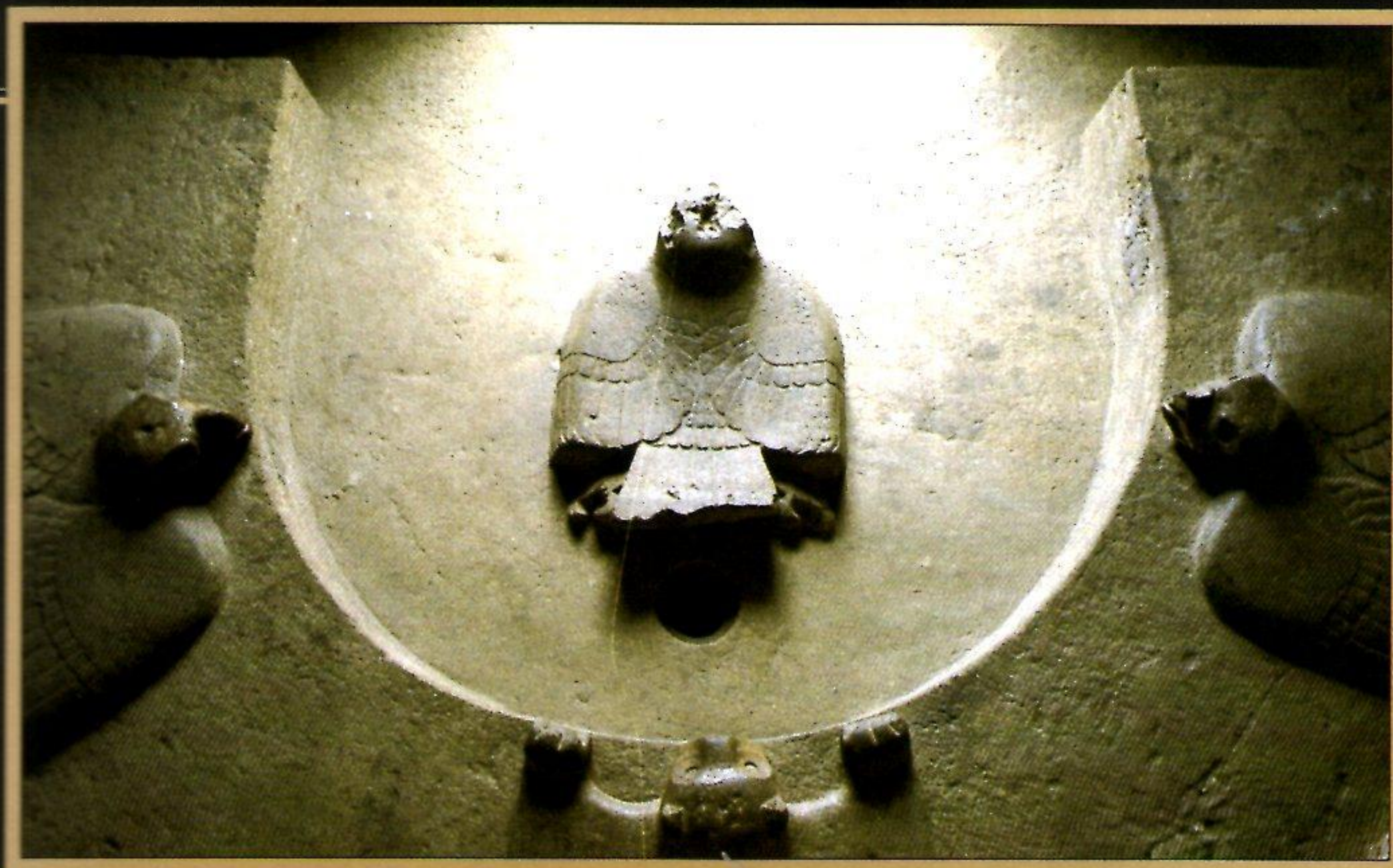
Tras su iniciación en el cuerpo, los Águilas y los Jaguares gozaban de muchos privilegios. Como en el caso de otros guerreros de alto *status*, estaban exentos del pago de tributos. Además, podían tener concubinas, comer carne humana, beber *octli*, que era una bebida alcohólica, en público, y cenar en el palacio real. Los pocos guerreros que alcanzaban el *status* de caballero desde sus humildes orígenes recibían también tierras; y

sus hijos podían heredar su *status* de nobleza, aunque a este tipo de familias se les negaban otros privilegios reservados a la sangre azul.

Reunidos en los *cuanhcalli*, sus aposentos en el palacio de Tenochtitlán, Águilas y Jaguares celebraban consejos de guerra con el monarca y sus oficiales. Allí se reunían también para adorar a Tonatiuh y para ocuparse de sus asuntos, además de para el placer, en forma de festines caníbales.



Mostrado aquí a su tamaño real, este cuchillo de pedernal, con mango de mosaico con la forma de un guerrero Águila, fue usado probablemente en las ceremonias de adoración al dios sol.



En el sanctasanctórum interior del Templo de Malinalco, en las afueras de la capital, los nuevos guerreros Águila y Jaguar se sometían probablemente a los sagrados ritos de iniciación de sus órdenes. Aquí, una plataforma baja se curva alrededor de la efigie de un águila.



Un dibujo de un códice ilustra las galas de batalla de los Caballeros del Sol: un guerrero Águila vestido con un casco con cabeza de águila y plumas (izquierda) y un jaguar llevando una piel del animal.

dicionalmente usadas para la autolaceración. Se hallaron dos enigmáticas figuras esqueléticas de cerámica flanqueando la entrada a una de las cámaras.

Dispuestos para la batalla, estos guerreros de elite llevaban atuendos de águila o de jaguar. Los arqueólogos han desenterrado esculturas que sugieren la temible apariencia que debían de presentar los Caballeros Águila y Jaguar. Una estatua de piedra de 75 centímetros de altura, ahora en el Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México, muestra a una figura acucillada, cuya cabeza emerge de las abiertas fauces de un jaguar. Más extraordinarias aún son dos imágenes a tamaño real de los Caballeros Águila, ejecutadas en arcilla cocida, descubiertas a ambos lados de otra entrada a las estancias de la orden. Los rostros de los guerreros miran hacia fuera desde unos picos abiertos; sus brazos están encajados en mangas emplumadas que se agitan como alas, casi como si los hombres estuvieran a punto de echar a volar. La presencia de las figuras de los Caballeros Águila en el templo ha conducido a los investigadores a suponer que el complejo fue usado para algunas de las ceremonias de la orden. Dada la proximidad del Templo Mayor al palacio real, es probable que el propio monarca acudiera allí para ocupar su asiento en el consejo con sus principales guerreros.

Entre las demás prestigiosas órdenes estaban los *otontin*—llamados así por una tribu admirada por su ferocidad— y los *cuahchicqueh*, o «los rapados». Los *cuahchicqueh* exhibían un sólo mechón de pelo sobre una oreja, trenzado con una cinta roja, y el cráneo pintado de rojo y azul. Los *otontin* también llevaban un mechón, pero lo ataban cerca del otro lado de sus afeitadas cabezas de modo que se agitara por encima de ellas en la batalla. Los miembros ascendían en los rangos como recompensa por sus habilidades en el combate. Los *cuahchicqueh* en particular eran notables por su valor; luchaban en parejas, y habían juramentado no dar ni un solo paso atrás en el campo de batalla ni retirarse, pese a las probabilidades en contra. Si uno caía muerto o herido, el otro tenía que luchar solo. Formaban las tropas de choque que ganaron muchas famosas victorias.

Tras ellos, los soldados comunes estaban organizados en bandas de 20 agrupadas a su vez en grandes compañías de 200 o 400 hombres. Cada distrito urbano de Tenochtitlán proporcionaba un cierto número de estas compañías, cada una mandada por un oficial elegido de entre los rangos de aquellos que habían tomado cuatro o más cautivos. Las compañías estaban dispuestas en regimientos unidos a los cuatro distritos de la capital. Las fuerzas de Tenochtitlán eran reforzadas por tropas adicionales proporcionadas por otras dos ciudades-estado en respuesta a una triple alianza que sus gobernantes habían establecido por razones económicas y militares. A veces se utilizaban también mercenarios, entre ellos los agresivos cazadores del norte que servían como arqueros.

El ejército azteca era una espléndida y aterradora visión mientras se preparaba para la batalla. En consonancia con la naturaleza ceremonial de la guerra mesoamericana, las tropas se vestían como exhibición además de para una lucha efectiva. Aunque ha sobrevivido poco de la forma de las armas y armaduras aztecas, los códices y las fuentes españolas poseen buenas descripciones de la panoplia de guerra. El atuendo protector básico, disponible sobre todo a los guerreros probados y a los miembros de las órdenes militares, era una armadura de algodón acolchado saturado de sal, de unos dos dedos de grosor. Resultaba tan efectiva contra las flechas que los conquistadores españoles no tardaron en preferirla a sus propias cotas de mallas. Sobre esto los soldados llevaban túnicas emplumadas decoradas con bordes de plumas que colgaban como faldellines, o monos de tela recia encajados al cuerpo. Éstos estaban también a menudo cubiertos por plumas multicolores, a veces hábilmente cosidas para que parecieran pellejos de animales o los rasgos de dioses o demonios. Los nobles y los guerreros principales llevaban ocasionalmente cascos que imitaban las cabezas de animales de presa. Virtualmente todos los combatientes llevaban escudos redondos, normalmente hechos de caña o madera endurecida al fuego, reforzados con cuero y rematados con adornos de plumas.

Además, los oficiales llevaban estandartes sujetos fuertemente a sus espaldas mediante arneses en los hombros. Además de señalar el rango de su portador, estos imponentes emblemas de mimbre, a menudo espléndidamente decorados con plumas, gemas, plata u oro, tenían una función vital a nivel de comunicaciones. En el fragor de la batalla, permitía a los comandantes localizar las compañías individuales, y también servían como puntos de reunión para los soldados dentro de cada unidad. Su amplia visibilidad, de todos modos, convertía a los portaestandartes en unos blancos tentadores para los españoles; una de las razones —y no de las últimas— de la supremacía de los conquistadores en sus batallas contra los aztecas fue la relativa facilidad con la que podían dismantelar el sistema de comunicaciones del enemigo.

Las armas ofensivas que llevaban los guerreros incluían arcos de hasta metro y medio de largo, que disparaban flechas rematadas con afiladas puntas de pedernal u obsidiana. Esgrimían hondas hechas con fibras de maguey que lanzaban piedras de formas especiales hasta 300 metros o más y podían aturdir a un hombre, si no matarlo. Los dardos de madera, con las puntas endurecidas al fuego, eran lanzados mediante *atlatls*, dispositivos arrojalanzas con forma de garfio cuyo uso incrementaba la fuerza del proyectil en más de un 50 por ciento. Lanzas más largas que los soldados que las usaban tenían bordes de obsidiana lo suficientemente afilados como para poder afeitarse con ellos. Había mazas con cabezas de madera o pie-

dra. Las más formidables de todas, sin embargo, eran las mazas hechas de madera pero dotadas con fragmentos de obsidiana afilados como cristales insertados en ranuras a lo largo de sus bordes cortantes y fijados en su lugar con pegamento a base de excrementos de tortuga. Algunas estaban diseñadas para ser utilizadas con las dos manos; los españoles decían de ellas que podían arrancar la cabeza de un caballo de un solo golpe.

No todas las armas tenían el mismo *status*. Los arcos estaban asociados con las tribus cazadoras del norte, bárbaros a los ojos de los aztecas, y así eran las armas de las órdenes inferiores. Como contraste, la nobleza, entrenada desde su juventud en el uso de las armas pesadas, esgrimía las grandes mazas y lanzas parecidas a alabardas que tan formidables demostraron ser en combates cuerpo a cuerpo. Como resultado de ello, probablemente sufrían menos bajas en el campo de batalla que los plebeyos y conseguían más prisioneros, reforzando así su posición en la parte superior del árbol social.

Las batallas que luchaban estos guerreros eran en su mayor parte feroces y confusas *mêlées* en las que había espacio más que suficiente para que cada individuo pudiera distinguirse. En su heroísmo e intensidad debieron parecerse más a los conflictos de la Grecia de Homero que a los choques armados de la Europa de su época. Típicamente, un combate empezaba con una andanada de flechas y piedras. Las tropas, extendidas en una larga línea, se acercaban entonces, lanzando jabalinas con sus atlatls a medida que avanzaban hacia las líneas enemigas. Con los endurecidos veteranos de las órdenes militares en la vanguardia azteca, las líneas delanteras de los ejércitos oponentes terminaban por chocar, y se producía la subsiguiente lucha cuerpo a cuerpo. Estas tácticas alentaban los enfrentamientos frontales y explican la popularidad de las largas armas penetradoras.

Uno de los rasgos más sorprendentes de las batallas a los ojos de los europeos era el poco énfasis puesto en aniquilar al enemigo. Matar a un hombre en el campo de batalla no servía para nada, ni tampoco un cautivo herido o mutilado era candidato para el sacrificio en el templo. En vez de usar el lado afilado de su maza sobre su víctima, el guerrero azteca le golpeaba probablemente con su lado plano para atontarle. Lo más probable es que intentara debilitar y agotar a su adversario de modo que vacilara y se des-



Este ricamente tallado y dorado arrojatalanzas, conocido como un atlatl, sirvió probablemente para fines ceremoniales antes que funcionales. En la guerra, los atlatls permitían a los guerreros lanzar dardos con fuerza suficiente para atravesar algunos tipos de armadura.





Un casco adornado, llevado probablemente por un aristócrata en ceremonias rituales, conserva sólo porciones del mosaico de turquesa, madreperla, malaquita y conchas rosáceas que en sus tiempos lo cubría por completo.



vaneciera, como relata el Código Florentino, y «se dejara caer como muerto, como si deseara que su aliento terminase». Así el enemigo podía ser apresado intacto para el posterior sacrificio.

Las tácticas no eran desconocidas a los ejércitos mesoamericanos. La importancia de los flancos era apreciada, y allí la longitud de la línea azteca —porque, como sus maestros imperiales, normalmente conseguían poner en el campo más hombres que sus oponentes— demostró ser más que útil. Además, los aztecas empleaban con éxito la muy antigua estrategia de la retirada fingida. Una crónica describe cómo los soldados de las órdenes otontin y cuahchicqueh recibieron instrucciones antes de una batalla de preparar una emboscada. «Se ordenó a todos estos soldados que se tendieran en el suelo con sus escudos y mazas en las manos, unos 2.000 hombres de todas las provincias. Luego fueron cubiertos con hierba hasta que no pudo verse a ningún hombre». Cuando apareció el ejército oponente, los aztecas permanecieron inmóviles. «Corrieron hasta el lugar donde los grandes guerreros aguardaban emboscados. Cuando el enemigo hubo entrado en la trampa, los hombres ocultos por la hierba se pusieron en pie y los aniquilaron. Ninguno escapó; todos fueron muertos o hechos prisioneros. Incluso los jóvenes tomaron muchos cautivos.»

Tras una victoria —y los aztecas perdieron pocas batallas en el transcurso de la edificación de su imperio—, los vencedores raras veces buscaban destruir la oposición. Se ofrecían condiciones a la ciudad-estado perdedora. Si sus líderes se mostraban obstinados, los vencedores podían entrar en la ciudad e incendiar el templo principal: un glifo que mostraba un templo ardiendo era el símbolo azteca para victoria. Un acto así era un golpe devastador para el orgullo de una ciudad; implicaba que el dios local había sido vencido. Pero también tenía un significado vital práctico. El templo era normalmente el lugar más fortificado de una ciudad, y también la sede de la armería principal, de modo que su destrucción significaba el fin de cualquier resistencia efectiva. Aún así, las tropas conquistadoras raras veces seguían devastando los distritos civiles, una política que no hubiera servido a los intereses de los aztecas, puesto que reduciría la cantidad de los tributos que los perdedores podían pagar. De un modo similar, los conquistadores se contentaban normalmente con dejar a la casa real reinante en su lugar, siempre que su líder aceptara cumplir con las obligaciones de su pueblo hacia el vencedor.

La meta de la acción militar era forzar a las naciones derrotadas a aceptar la hegemonía azteca y a pagar tributo. En 1519, unas 370 ciuda-

des habían llegado a este acuerdo, y la cantidad de artículos que llegaban anualmente a Tenochtitlán era abrumadora. Incluía unas estimadas 7.000 toneladas de maíz, 4.000 toneladas de judías, y dos millones de capas de algodón, junto con un número más pequeño de atuendos de guerra, escudos y tocados de plumas. La llegada de este tributo era una maravilla digna de contemplar, informó el cronista español Durán. Además de los artículos básicos, podía haber también pájaros vivos, incluidos papagayos verdes, rojos y azules, bufantes jaguares y lince, «serpientes grandes y pequeñas, algunas venenosas, otras no, algunas feroces, otras inofensivas; langostas tostadas, hormigas con alas, cigarras grandes y pequeñas», y una amplia variedad de calabazas, «algunas talladas, algunas doradas y pintadas», con un tipo plano usado «de la misma forma que utilizamos las bandejas de plata o los grandes cuencos para llevar la comida a la mesa o para traer agua para las manos».

De los productos de lujo no obtenibles en el valle de México, muchos que llegaron como tributo a la capital azteca han sido desenterrados en el transcurso de la excavación del Templo Mayor y ahora son exhibidos en el museo instalado en el mismo lugar. Entre ellos hay tallas de diorita de la región meridional de Guerrero, enormes cantidades de conchas y coral de los estados costeros, obsidiana del estado de Hidalgo, y artículos de alabastro del estado de Puebla, en el México central.

El sistema azteca de imponer la sumisión voluntaria de los feudos vecinos ha dejado menos monumentos para que investiguen los arqueólogos que si cadenas de fortalezas hubieran marcado el paso triunfal de los ejércitos de la nación. Un lugar recuperado, sin embargo, todavía retiene algo del meditativo esplendor de los últimos días del imperio. Las ruinas de Malinalco se alzan en la ladera de una montaña a unos 110 kilómetros al suroeste de Ciudad de México, en una región que no fue conquistada hasta recientemente, cuando los aztecas decidieron construir en ella con el cambio al siglo XVI. El complejo que construyeron parece que sirvió como centro tanto ritual como administrativo, y las razones exactas por las que los aztecas decidieron erigirla todavía no están claras. Pero Malinalco se halla cerca de la frontera de su imperio, con el no derrotado y hostil territorio de Michoacán no muy lejos. Fuera cual fuese su función exacta, el lugar fue en parte un puesto fronterizo avanzado.

Un aire de misterio rodea el edificio mejor conservado del complejo, un pequeño templo circular cuya entrada tiene la forma de la boca muy abierta de una serpiente. En el centro del frío y oscuro interior, un águila de piedra tallada, con las alas extendidas, mira hacia la puerta. Un banco de piedra que recorre toda la parte de atrás de la cámara está decorado con un motivo de águila y jaguar. En el centro hay tallada una piel de jaguar, con la cabeza y las garras que se alzan del borde del asiento.

El edificio conmemoraba probablemente las proezas militares azte-

cas, pero también puede que tuviera un simbolismo más profundo. La zona de Malinalco estaba asociada en las mentes mexicanas con la diosa Malinalxochitl, una siniestra deidad confundida a veces con la rebelde Coyolxauhqui. Como Coyolxauhqui, Malinalxochitl fue una fuerza disruptiva, una hechicera malvada que, en los días del primitivo error de los aztecas, mandaba supuestamente una facción del pueblo. Siguiendo órdenes de Huitzilopochtli, el resto del pueblo los abandonó, a ella y a sus seguidores, de la noche a la mañana, a raíz de lo cual ella fundó la ciudad de Malinalco. El cronista del siglo XVI que relató la historia comentó que «la gente de Malinalco tiene estos días la reputación de ser hechiceros, y se dice que heredaron este don de la mujer que fundó la ciudad».

Los dioses de la zona de Malinalco eran deidades de la tierra que se creía que vivían en cuevas. Quizás es por eso por lo que, en una región fronteriza tan peligrosa y sobrenatural, los aztecas decidieran al parecer simbolizar su victoria final sobre los disidentes seguidores de Malinalxochitl excavando ellos mismos una cueva y llenándola con todo el simbolismo del poderío militar del imperio. Como el asiento del jaguar estaba especialmente reservado para el soberano azteca, es posible incluso que ocasionalmente acudiera en persona a sentarse en el consejo en el oscuro templo, vigilando así simbólicamente las tierras conquistadas desde su aguilera en la alta ladera de la montaña.

Por supuesto, había poca benevolencia en la actitud azteca de conquista, aunque practicaran una guerra limitada antes que total. La ansiedad con la cual las ciudades-estado vecinas se aliaron con Cortés contra las fuerzas imperiales muestra claramente lo odiadas que eran éstas. Y ningún aliado demostró ser más leal o útil a los españoles que los tlaxcalanos, un pueblo no conquistado que durante casi un siglo se había enfrentado a los aztecas en el más ritualizado de los conflictos militares de toda Mesoamérica, las Guerras de las Flores.

Estos estilizados combates, que se remontan a los primeros años del poder azteca, se libraban bajo reglas que eran estrictamente observadas. Se elegía un campo de batalla en alguna parte en la frontera entre los dos estados combatientes, y se fijaba por anticipado un día para que empezaran los combates. Se encendía una gran pira de papel e incienso entre los dos ejércitos, y esto señalaba el inicio de las hostilidades. La naturaleza de la lucha era diferente también de otras batallas; la andanada de flechas, piedras y lanzas que iniciaba otros conflictos estaba ausente, porque la finalidad del ejercicio era demostrar las proezas en el combate cuerpo a cuerpo.

La finalidad de las Guerras de las Flores era al parecer triple. En primer lugar –aunque este motivo nunca fue reconocido públicamente– eran un fuerte recordatorio del poderío militar azteca, que desalentaba a los vecinos potencialmente amenazadores de iniciar alguna empresa mi-

litar más amenazadora. En segundo lugar, proporcionaban una oportunidad de entrenamiento en combate. Finalmente, y quizá lo más importante, proporcionaban una firme provisión de prisioneros de guerra con los que alimentar la incesante necesidad de víctimas sacrificiales de los aztecas.

Los sacrificios humanos eran parte importante de muchas de las culturas mesoamericanas, pero en ningún lugar alcanzaron la escala que llegaron a tener con los aztecas, para quienes su importancia residía en el significado místico que atribuían a la sangre, el fluido vital que hacía que el mundo siguiera funcionando. Los mitos aztecas de la creación eran numerosos y variados, y a menudo contradictorios, pero en todos ellos figuraba el insaciable apetito de sangre de los dioses. Un mito contaba cómo el sol había sido creado por un acto divino de sacrificio. En el momento en que los dioses se reunían en el ocaso primordial, un enano enfermo y malformado se arrojó por voluntad propia a un enorme brasero y brotó de sus ascuas transformado en el sol. Por falta de sangre, sin embargo, el disco solar no pudo al principio moverse a través del cielo. No fue hasta después de que los otros dioses se inmolaran por turno que el sol pudo iniciar su viaje diario por los cielos; sus muertes le proporcionaron la vida. A partir de entonces, era necesaria la sangre para mantenerlo en movimiento.

La sangre de animales era aceptable para los dioses, y se sacrificaban diariamente codornices. En los templos, el día empezaba con el degüello de los pájaros para saludar al naciente sol. La práctica continuaba durante todas las horas diurnas; cientos de codornices morían cada día, con el cuello retorcido y la cabeza arrancada. También se sacrificaban perros, en el solsticio de invierno.

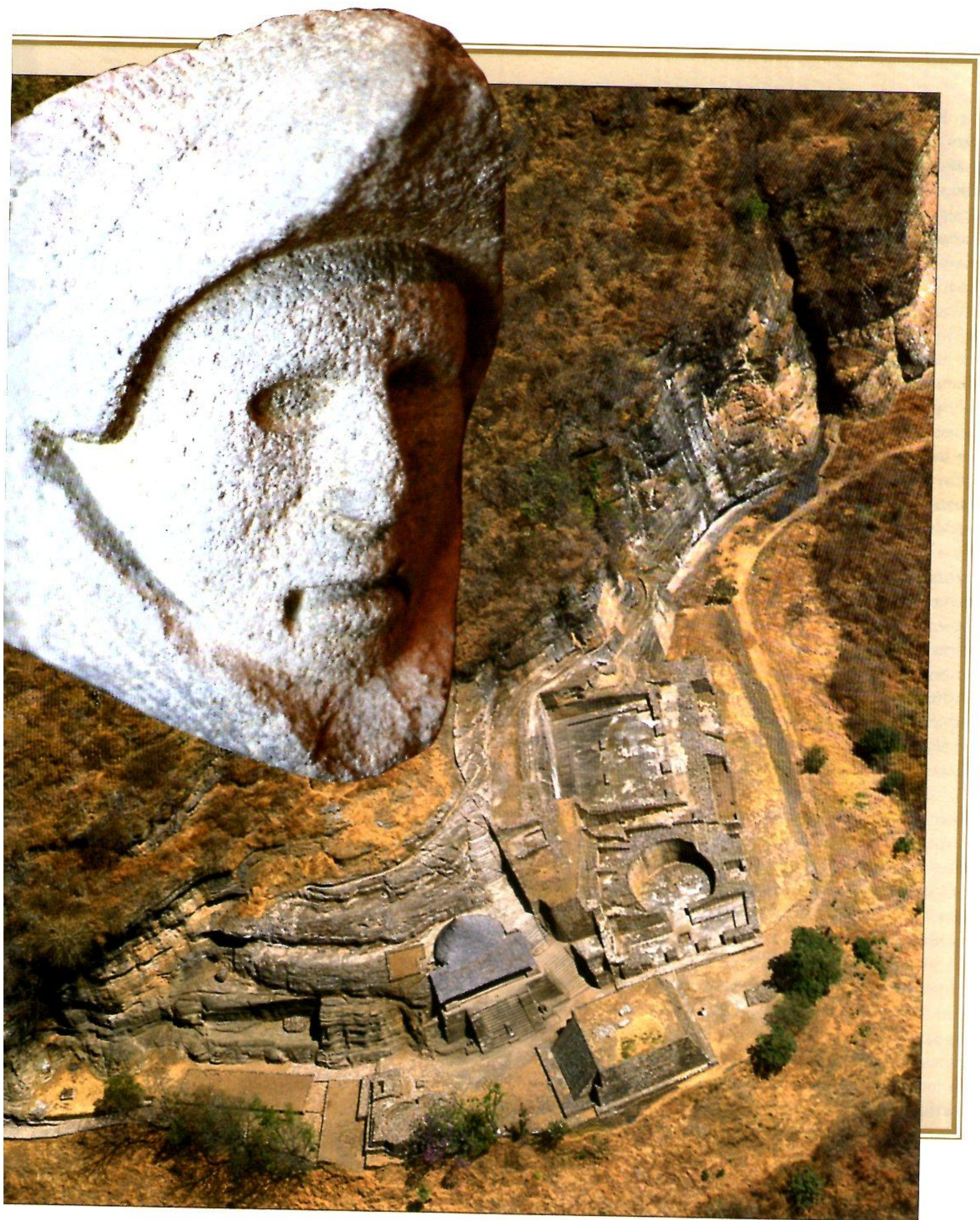
Se esperaba que los humanos ofrecieran también su propia sangre. Pocos escapaban de esta dolorosa obligación: incluso a los bebés se les punzaban las orejas para que pudiera brotar sangre de ellas. El propio soberano tenía que lacerar su carne en el transcurso de la ceremonia de coronación. Haciendo esto demostraba su capacidad de soportar el dolor que se esperaba de todos los hombres aztecas; la indiferencia estoica al sufrimiento así demostrada era una forma de valorar los méritos de un joven para progre-

RETIRO JUNTO AL RISCO PARA LOS GUERREROS

Ocultas en las montañas a unos 130 kilómetros al suroeste de Tenochtitlán, en un lugar llamado Malinalco (*derecha*), siete estructuras aztecas escaparon a la destrucción a manos de los conquistadores españoles del siglo XVI. Excavadas en su mayor parte en la roca viva, aunque algunas tenían la parte frontal de ladrillos, las estructuras sirvieron al parecer a las necesidades de dos cultos militares de elite, los Caballeros Águila y Jaguar. El edificio más elaborado, tallado con motivos de águilas y jaguares, puede verse con su restaurado techo de paja cónico en la fotografía aérea. El edificio pudo cumplir con las funciones de centro ceremonial y lugar de reunión secreto para los líderes aztecas de alto nivel.

Algunas de las esculturas de piedra sagradas se parecen al Caballero Águila con un casco parecido a un pico que se muestra flotando sobre el emplazamiento. Sólo sobrevive una de las reliquias de madera, un largo tambor cilíndrico (*izquierda*). Milagrosamente, apareció intacto en un poblado cercano, donde sus habitantes lo conservaron como evidencia de la en sus tiempos gloriosa cultura de sus antepasados.





sar. El instrumento normal para hacer brotar la sangre era una espina de maguey. El penitente se pinchaba con ella en la parte superior de la oreja, la lengua, el pene u otra parte carnosa del cuerpo, luego clavaba la ensangrentada púa en una bola de hierba trenzada o la colocaba sobre un lecho de hojas.

Los más diligentes practicantes de la autolaceración, sin embargo, eran los sacerdotes. Aparte el ritual de la espina de maguey, utilizaban a veces hojas de obsidiana para practicar cortes en los lóbulos de sus orejas o en sus prepucios; o podían atravesar su carne con broquetas de obsidiana a fin de insertar cánulas para recoger la sangre. Al parecer, estas cánulas y agujas también se utilizaban en agujeros practicados en la lengua; se dice que algunos sacerdotes practicaban esta forma de autoherirse de una forma tan enérgica que desarrollaban impedimentos de habla. Estos ejercicios aparentemente masoquistas se consideraban benéficos tanto para el individuo como para el estado, porque los aztecas concebían una relación contractual entre hombres y dioses; si se les efectuaban suficientes ofrendas, las deidades proporcionaban a cambio lluvia, buenas cosechas y éxitos militares.

Sin embargo, la autolaceración y el sacrificio animal no eran un precio suficientemente alto en sí mismo para asegurar el favor divino. El sacrificio humano se hacía cada vez más significativo a medida que se expandía el imperio. Si puede verse alguna mano detrás del rápido aumento en el número de muertes, ésta parece ser la de Tlacaelel, el consejero de tres gobernantes de Tenochtitlán. Convertido en una autoridad en la época en que el poder azteca estaba en pleno crecimiento, alimentó al parecer deliberadamente el culto de Huitzilopochtli, con sus ritos de sacrificio, como un credo imperialista y una forma de alentar el militarismo azteca. «Además de ser osado y astuto en las artes de la guerra —escribió el cronista español Durán—, también inventó retorcidos, crueles y aterradores sacrificios.»

Según Durán, Tlacaelel supervisó un monstruoso sacrificio donde las víctimas eran tan numerosas que el español temió ser tachado de mentiroso por describirlo, pero, como aseguró a sus lectores, tenía la informa-



Un cráneo de jaguar, otra reliquia del Templo Mayor, aferra una bola de jade entre sus dientes. Con la bola que representaba simbólicamente el corazón del animal, el depredador tenía asegurada su otra vida.

ción de fuentes aztecas de confianza. «Antes del amanecer, los prisioneros que iban a ser sacrificados fueron llevados fuera y alineados en cuatro filas –informó–. Una se extendía desde el pie de las escaleras de la pirámide a todo lo largo de la calzada que va hasta Coyoacán y Xochimilco; su longitud era casi de una legua. Otra se extendía a lo largo de la calzada de Guadalupe, y era tan larga como la primera. La tercera recorría la calzada a Tlacopán, y la cuarta iba hacia el este hasta tan lejos como la orilla de la laguna.» Se necesitaron cuatro días para matar a todas las víctimas, y los arroyos de sangre que se vertieron por las escaleras del templo eran tan grandes «que cuando alcanzaron el fondo y se enfriaron formaron gruesos coágulos capaces de aterrar a cualquiera».

Había muchas formas distintas de sacrificios humanos, cada una asociada con una deidad determinada o a uno de los muchos festivales que puntuaban el año azteca, y las víctimas podían ser esclavos además de guerreros capturados. Sin duda el tipo más común de sacrificio era aquel en el que la víctima era retenida mientras su aún bombeante corazón le era arrancado del cuerpo, pero no era en absoluto el único método. Algunos desgraciados eran decapitados. Otros se convertían en blancos vivientes, abatidos con flechas o dardos lanzados con atlatls.

Quizá la forma más noble de sacrificio humano era una que implicaba el combate de gladiadores, aunque de una forma sesgada. Conocida como el Desuello del Hombre, formaba parte de un ritual que se llevaba a cabo en primavera, el tiempo de la siembra, y celebraba el rejuvenecimiento de la vida. Los prisioneros, atrapados en el campo de batalla y traídos a Tenochtitlán, eran cuidadosamente atendidos por sus captores y tratados casi como familia, como hermanos en la muerte, que podían honrar a los vencedores a través de la dignidad y el valor de su muerte. De hecho, esta relación se iniciaba en el campo de batalla, donde, por tradición, se suponía que el guerrero le decía a su prisionero: «Es como mi querido hijo», y el prisionero a su vez debía responder: «Es como mi querido padre».

El rito del Desuello del Hombre tenía lugar a lo largo de un período de dos días en el templo del dios Xipe Totec, conocido como el Desollado o el Desollador, cuyas conexiones con el este, una región considerada por los aztecas como una tierra de abundancia, lo convertían en una deidad apropiada a la que complacer en aquella época del año. La ceremonia requería que los prisioneros, llevando taparrabos de papel, untaran sus cuerpos con una sustancia gredosa. Luego sus cabezas eran cubiertas con pegajoso látex, el jugo del árbol de caucho, y se les pegaban plumas de pavo; el lechoso látex era aplicado también a sus rostros. El primer día del rito, sólo los cautivos menores acudían al encuentro de su muerte en la cima del templo de Xipe; se suponía que tenían que subir con paso ágil los escalones, pero muchos tenían que ser arrastrados

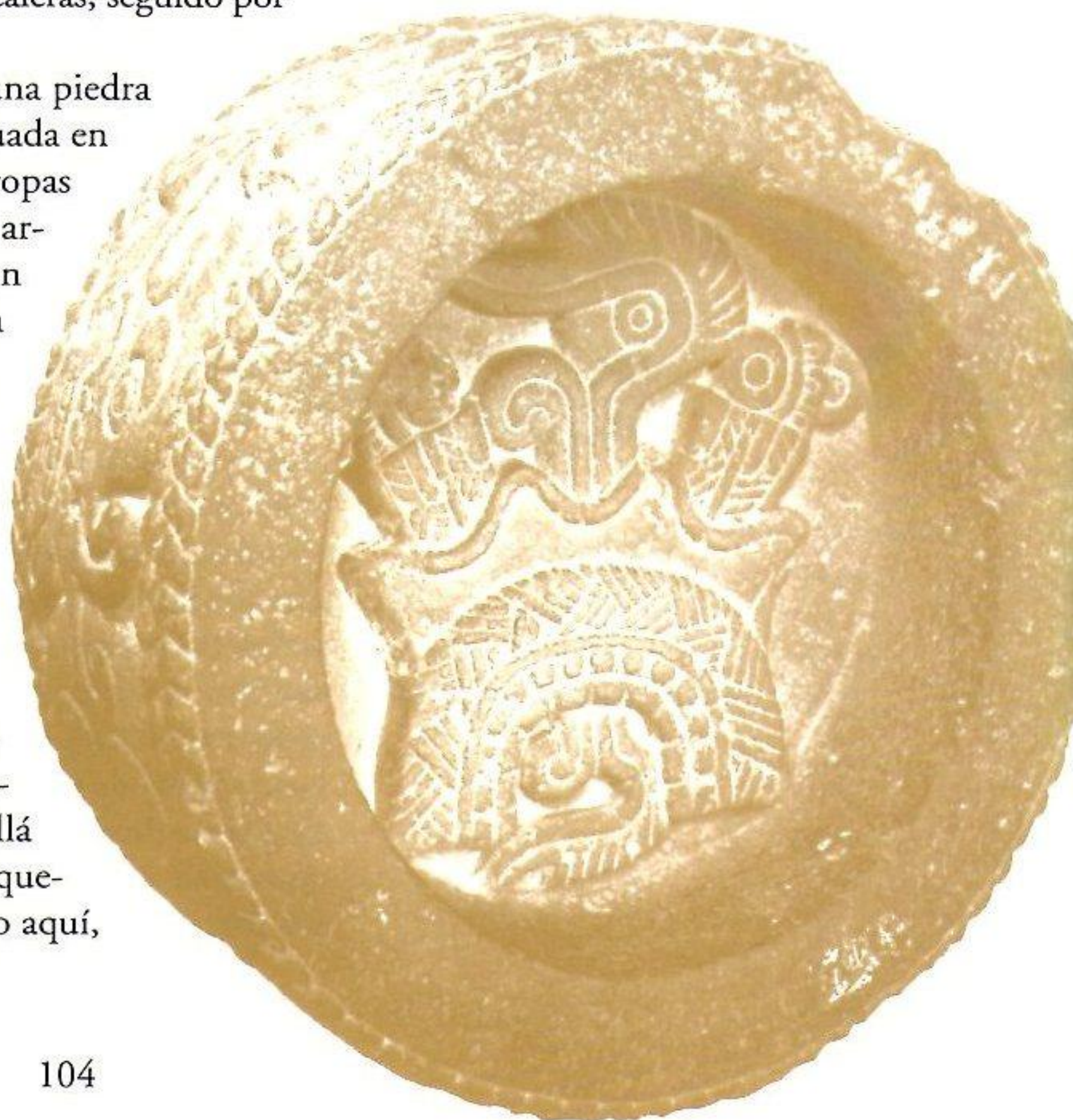
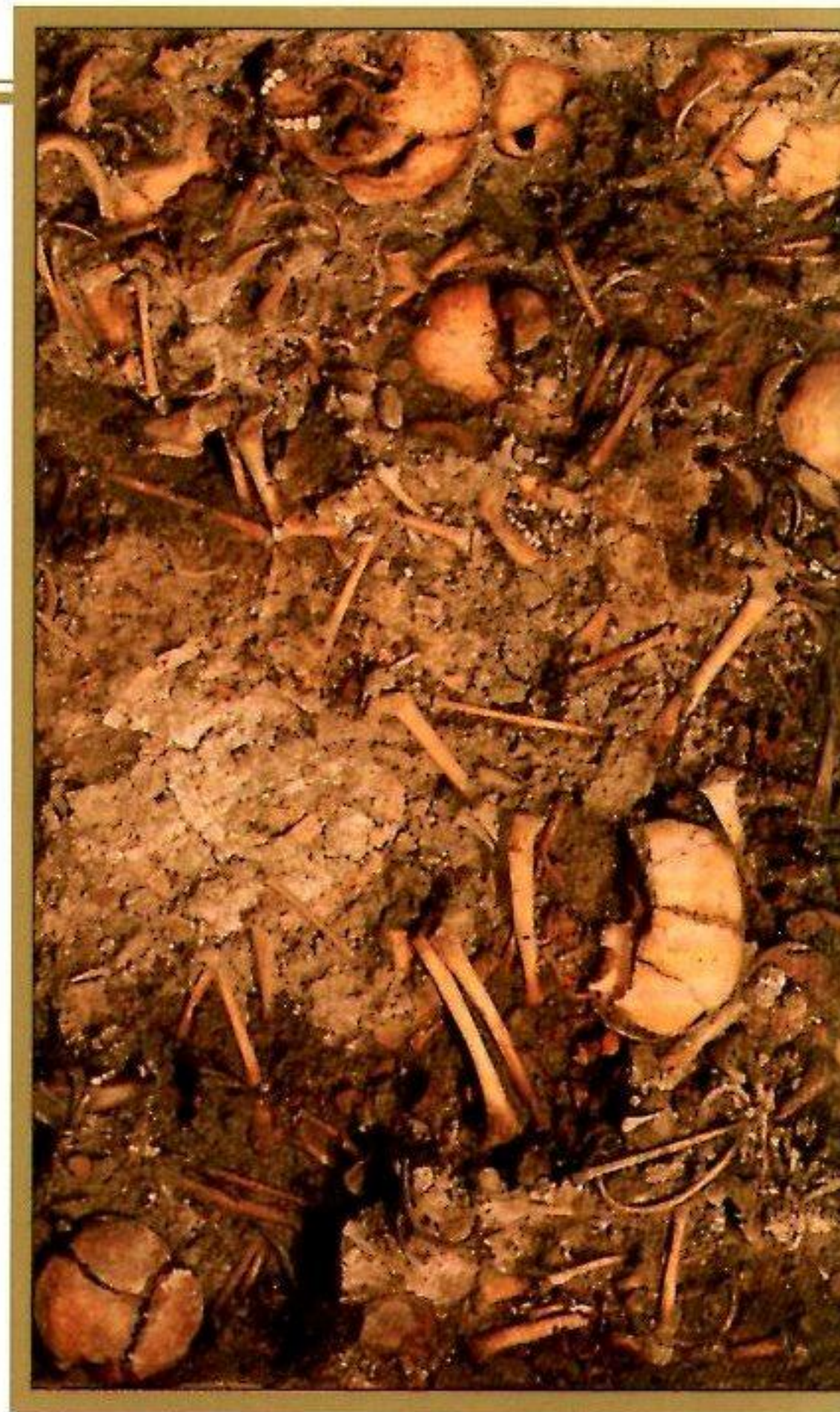
hasta la piedra sacrificial por los sacerdotes del templo. Una vez cortadas sus cabezas, sus cuerpos sin vida eran arrojados escalones abajo y despeleados y descuartizados. Un muslo de cada uno era enviado al soberano, mientras que los captores de las víctimas recogían el resto excepto las cabezas, que eran usadas para decorar un enorme perchero de cráneos.

Los guerreros convocaban entonces a sus parientes a sus casas para festines caníbales rituales. Conscientes de que ellos mismos podían terminar un día en la piedra sacrificial del enemigo, abjuraban de la carne de sus cautivos, pero alentaban a sus familiares a que cada uno comiera una pequeña porción con un puñado de mazorcas de maíz sin cocer, un acto simbólico cuya finalidad era recordar las bondades de la tierra. Con muchos lamentos y sollozos por las muertes que un día podían caer sobre sus propios hijos, ya fuera en el campo de batalla o como sacrificios, las familias compartían la carne y el maíz.

Al día siguiente eran sacrificados los prisioneros más importantes en la llamada piedra gladiatorial en la base de la pirámide de Xipe Totec. Los cautivos habían sido preparados para el rito a lo largo de un período de cuatro días durante los cuales, entre otras cosas, estaban obligados a luchar en combates simulados y a someterse a una extirpación ficticia de sus corazones, que eran representados por mazorcas de maíz secas. Tras pasar la víspera de sus muertes con sus captores, que cortaban simbólicamente sus lazos de guerra a medianoche, eran conducidos al templo. El sumo sacerdote, vestido como Xipe, descendía las escaleras, seguido por su séquito.

Un cautivo era atado con una cuerda larga a una piedra circular que llegaba hasta la altura de la cintura situada en una plataforma elevada. Despojado de todas sus ropas excepto su taparrabos, se le proporcionaban falsas armas: cuatro garrotes de pino y una maza orillada con plumas en lugar del filo habitual de obsidiana. Con estas armas de imitación se esperaba que se defendiera contra cuatro de los más poderosos Caballeros Águila y Jaguar, que iban armados con auténticas armas. Para aliviar su dolor se le había dado a beber pulque, mezclado indudablemente con una droga preparada a base de semillas de dondiego de día, antes de enfrentarlo a sus adversarios y sus armas superiores.

Mientras luchaba su batalla perdida de antemano, era sometido a lo que se conocía como el rayado, la práctica de cortes poco profundos aquí y allá sobre su piel, de modo que manara sangre de las pequeñas heridas. Quizás había un paralelismo deliberado aquí,





El sacrificio religioso adoptaba toda una variedad de formas en la cultura azteca. Los restos de docenas de pequeños cuerpos hallados en el Templo Mayor (arriba) son testimonio de la práctica de sacrificar niños, en la creencia de que sus lágrimas traían la lluvia. En el lado opuesto del espectro, los guerreros se pinchaban ritualmente con espinas de maguey y dejaban correr su sangre sobre una bola de hierba, a veces colocada en un cuauhxicalli o recipiente águila (izquierda).

y el corte de la piel sugiriera el abrir de las semillas en la tierra en el momento de la germinación. Cuando finalmente el pobre cautivo se derrumbaba, el sumo sacerdote que personificaba a Xipe avanzaba, arrancaba su corazón, lo alzaba al sol como una ofrenda, y luego hundía una caña hueca en el charco de sangre que se había formado en la cavidad del pecho y la mantenía alzada de modo que el sol pudiera beber. Luego entregaba al captor la caña y un cuenco de la sangre de la víctima, con la que el guerrero iba por toda la ciudad, enrojeciendo las bocas de los ídolos en los templos.

Tras efectuar su ronda, el guerrero regresaba al templo de Xipe y se reunía con los celebrantes, que despellejaban y desmembraban a los cautivos; luego lubricaban sus propios cuerpos desnudos con grasa y se vestían con las pieles. A veces un guerrero recibía el honor de llevar la piel de un penitente. Goteando sangre y grasa, los horriblemente vestidos hombres recorrían la ciudad, «aterrorizando así a aquellos a quienes seguían», según señaló Sahagún. Perseguían a los jóvenes tan atrevidos como para intentar hurgar en los ombligos para obtener un poco de la piel de los hombres muertos bajo sus uñas, y los golpeaban si los atrapaban. Bien recibidos en todas partes, iban de casa en casa. Dice Sahagún, que ocupaban asientos recubiertos con hojas y «sus anfitriones les proporcionaban collares formados con mazorcas de maíz; situaban guirnaldas de flores sobre sus hombros; colocaban coronas de flores sobre sus cabezas».

El segundo día del ritual incluía también un festín caníbal para la familia de cada guerrero, y como el día antes, el captor se abstenía de comer la carne, diciendo en voz alta: «¿Estaré comiendo por casualidad mi propio yo?». Durante el período de 20 días que llevaba la piel, él y todos a su alrededor tenían que soportar el hedor que desprendía. Al final, se libraba del podrido y semidesintegrado atuendo, que era enterrado en una cueva a los pies del templo de Xipe, luego se lavaba profundamente, frotando toda la grasa con harina de maíz. Terminada la ceremonia, la renacida primavera era celebrada alegremente por toda la ciudad.

Las mujeres eran sacrificadas en un festival de otoño que honraba a la diosa madre del maíz desarrollado y maduro, el alimento principal de los aztecas. Eran decapitadas, sus cabezas eran cercenadas como mazorcas de maíz mientras danzaban imitando a la divinidad. La idea de la personificación divina era llevada más lejos aún en el caso del apuesto joven elegido cada año para representar a Tezcatlipoca, el archihechicero y supremo dios del panteón azteca. Durante todo un año, el joven era honrado como la encarnación de la deidad, e iba por todos lados con los atavíos asociados con el dios y tocando la flauta. Un mes antes de su muerte, se le proporcionaban cuatro doncellas que representaban diosas

con quienes gozar. Cuando llegaba el día señalado, tenía que decirles adiós y ascender las escaleras del templo solo, arrojando y rompiendo una flauta a cada escalón que ascendía. Luego los sacerdotes que aguardaban arriba lo sujetaban y le arrancaban el corazón. Un nuevo joven era elegido de inmediato para ocupar su lugar durante el año siguiente, hasta que le llegaba también el momento.

Los niños eran ofrecidos a Tlaloc, el dios de la lluvia y la fertilidad agrícola. Las víctimas eran compradas a sus padres; los registros aztecas indican que los niños con dos remolinos de pelo en la frente, nacidos en días considerados propicios, eran los más buscados, y que el precio pagado por ellos era alto. Su destino queda reflejado en los escritos de Durán. Cada primavera «toda la nobleza del territorio, reyes y príncipes y grandes señores, tomaban a un niño de seis o siete años y lo colocaban dentro de una litera cerrada a fin de que no pudiera ser visto». La procesión cruzaba el lago Tetzaco y se encaminaba hacia la cima del monte Tlaloc, un pico cerca de Tenochtitlán que los mexicanos asociaban con las nubes y la lluvia. «Si hacían el camino llorando –señala otra crónica conservada en un documento azteca–, si sus lágrimas no dejaban de fluir, si sus lágrimas caían constantemente, se decía, entonces llovería.» En el monte Tlaloc el niño era sacrificado por los sacerdotes al lamento de trompetas, conchas y flautas, y su sangre era utilizada para

bañar una imagen del dios; si la sequía persistía, podían sacrificarse otros

Conocido como la Tumba del Tiempo, un altar decorado con cráneos y huesos servía como el lugar de enterramiento de cada siglo transcurrido en Tenochtitlán. Cada 52 años un fajo de 52 varas –el número de años de un siglo azteca– era arrojado a través de la abertura en la parte de arriba como un entierro simbólico.





En una ilustración del Códice Florentino preparado por el fraile Sahagún, una víctima sacrificial contempla llorosa su destino antes de que un sacerdote le arranque el corazón, tras lo cual dos aztecas hierven y comen su cuerpo en un acto de canibalismo ritual.

niños adicionales. No es extraño que el recuerdo de la ceremonia tardara en morir incluso después de la conquista española.

Mientras tanto, en el propio Tenochtitlán, una niña pequeña vestida de azul, el color del agua, aguardaba en una segunda litera cerrada dentro del recinto del Templo Mayor. Cuando llegaba la noticia de que el sacrificio en la montaña se había realizado, era llevada a una canoa y transportada a golpes de remo a un lugar predeterminado en el lago. Allí era degollada, a fin de que su sangre fluyera al agua, y su cuerpo arrojado al lago.

El más triste descubrimiento en el Templo Mayor se efectuó a finales de julio de 1980, en la esquina noroeste del lado de la pirámide dedicada a Tlaloc. Las excavaciones revelaron un escondrijo que contenía recipientes de piedra que ostentaban la efigie de Tlaloc depositados encima de los huesos de 42 de sus jóvenes víctimas. Las evidencias de los exámenes dentales de los cráneos sugirieron que los niños tenían entre tres y siete años de edad en el momento de su muerte. La mitad de ellos mostraban algunos signos de enfermedad, lo cual suscitaba la posibilidad de que los niños con poca salud hubieran formado un porcentaje desproporcionado de las víctimas; evidencias de otros lugares similares donde habían sido depositados huesos excavados en la cercana Tlatelolco parecen confirmar este descubrimiento. El examen médico de los esqueletos sugirió que los niños murieron degollados antes que por haberles sido arrancado el corazón. No fue posible determinar si eran niños o niñas.

Del mismo modo que los sacrificios a Tlaloc implicaban agua y lágrimas, los de Xiuhtecuhutli, el dios del fuego, implicaban quemar. Sus parcialmente drogadas víctimas eran arrojadas a braseros y asadas sobre las ascuas. Antes de que pudieran expirar, sin embargo, sus ampollados cuerpos eran retirados por sacerdotes equipados con garfios, a fin de poder abrir sus pechos y retirar sus corazones. Algunos eran despachados ahogándolos o estrangulándolos; otros eran aplastados contra una roca o encerrados y dejados morir miserablemente.

Uno de los más extraños ritos sacrificiales era la costumbre de los mercaderes de ofrecer los llamados esclavos bañados. Un mercader podía comprar un esclavo atractivo, masculino o femenino, que fuera hábil en las artes de cantar y bailar. Construía casas en las que esperaba que su compra bailara más tarde. Hacía generosos regalos a otros mercaderes y militares que ya habían sacrificado esclavos suyos, e iba en peregrinaje al cuartel general de los mercaderes de Tochtepec, cerca de la costa este de México, para indicar su intención de participar en la ceremonia del baño de los esclavos. A su regreso a Tenochtitlán, se embarcaba en una ostentosa ronda de diversiones en las que el esclavo elegido, que mientras tanto había sido muy bien cuidado, actuaba ataviado con espléndidas ropas y adornos.

El proceso culminaba con una elaborada serie de ritos cuyo clímax llegaba cuando amo y sirviente ascendían juntos la escalera del Templo Mayor. En la cima, el mercader entregaba el esclavo a los sacerdotes, que le arrancaban el corazón. El cuerpo era luego devuelto al mercader, para ser consumido por sus familiares en un banquete. «Separadamente, en una olla, cocinaban los granos de maíz –informó el cronista Sahagún–. Servían su carne sobre ellos. Colocaban tan sólo un poco encima de ellos. No se añadían chile; sólo espolvoreaban sal por encima. Y todos los familiares del anfitrión comían de ella.» Así los mercaderes ganaban *status* y mostraban su éxito.

El canibalismo que seguía a menudo a los sacrificios aztecas estaba gobernado por leyes estrictas. Puesto que se creía que las víctimas ceremoniales se habían vuelto divinas, sus miembros eran consagrados y, en palabras de un cronista, eran «consumidos con reverencia, ritual y complacencia, como si fueran algo procedente de los cielos». Los torsos, en cambio, eran tratados con menos respeto, y servían como alimento para los animales salvajes en el zoo real.

En muchos casos, las víctimas sacrificiales se dirigían al parecer estoicamente a sus muertes, convencidos de que les aguardaba una gloriosa otra vida junto a los dioses. Hay relatos de guerreros capturados en batalla que insistían en ser sacrificados incluso cuando se les ofrecía la libertad, aunque es imposible decir si el motivo era la credulidad religiosa, el deseo de exhibir indiferencia ante el dolor más insoportable, o el deseo de escapar a la vergüenza de la derrota.

Al final, los dioses hambrientos de sangre abandonaron a los invencibles aztecas. Más de cinco siglos después de que muriera la última víctima en la cima del Templo Mayor, las palabras de un poeta suenan dolorosamente huecas: «Orgullosa de sí misma es la ciudad de México, Tenochtitlán. Aquí nadie teme morir en la guerra. Ésa es nuestra gloria. ¿Quién puede conquistar Tenochtitlán? ¿Quién puede sacudir los cimientos del cielo?».

EL TEMPLO DE LA MUERTE



Debemos conquistar todos los pueblos del universo», alardeaba Huitzilopochtli, dios patrón de los aztecas..., o al menos eso es lo que los aztecas informaban que les había dicho. Y ésa no era su única profecía: «Os convertiré en señores y reyes de todos los lugares en el mundo». Para cumplir con su destino pronosticado por el dios, los aztecas designaron el centro de su poder con la máxima exactitud. En la intersección de las calzadas que conducían a su capital isla de Tenochtitlán, erigieron una imponente pirámide de cuatro niveles que los españoles llamarían el Templo Mayor.

Como una púa clavada en el entramado de la existencia, esta montaña hecha por el hombre se consideraba que unía el plano terrestre cotidiano con los cielos arriba y con el submundo abajo. Como corresponde, era un terrible lugar. En su base se arrastraban inmensas serpientes de piedra. Dentro de la estructura había oscuras cámaras llenas con ofrendas religiosas: figurillas, máscaras de piedra, huesos animales, conchas marinas, cráneos. Dos empinadas escaleras ascendían por la cara oeste hasta el par de santuarios que contenían las estatuas de Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra, y Tlaloc, dios del agua y de la fertilidad. Allí, para asegurar que las cosechas florecieran y el tributo siguiera fluyendo de los pueblos súbditos, los sacerdotes llevaban a cabo rondas regulares de ritos sacrificiales, arrancando los corazones de

víctimas masculinas (*arriba*), la mayor parte de las cuales eran cautivos o esclavos.

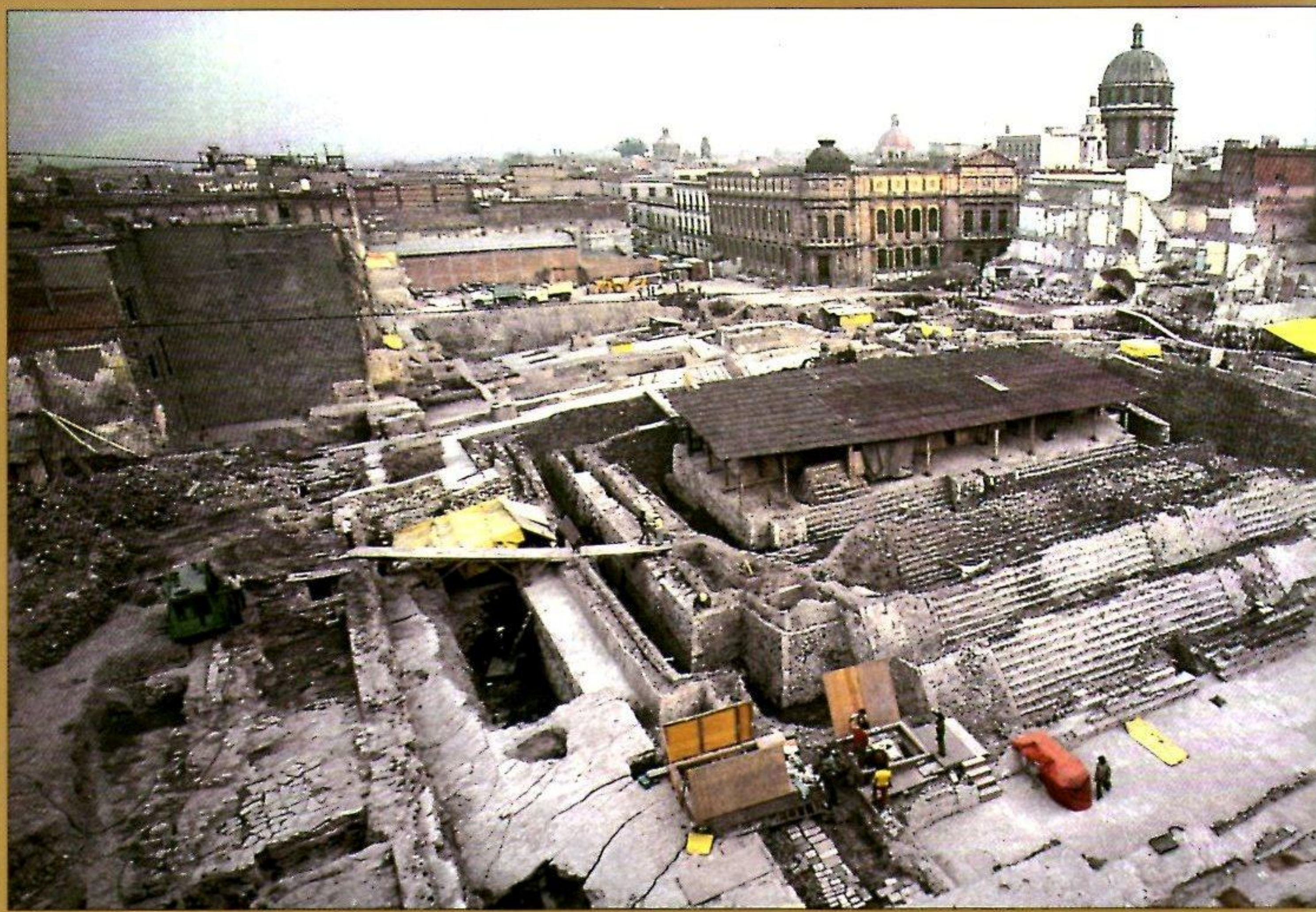
Cuando los españoles se apoderaron de Tenochtitlán, intentaron borrar toda huella de los dioses nativos. Derribaron las piedras de la montaña sagrada y las usaron para construir una catedral; al parecer retiraron y destruyeron las efigies de Huitzilopochtli y Tlaloc, aunque algunos creen que los indios las arrebataron antes y las ocultaron. Pero el blando subsuelo de Tenochtitlán retuvo todo un conjunto de secretos que saldrían a la luz siglos más tarde. En 1978, cuando los obreros que enterraban unos cables eléctricos cerca del centro de Ciudad de México descubrieron unos restos del Templo Mayor —el enorme retrato de piedra de Coyolxauhqui, la desmembrada hermana rebelde de Huitzilopochtli—, se abrió una nueva era para la arqueología mexicana. Durante los siguientes cinco años, arqueólogos y otros especialistas excavaron toda la zona circundante. Averiguaron que el edificio arrasado por los españoles había sido tan sólo un cascarón externo, una versión del centro del mundo azteca construida sobre las estructuras de templos anteriores. Oculto en el esponjoso suelo en el que éstos se habían ido hundiendo gradualmente había una prodigiosa crónica de las creencias aztecas escrita en las piedras empapadas en sangre del Templo Mayor.

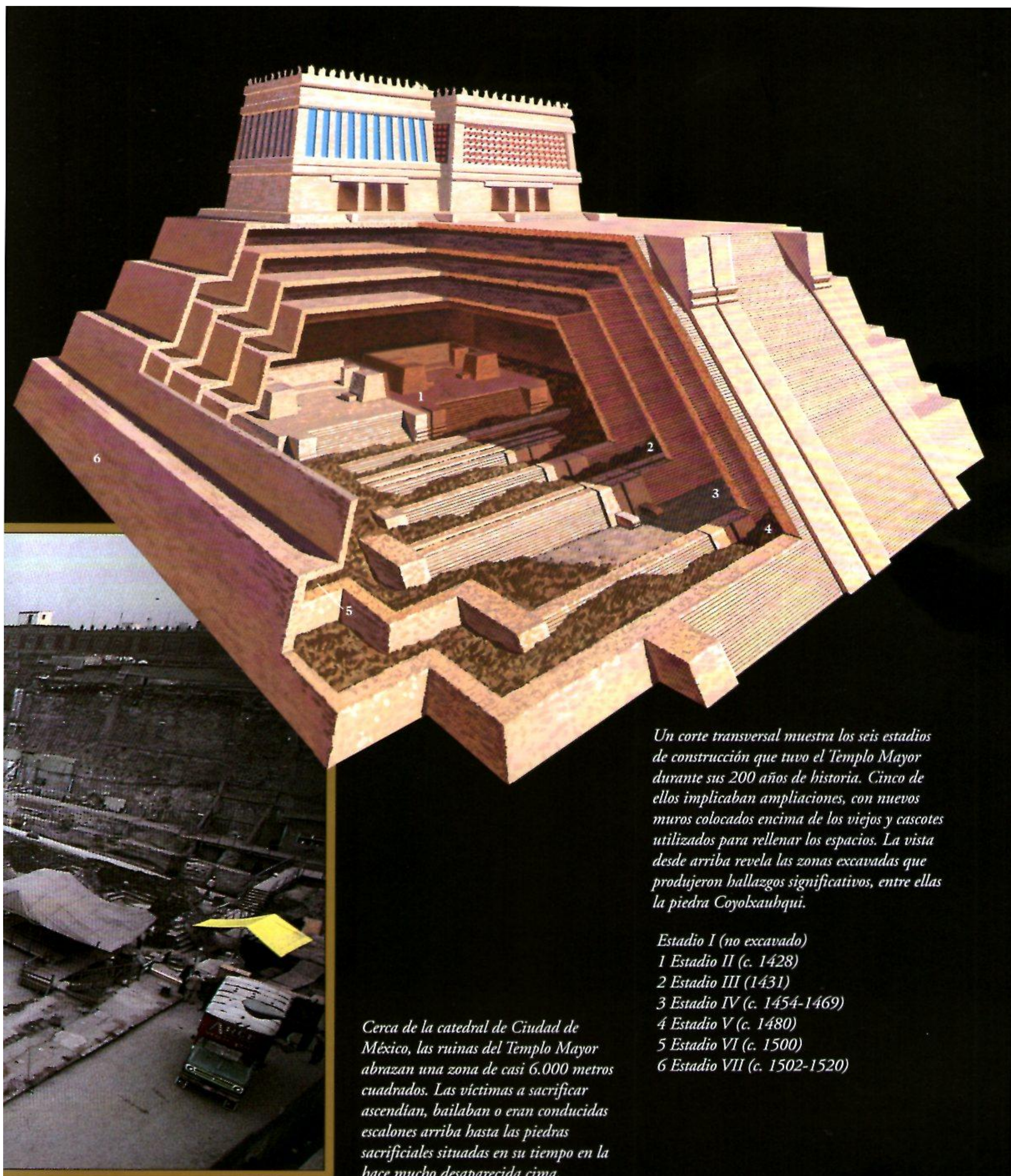
PIRÁMIDES DENTRO DE PIRÁMIDES

Poco después de que los aztecas se asentaran en Tenochtitlán en el 1325 d.C., dieron las gracias por su llegada a su deidad guardiana construyendo un santuario con cañas, paja y hierba. Esta rosca estructura –desaparecida hace mucho tiempo– fue la semilla a partir de la cual creció el Templo Mayor. Durante los siguientes dos siglos sería reconstruido repetidamente, con cada nueva versión englobando la anterior. Mientras tanto, un enorme recinto ceremonial se extendió alrededor del templo, una zona amurallada donde los fieles, que entraban por cuatro puertas orientadas según los cuatro puntos cardinales, propiciaban una multitud de dioses en tantos como 78 templos y altares.

En este recinto sagrado, el Templo Mayor se alzaba en una pirámide de unos 40 metros de altura, con más de un centenar

de escalones que ascendían hasta el área sacrificial en su cima. A medida que los arqueólogos excavaban más profundamente en el lugar, fueron descubriendo al menos seis reconstrucciones. Algunas de las reedificaciones se habían efectuado debido a que la cada vez más pesada estructura se hundía firmemente en la saturada tierra, pero buena parte de la obra estaba diseñada para que reflejara el crecimiento del imperio. Un mensaje diplomático de un estado vecino entregado al soberano azteca durante una fase de la ampliación urgía: «Haz tu destino para que el honor de los aztecas no disminuya sino que se haga más grande». Cada expansión completada exigía celebraciones que se aseguraban de que la obra complaciera a los dioses, y que incluían sacrificios en masa que podían proseguir durante varios días consecutivos.





Un corte transversal muestra los seis estadios de construcción que tuvo el Templo Mayor durante sus 200 años de historia. Cinco de ellos implicaban ampliaciones, con nuevos muros colocados encima de los viejos y cascotes utilizados para rellenar los espacios. La vista desde arriba revela las zonas excavadas que produjeron hallazgos significativos, entre ellas la piedra Coyolxauhqui.

- Estadio I (no excavado)*
- 1 Estadio II (c. 1428)*
- 2 Estadio III (1431)*
- 3 Estadio IV (c. 1454-1469)*
- 4 Estadio V (c. 1480)*
- 5 Estadio VI (c. 1500)*
- 6 Estadio VII (c. 1502-1520)*

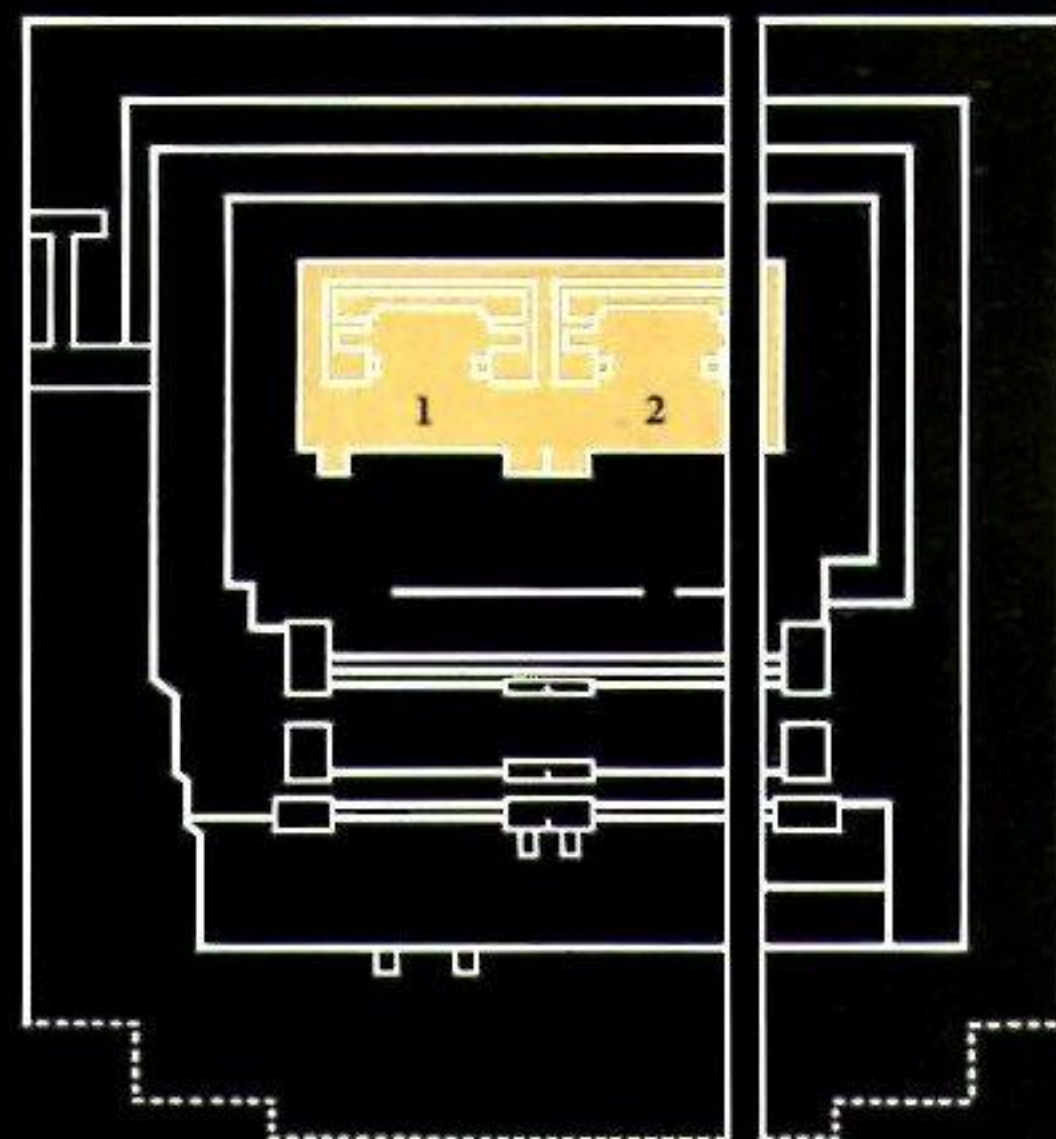
Cerca de la catedral de Ciudad de México, las ruinas del Templo Mayor abrazan una zona de casi 6.000 metros cuadrados. Las víctimas a sacrificar ascendían, bailaban o eran conducidas escalones arriba hasta las piedras sacrificiales situadas en su tiempo en la hace mucho desaparecida cima.

UN COMPROMISO CON LA PIEDAD

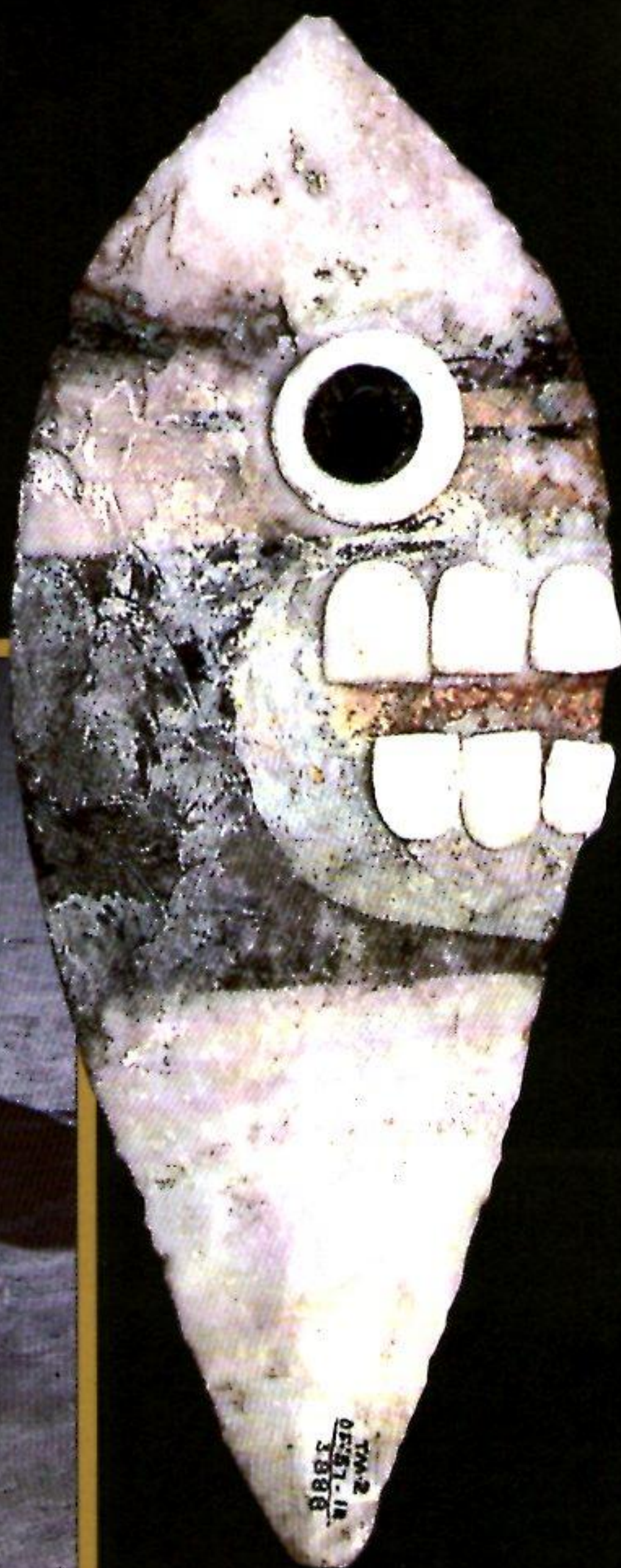
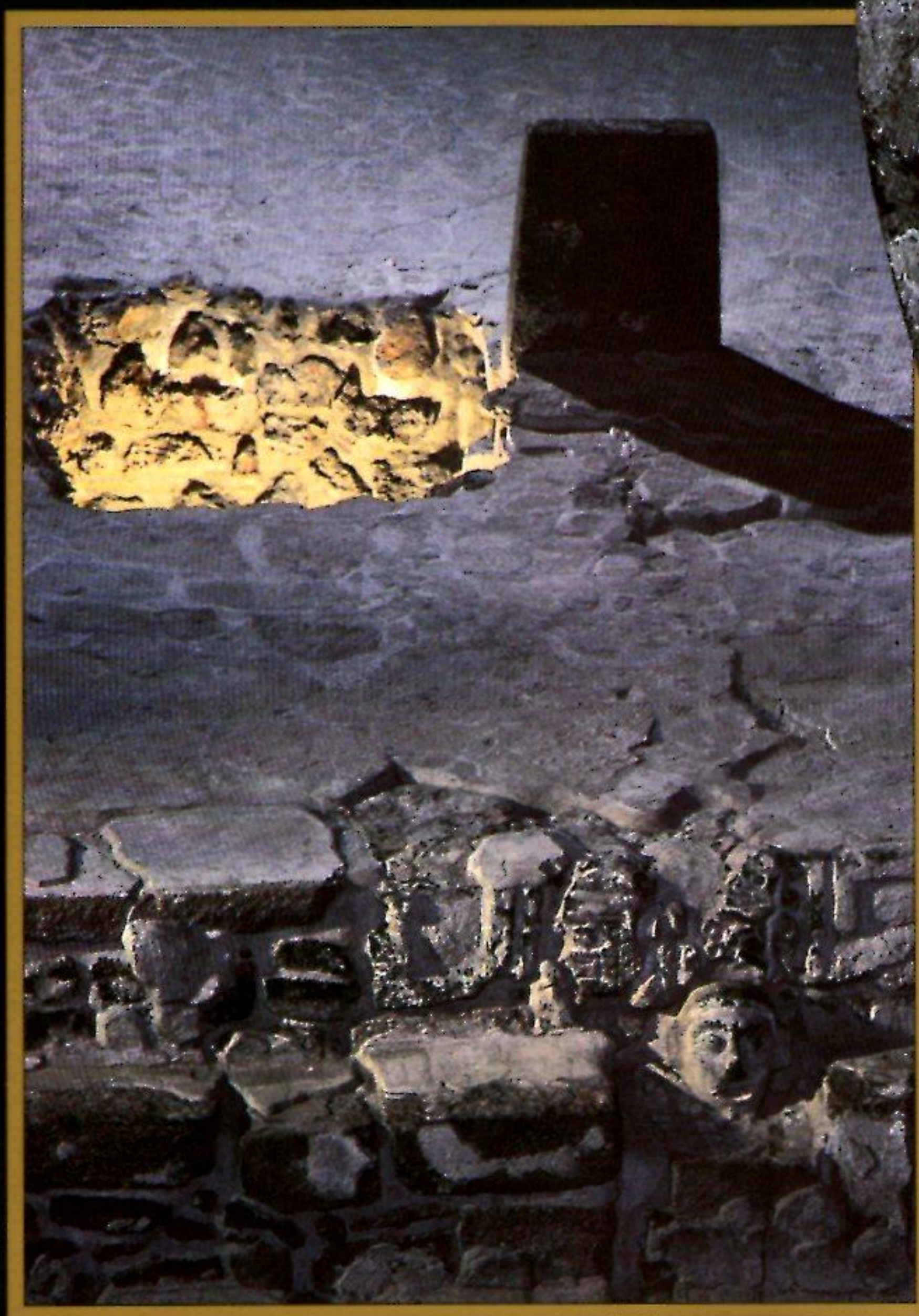
La visión azteca de la vida era a la vez optimista y pesimista: Todo lo que los dioses proporcionaban, los propios dioses podían llevarse consigo, en especial en México. Aquí la estación de las lluvias era seguida por una estación seca en la que las plantas podían marchitarse y morir. De hecho, los aztecas, que habían vagado a través de tierras áridas durante años antes de asentarse, tenían experiencia de primera mano de lo que la desastrosa sequía podía traer consigo. Dos veces habían soportado severas hambrunas. A causa de tal calamidad, veían el mundo como algo que existía en un estado de precario equilibrio que podía cambiar y dar como resultado un cataclismo. En un esfuerzo por evitar el desastre, propiciaban regularmente a los dioses con sangre.

Reteniendo aún huellas de su pintura original, un intermediario divino, o chacmool, se reclina cerca del altar de Tlaloc, aguardando eternamente las ofrendas de sangre.

A medida que se desarrollaban las excavaciones del Templo Mayor, los arqueólogos pusieron al descubierto más y más evidencias de la devoción azteca, pero ninguna más estremecedora, quizá, que los restos de un altar a Huitzilopochtli. Allí se enfrentaron cara a cara con la oscura piedra del lado opuesto, sobre la cual los sacerdotes habían tendido a sus víctimas para arrancar sus corazones. En el cercano altar a Tlaloc hallaron la escultura de abajo, que se cree que representa a un mensajero entre el dios y los sacerdotes. Puede que fuera utilizada como un altar o un ofertorio para los aún calientes corazones que los aztecas creían que podían ayudar a asegurarse las bendiciones de Tlaloc.



Una versión del Templo Mayor –la primera gran remodelación, designada Estadio II– fue desenterrada casi intacta. La zona más oscura muestra dónde aparecieron la figura supina (1) y la piedra sacrificial (2) reflejadas abajo.

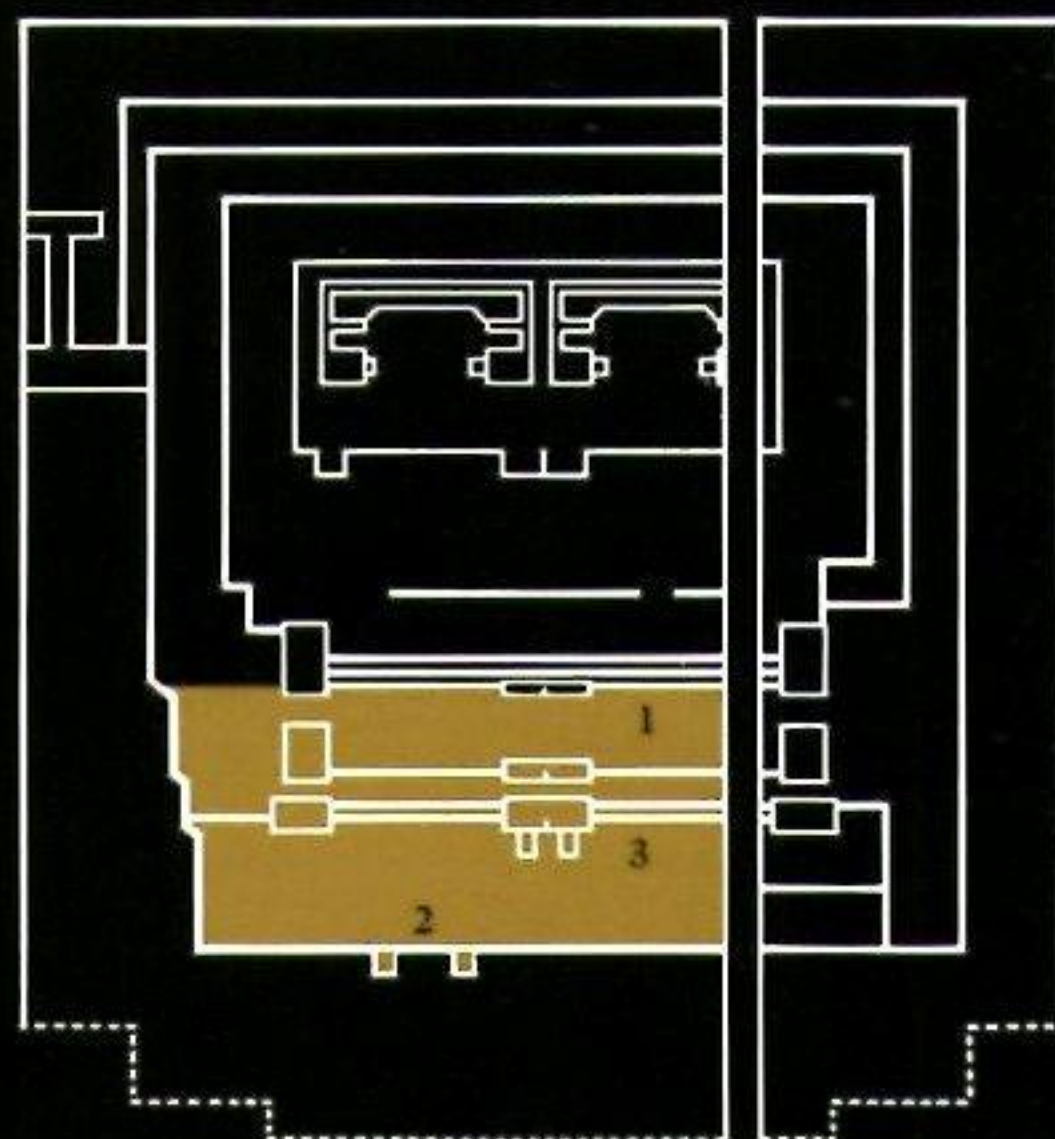


La piedra sacrificial en el altar de Huitzilopochtli presenta un lúgubre perfil. A las víctimas se les arrancaba aquí el corazón con cuchillos rituales como el de arriba, mostrado a su tamaño real. Al romper el suelo al lado de la piedra, los excavadores encontraron varios cuchillos que habían sido depositados como ofrendas religiosas.

SONDEAR LOS SECRETOS DEL TEMPLO

Realmente terribles eran las dos deidades que residían en la cima del Templo Mayor. «Huitzilopochtli –informó un escritor español– era un segundo Hércules, extremadamente fuerte y muy belicoso, un gran destructor de ciudades y exterminador de gente.» Tlaloc, que proporcionaba las lluvias que hacían productiva la tierra, tenía también su lado fiero. «Enviaba el granizo y el rayo y las tormentas y el peligro de los desbordamientos del río y del mar», dice el mismo cronista.

El Templo Mayor encarna el control dual de los dioses de varias formas, de forma muy prominente en sus dos altares, pero también en esculturas asociadas como las mostradas abajo. La pirámide en sí es un doble símbolo, que representa a la vez la montaña sagrada donde nació Huitzilopochtli y los cielos donde se formaban las lluvias de Tlaloc.



Los números en esta planta realizada señalan los lugares donde aparecieron los objetos de las fotografías durante las excavaciones. Las figuras de pie (1), las ranas (2) y la piedra sacrificial (3) datan del Estadio III de reconstrucción del templo, iniciado en 1431.



Apoyadas en pedestales frente a las escaleras que conducían al altar de Tlaloc, un par de ranas simbolizan la tierra, el agua y la fertilidad. También estaban asociadas con el submundo, puesto que se enterraban en el lodo durante la estación seca.

Halladas reclinadas contra la escalera que ascendía al altar de Huitzilopochtli, estas estatuas de tamaño casi natural, referidas como portaestandartes, pueden representar a los hermanos del dios de la guerra. Se cree que adornaban la cima.

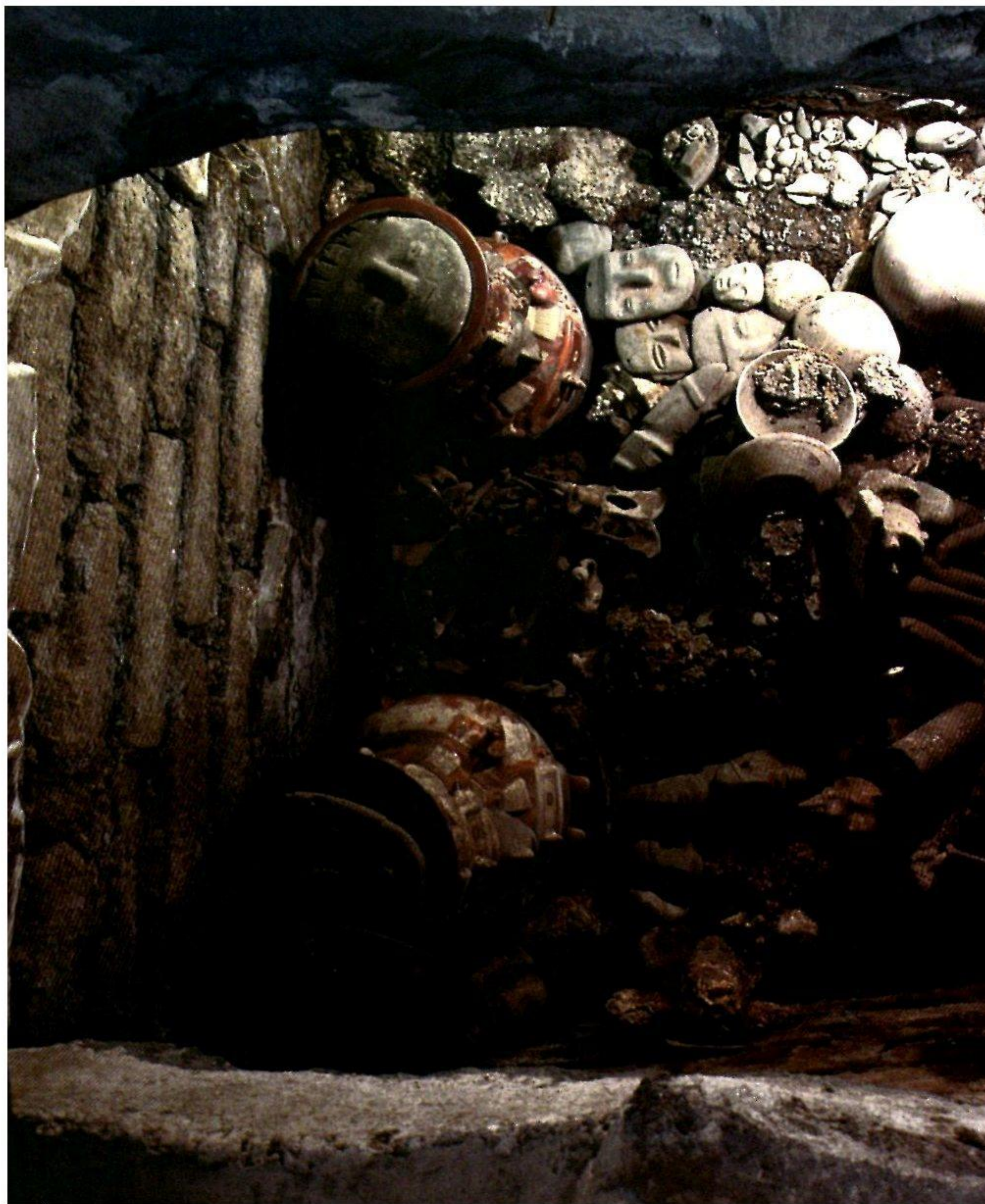




La más extraordinaria de todas las tallas halladas en las excavaciones del templo es este relieve, de más de 3 metros de diámetro, de Coyolxauhqui, la diosa de la luna y hermana de Huitzilopochtli, decapitada y

desmembrada. Los aztecas consideraban a Coyolxauhqui, cuyo nombre significa «pintada con campanillas», una «mujer muy malvada», una que «hablaba con todos los ciempiés y arañas y se transformaba en una

hechicera». Aquí, las campanillas decoran su mejilla, y en concordancia con su feroz imagen, lleva un cráneo en su cinturón y brazaletes de serpientes con garras unidas a ellas.





OFRENDAS PARA LOS INSACIABLES DIOSES

A medida que los arqueólogos exploraban las varias generaciones del Templo Mayor, descubrieron muchas cosas que las sucesivas reconstrucciones habían ocultado a la vista incluso en tiempos de los aztecas. En y alrededor del templo había más de 80 escondrijos de ofrendas a los dioses. Estos lugares contenían más de 7.000 objetos, que iban desde cráneos de niños sacrificados a conchas marinas. En algunos casos, los artículos habían sido colocados en cámaras de piedra; otros estaban sellados en contenedores de piedra, y algunos habían sido ocultados entre los cascotes detrás de las paredes.

Sólo una pequeña fracción de estas ofrendas propiciatorias son de origen azteca; la mayoría proceden de zonas que pagaban tributo, testimonio del alcance y la fuerza del imperio azteca. Los escondites contienen muchas efigies de dioses, particularmente de Tlaloc. Los hallazgos secretos incluyen también máscaras, urnas funerarias, hojas de pedernal y de obsidiana, esqueletos de jaguares, cabezas de cocodrilos, pieles de serpientes de cascabel y boas, y caparazones de tortugas, así como una amplia variedad de corales.

Dentro de las cámaras ofertorias, los artículos estaban evidentemente dispuestos según algún sistema ritualista, pero el significado de los esquemas de colocación todavía no ha sido descifrado. No hay la menor duda, sin embargo, de que las ofrendas eran una especie de lenguaje metafórico para los pilares del mundo azteca: imágenes de sus dioses, los despojos de la guerra, y la abundancia natural de la tierra.

Una cámara de ofrendas construida en el interior del templo cuando fue ampliado entre 1469 y 1481 contiene jarras pintadas, máscaras de piedra, huesos de jaguar, 11 efigies multicolores de Tlaloc, y los cráneos, costillas y huesos de miembros de 30 bebés y niños pequeños, ninguno de más de ocho años. Todos los objetos que aparecen aquí están tal como estaban cuando los hallaron los arqueólogos.

Esta máscara olmeca, de más de dos milenios de antigüedad cuando fue colocada en un escondite de ofrendas en el Templo Mayor, mide algo más de diez centímetros de alto.



El feroz rostro de Tlaloc, sus ojos dos anillos formados por serpientes enroscadas, mira furiosamente desde la base de un recipiente multicolor, un receptáculo que simboliza el agua que traía consigo las bondades de la tierra.



Un grupo de diminutos peces, tallados en madreperla por un artesano azteca, honran a Tlaloc, que tenía el dominio sobre todos los mares, lagos y ríos del mundo, además de las nubes que proporcionaban la lluvia a los granjeros.



TESOROS DE LAS PROFUNDIDADES DEL TEMPLO

Cada vez que el Templo Mayor era sometido a una expansión, las ofrendas de los pueblos súbditos a los dioses residentes rivalizaban en esplendor. Un cronista de la historia azteca informó: «Cada ciudad, esforzándose por sobrepasar a las demás, llegaba con sus joyas y piedras preciosas para arrojarlas a los cimientos. Arrojaban tanto tesoro que era algo asombroso; y los aztecas decían que puesto que Huitzilopochtli les había dado estas riquezas, era adecuado que se dedicaran a su servicio, ya que realmente le pertenecían a él». El homenaje, rendido a Huitzilopochtli o a Tlaloc, procedía de todas las regiones de los alrededores, de hecho de todos los rincones del imperio.

Estas ofrendas representaban una gran extensión de tiempo, además de espacio. A los escondrijos del templo iban a parar máscaras hechas 1.000 años antes en la ciudad de Teotihuacán, el lugar donde, según las leyendas aztecas, había nacido el quinto sol. La ofrenda más antigua de todas era una máscara olmeca creada alrededor del 800 a.C. Quizá la intención de estas ofrendas era relacionar a los aztecas con esas ilustres culturas del distante pasado, ayudándoles a justificar su derecho a retener el dominio sobre todos los demás grupos.

Símbolo de la vida, de la creación y de la fecundidad, una concha de casi un metro de largo tallada en piedra ocupó en su tiempo un lugar prominente en el templo. Los excavadores la descubrieron allá donde los indios la habían ocultado al parecer de los españoles.



Con hojas de pedernal insertadas en su cavidad nasal y en su boca, y tapones de hueso y pirita sellando sus órbitas, un cráneo humano conjura el horror de la muerte. Los agujeros en la frente pudieron ser practicados a fin de poder llevarlo como una máscara.



UN TRÍO COMPLEMENTARIO DE ALTARES

Alrededor del año 1500, los aztecas estaban preocupados por mantener firmemente asido su imperio, pero las dificultades en la guerra y el gobierno no impidieron otra expansión del Templo Mayor; de hecho, es posible que los problemas hicieran que la ampliación pareciera más urgente todavía.

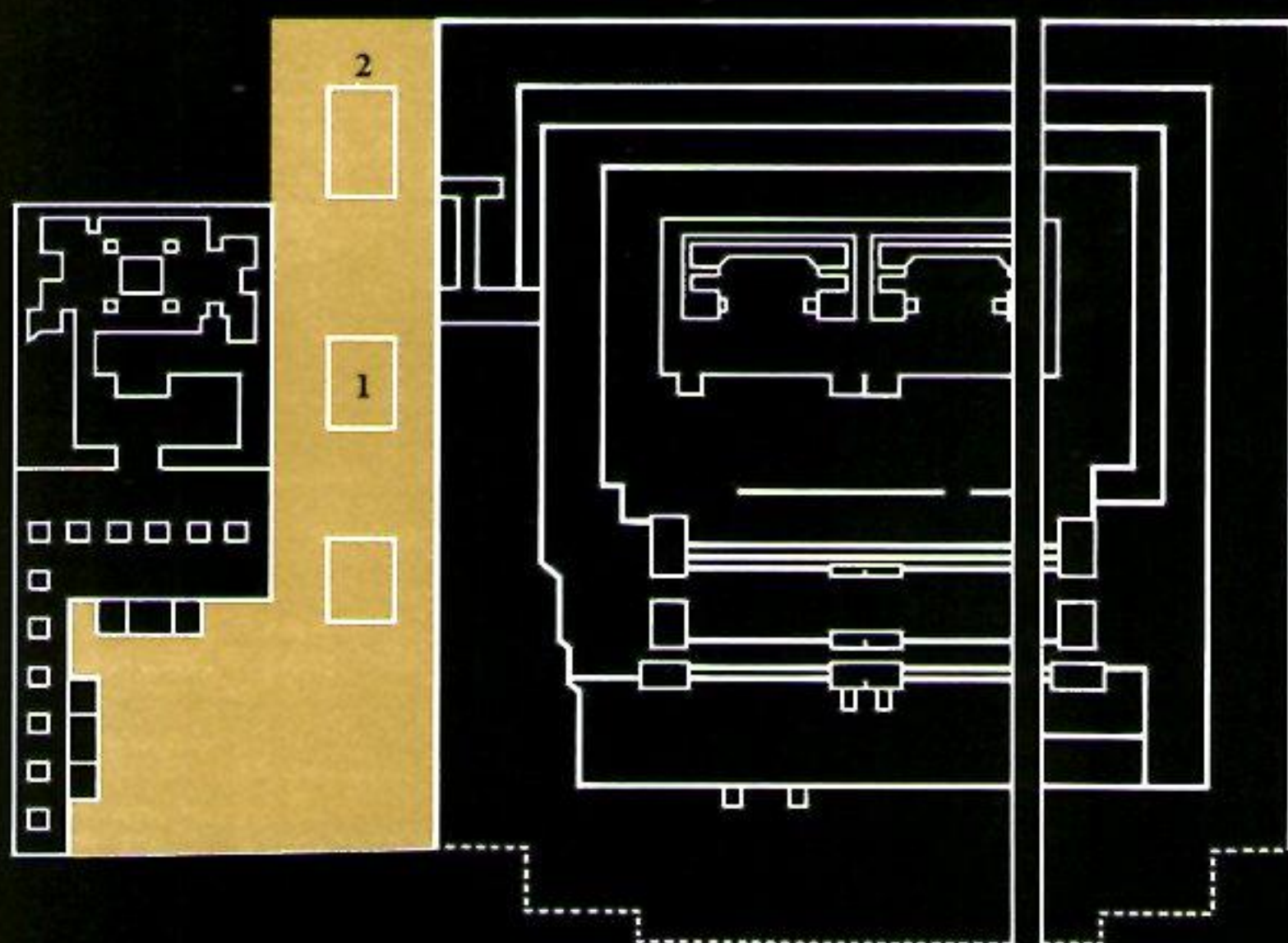
Durante esta fase de reconstrucción, designada Estadio VI, se construyeron tres pequeños templos en un patio de

losas de piedra en el lado norte de la pirámide. Uno era una estructura rectangular que miraba al este y que albergaba un altar redondo; cerca se alzaba una gran escultura de una deidad que se cree que era Huehuateotl, el viejo dios del fuego (*abajo*). Un segundo templo contenía un pequeño altar no decorado. El tercero era una macabra plataforma adornada con 240 tallas de cráneos (*página opuesta, extremo derecha*). Se

cree que es posible que los sacerdotes colocaran allí las cabezas de las víctimas sacrificadas tras su decapitación.

Encorvada y con colmillos, esta efigie de piedra del viejo dios del fuego tiene una parte superior plana de modo que pueda albergar un brasero conteniendo incienso encendido, utilizado durante las ceremonias del Templo Mayor.





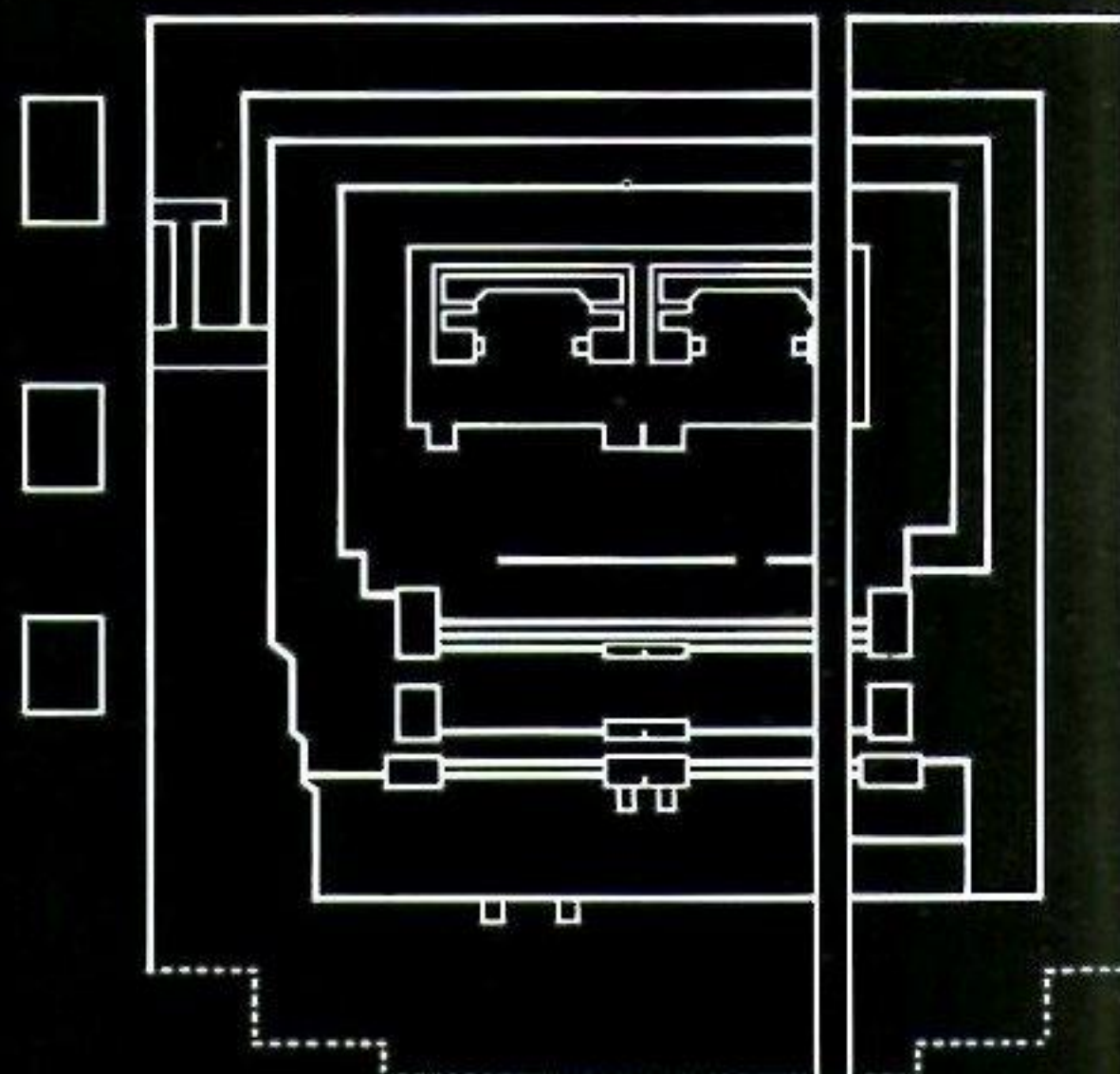
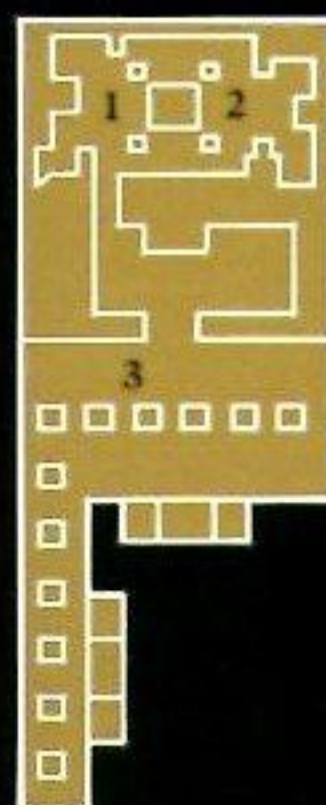
Aquí se muestra el lado norte del templo, el emplazamiento de los tres pequeños templos, incluido un perchero para cráneos (1), de la reconstrucción del Estadio VI, así como la efigie de Huehuateotl, el viejo dios del fuego (2).

Los cráneos de piedra, originalmente cubiertos con estuco, ocupan tres de los lados de un altar que recuerda los percheros en los que los aztecas exhibían las cabezas de sus víctimas sacrificiales.



EL SALÓN DE LOS CABALLEROS ÁGUILA

Tanto los guerreros como los sacerdotes honraban a los dioses en el Templo Mayor, como queda evidenciado por el descubrimiento por parte de los arqueólogos de un edificio con tres cámaras en sus inmediaciones. Allí los mejores soldados de la clase noble —miembros de una orden militar asociada con el águila— se reunían para sus ritos. Altares, estatuas y braseros hallados en el lugar atestiguan sus antiguas ceremonias, como lo hace un friso que muestra a los guerreros águila con sus tocados de plumas y está centrado en un símbolo con púas para el derramamiento personal de sangre que se esperaba de ellos. En efígie al menos, los miembros de la antigua orden militar estaban todavía a mano cuando los arqueólogos despejaron el salón: un par de estatuas de tamaño natural de estos heroicos hombres vestidos con todas sus galas de águila montaban guardia en la entrada de la segunda cámara.



El Salón de los Caballeros Águila, que data del Estadio VI, se halla en el patio en el lado norte del Templo Mayor, delimitado aquí, con la situación del brasero de Tlaloc (1), el esqueleto (2) y la figura del guerrero águila (3) mostrados aquí.

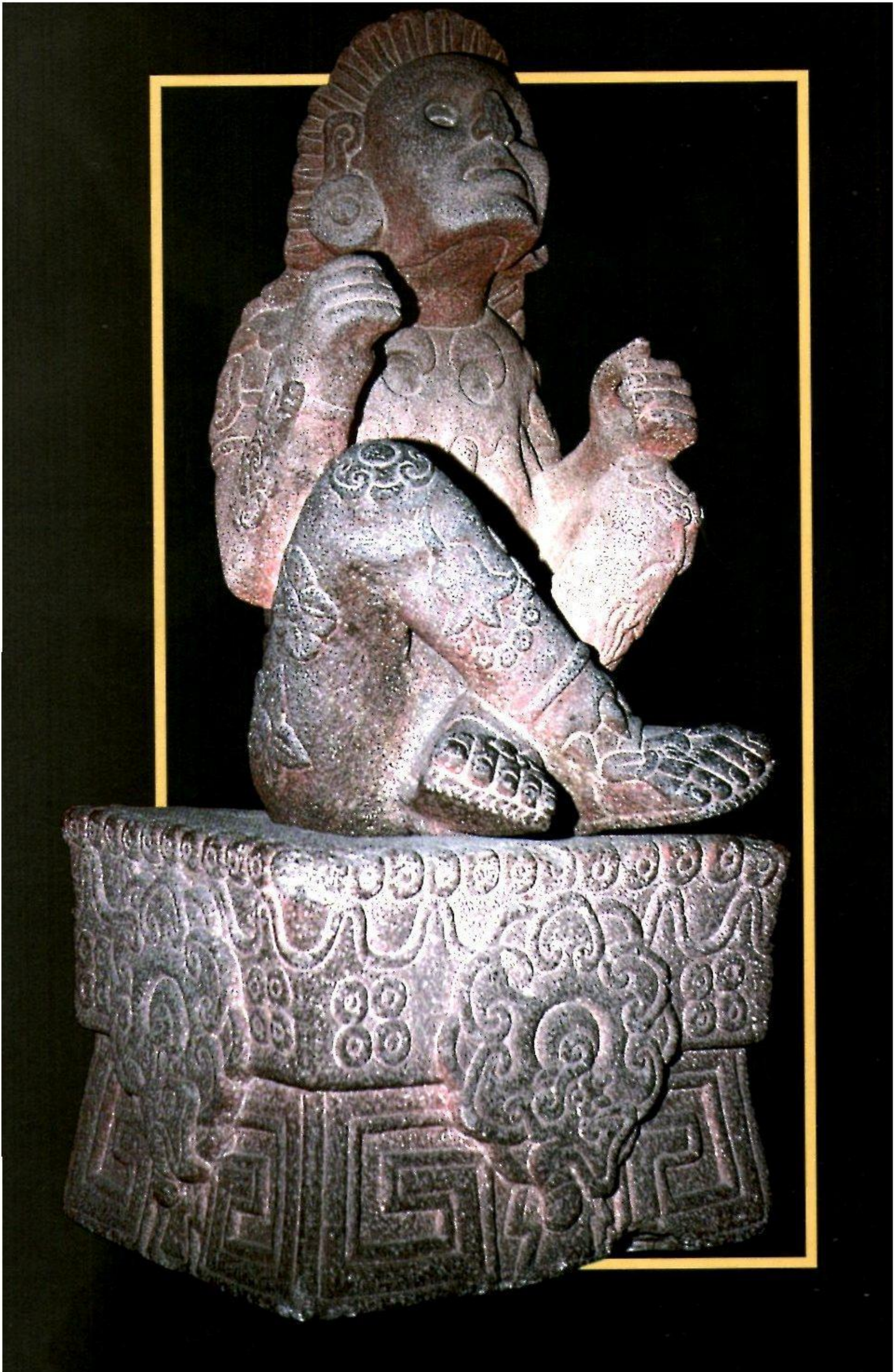
Descubierto dentro de una de las cámaras del Salón de los Caballeros Águila, esta representación en cerámica del dios Tlaloc llorando lágrimas de lluvia servía como brasero utilizado en las ceremonias.

Entre las estatuas del Salón de los Caballeros Águila estaba este ahora descabezado esqueleto de cerámica, que se cree que representa a Mictlantecuhli, el dios de los muertos. Sus huesos asoman a través de su carne, sugiriendo la naturaleza efímera de la vida.





Como si estuviera a punto de echar a volar, un Caballero Águila, con un casco que imita la cabeza del ave, alza sus emplumados brazos. Esta figura de cerámica de tamaño real, formada por cinco piezas separadas, estuvo en su tiempo cubierta con plumas pintadas de estuco.



EL LADO MÁS GENTIL DE LA VIDA AZTECA

Dada su feroz reputación, los guerreros aztecas esperaban un curioso destino después de la muerte, uno que quizá dice más acerca de las sensibilidades de su cultura que los horribles ritos realizados en el Templo Mayor. Según el Código Florentino, los guerreros que morían en batalla viajaban directamente al Paraíso Oriental para convertirse en asistentes del sol, «el príncipe turquesa». Cada mañana, antes del amanecer, se reunían en una enorme llanura para aguardar la llegada del sol, al que saludaban con deleite, golpeando sus mazas de madera contra sus escudos en ruidosa celebración. Danzando y cantando, escoltaban luego al sol hasta su cénit, donde las mujeres que habían muerto de parto —una batalla de otro tipo— ocupaban su lugar, transportando al llameante orbe en una litera de plumas hasta el final del día.

Pero había una recompensa más dichosa aún en perspectiva. Tras cuatro años como «compañeros del sol», las almas de los luchadores aztecas regresaban a la tierra «transformadas en pájaros preciosos: colibríes, oropéndolas, jilgueros y mariposas multicolores. Y acudían a sorber la miel de las distintas flores».

Ninguna imagen conjura mejor las sorprendentes contradicciones inherentes al mundo azteca: duros guerreros habituados a la muerte transformados en colibríes y mariposas. En muchos aspectos de sus vidas diarias, los aztecas ejemplificaban estos rasgos competitivos. Su propensión al derramamiento de sangre se veía compensada por una profundamente asentada reverencia hacia la belleza tanto en la naturaleza como en las

Desde su asiento elevado festoneado con lo que puede que sean plantas alucinógenas, Xochipilli, el dios de la música, la poesía, la danza y las fiestas, alza un inmortal rostro de piedra en su canción. Sus puños aferraron en su tiempo matracas con las que se acompañaba.

artes, con sus excesos refrenados por un riguroso orden social y un código ético. De hecho, la suya era una sociedad compleja y diversa que, como muchas otras a lo largo de la historia, era tan fascinante en sus ordinarias idas y venidas como en sus más grandes y horribles momentos.

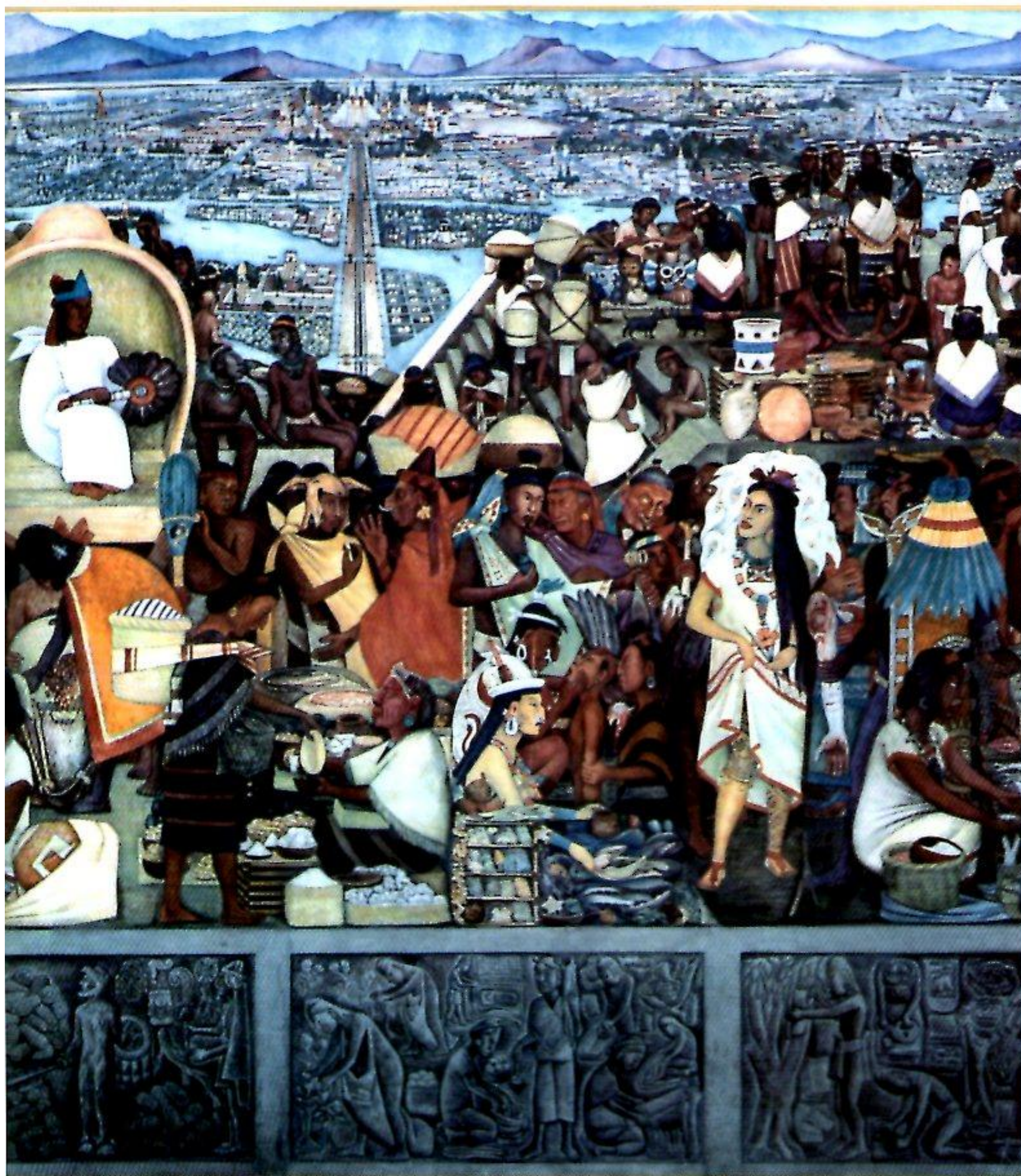
Fundamental a la cultura era el amor al lenguaje. Los aztecas se alineaban mercedamente entre los más grandes oradores del mundo, y aprovechaban virtualmente cualquier oportunidad para alardear de sus habilidades retóricas. Tanto en las funciones públicas como privadas, los oradores aztecas se lanzaban a elaborados recitados de acontecimientos históricos o leyendas de los antepasados y los dioses. Las historias pasaban oralmente de generación en generación; un cierto número de obras literarias —que iban desde poemas hasta mitos— han sobrevivido, escritas en los años siguientes a la conquista española por conversos al catolicismo que aprendieron el alfabeto europeo.

Alguna de esta oratoria podía aburrir a sus oyentes, en especial cuando uno de los hombres viejos decidía predicar a partir de los llamados *Preceptos de los ancianos*, un largo catálogo de consejos y advertencias cuya intención era mantener a las jóvenes generaciones versadas en el comportamiento adecuado. Pero esto era raro. Jacques Soustelle, un erudito francés que dedicó su vida a estudiar a los aztecas, ha señalado que las ocasiones públicas pueden convertirse en «torneos positivos de elocuencia», con oradores —no sólo hombres, sino también mujeres nobles— ejerciendo sus talentos con las palabras y el hábil uso de la metáfora. Una técnica estándar era unir dos palabras o frases para expresar un concepto abstracto. Tomadas juntas, por ejemplo, las palabras para «jade» y «plumas» significan «belleza». El lenguaje en sí, el náhuatl, notable incluso hoy en día por sus melodiosas cualidades, se sumaba al efecto; *náhuatl* puede traducirse como «habla elegante».

Con mucho, la forma más elevada de arte era la poesía; «poesía» se



Contra el fondo de una ciudad acuática, el mercado azteca bulle de actividad en el mural de 1945 del conocido pintor mexicano Diego Rivera La gran ciudad de Tenochtitlán. La variedad de productos reflejados —entre ellos tocados de plumas y cestos de maíz multicolor—, junto con los atareados mercaderes, los portadores con bandas en sus frentes para sujetar sus cargas, e incluso una prostituta alzándose la falda, trae a la vida las coloristas crónicas de los conquistadores españoles que fueron testigos del concurrido centro comercial en Tlatelolco.



designaba en náhuatl con el emparejamiento de las palabras «flor» y «canción». Los poetas figuraban entre las más respetadas figuras de la sociedad, de tal modo que no vacilaban en nombrarse a sí mismos en sus obras. Nobles e incluso gobernantes intentaban a veces practicar la composición; entre los más famosos practicantes estaba Nezahualcoyotl, líder de los tezcocanos, cuyos versos todavía eran cantados décadas después de su muerte en 1472.

De una forma no muy distinta a sus contrapartidas modernas, los poetas aztecas elegían a menudo como tema la fragilidad de la belleza y el sufrimiento del artista: «Ansiosamente busca mi corazón las flores; sufro con las canciones, pero las creo sobre la tierra, yo, Cuacuauhtzin: ¡anhelo las flores que no perezcan en mis manos! ¿Dónde puedo encontrar flores encantadoras, canciones encantadoras? Por mucho que busco, la primavera no se produce sobre la tierra».

La importancia del lenguaje creció a medida que maduraba la sociedad. En las décadas que condujeron a la llegada de los españoles, una lengua hábil se había convertido en uno de los emblemas de la autoridad, y la calidad y el refinamiento del habla separó las clases unas de otras. Los gobernantes aztecas llevaban tradicionalmente dos títulos honoríficos: *tlacatecuhtli*, «señor de hombres», y *huey tlatoani*, «gran orador». Motecuhzoma II, como su predecesor, dependía de las proezas militares como base de su poder; sin embargo, su efectividad como orador, en especial ante el consejo gobernante formado por funcionarios del estado, sacerdotes y guerreros, le ayudó evidentemente a mantener su posición como centro del gobierno azteca.

En cuanto a la gente común, ejercitaban su amor al habla en variados aspectos, pero en ningún lado de una forma más colorista que en el corazón económico de su floreciente sociedad. Al norte del Templo Mayor, en la ciudad adyacente de Tlatelolco, que Tenochtitlán había anexionado, se extendía un mercado que superaba todo lo que los invaso-

res españoles habían visto nunca. De él brotaba constantemente un gran estrépito mientras la gente se dedicaba a sus tareas cotidianas de intercambio. En la segunda carta a su monarca Carlos V, Cortés se exhibía acerca del lugar y todo lo que contenía. Aunque tenía la sensación de que no le hacía justicia, puesto que dejaba fuera muchas cosas que no podía recordar o no había conseguido identificar, su relato capta la sensación de la enorme variedad de objetos. «Hay también una plaza dos veces más grande que la de Salamanca —escribió—, con arcadas a todo su alrededor, donde más de 60.000 personas acuden cada día a comprar y a vender, y donde puede hallarse todo tipo de mercancías producidas en estas tierras; provisiones además de adornos de oro y plata, plomo, latón, cobre, estaño, piedras, conchas, huesos y plumas. También venden cal, piedras desbastadas y sin desbastar, ladrillos de adobe, tejas, y maderas talladas y sin tallar de varios tipos.» La notable abundancia de comida disponible en cualquier día de mercado incluía maíz, judías, sal, miel, chiles, tomates, frutas diversas, raíces comestibles, nueces, pescado, ranas y huevos de insectos, que eran atesorados como una exquisitez.

Una amplia variedad de aves de corral y caza se compraban y ven-

La plaza templo de Tlatelolco —mostrada aquí parcialmente excavada en medio de sus modernos alrededores— floreció como un centro de vida religiosa y ceremonial en la puerta de al lado de su ciudad hermana, Tenochtitlán. Justo más allá de la plaza, las multitudes se reunían en un enorme mercado: el eje comercial del imperio.



dían comúnmente. «Hay una calle donde venden caza y pájaros de todas las especies que pueden hallarse en estas tierras —informaba Cortés—, pavos, perdices y codornices, patos salvajes, papamoscas, cercetas, tórtolas, pichones, papagayos, águilas y tinges, halcones, gavilanes y cernícalos; y venden las pieles de algunas de estas aves de presa con sus plumas, cabezas y garras. Venden conejos y liebres, y ciervos y pequeños perros castrados, que crían para comer.»

La gente acudía a Tlatelolco prácticamente para todas sus necesidades. En los puestos de los barberos, los clientes podían ser afeitados o hacer que les levaran el pelo. Otros tenderetes vendían calabazas decoradas, espejos de obsidiana y cosméticos. Cortés se sintió impresionado por la variedad de hierbas y raíces medicinales, así como compuestos, ungüentos y emplastos preparados en las tiendas de los boticarios. También había disponibles pociones de amor, junto con otros ingredientes para elaborar magia. En otras partes había apilados montones de objetos domésticos como pots de barro para cocinar, cuencos de madera, esterillas de caña, escobas y cestos.

La sección dedicada a la ropa debió de ser particularmente impresionante. Aquí, todo estaba disponible, desde las pieles de animales salvajes y capas y faldellines caprichosamente bordados hasta telas ásperas y tejidos de hilo de maguey para la ropa de cada día. Las tiendas se hallaban indudablemente entre las más coloristas de toda la plaza. «Hay muchos tipos de algodón hilado —señaló Cortés— en madejas de todos los colores, y se parece al mercado de la seda en Granada, excepto que aquí hay mucha mayor cantidad.» Respecto al brillo de los tonos, su único rival sólo podía hallarse en los puestos de artículos para artistas, donde había «tantos colores para los pintores como pueden hallarse en España».

Por concurrido y bullicioso que fuera, el mercado era notable por su sentido del orden. Bernal Díaz, el soldado-cronista de Cortés, se mostró sorprendido no sólo del espectáculo en general sino también del «método y regularidad de todo». La plaza estaba dividida en distritos separados para cada categoría de artículos o servicios. Todos los objetos se vendían por cantidad o por alguna otra medida como longitud, pero, por todo lo que Cortés pudo ver, nunca por peso. No existían las monedas ni el papel moneda, pero algunos artículos selectos servían como moneda de cambio. El medio estándar de cambio eran las semillas de cacao, aunque los mantos o capas llamadas *cuachtli* eran usados también con frecuencia. Un centenar de semillas de cacao eran el equivalente de una *cuachtli*, y ambas eran suficientes para comprar una canoa o 100 hojas de papel de corteza. Dos *cuachtli* compraban una carga de cochinilla, un tinte

rojo derivado del insecto del mismo nombre. Los artículos aún más caros, como un traje y escudo de guerrero, una capa de plumas o una joya requería mantos, pequeñas hojas de hacha de cobre o polvo de oro. Treinta mantos compraban un esclavo; cuarenta, uno que supiera cantar y bailar.

La gente, mientras recorría arriba y abajo los muchos pasillos entre los puestos, charlaba entre sí casi tanto como regateaba con los vendedores. Ocasionalmente se alzaban voces furiosas cuando alguien sospechaba que un vendedor lo había engañado o quería cobrarle un precio exorbitante. Solventar estas disputas a toda prisa parece que era una de las principales preocupaciones. Según Cortés, «hay en esta gran plaza un edificio muy grande como un tribunal, ocupado por 10 o 12 personas que actúan como jueces. Presiden sobre todo lo que ocurre en los mercados y sentencian a los criminales. Hay en esta plaza otras personas que caminan entre la gente para ver lo que venden y las medidas que utilizan; y se ha visto que han roto algunas que eran falsas».

Estos árbitros de la justicia para el mercado procedían de un grupo social característico conocido como los *pochteca*, o comerciantes profesionales. El nombre se refería no a la masa generalizada de buhoneseros, quincalleros y tenderos del mercado, sino de los comerciantes viajeros que se dedicaban al lucrativo comercio extranjero con las llamadas Tierras Calientes del sureste. Considerados los principales intermediarios del poder económico, se hallaban sólo un paso por debajo de la nobleza gobernante. Eran una gente muy encerrada en sí misma, vivían en sus propios distritos separados de la ciudad, se casaban sólo con los de su propia clase, y adoraban a su propio dios, Yacatecuhtli, el «señor que guía».

Dentro de su clase, los *pochteca* eran en general una sociedad estratificada, y el ritual tenía un papel importante en sus acciones. Diez ciudades dentro de la confederación azteca tenía sus propias corporaciones *pochteca*, gobernadas típicamente por un puñado de viejos mercaderes que ya no se aventuraban en expediciones comerciales. Las caravanas eran conducidas por los *tecuhnenenque*, o señores viajeros, comerciantes experimentados que se habían distinguido en misiones peligrosas en el pasado. Los jóvenes aprendices, quizás en su primer viaje, los acompañaban para aprender los trucos de tratar con los extranjeros. Quizá debido a los peligros que probablemente podían encontrarse a causa de las bandas de ladrones a lo largo del camino, algunos de los comerciantes iban armados; éstos eran o bien los *tecyauualouanime*, «aquellos que rodean al enemigo», o los aún más temibles *tecuanime*, «las bestias salvajes». Además de proteger la caravana, también podían ayudar a persuadir a las comunidades reacios de aceptar los términos aztecas. En los viajes más largos, que podían durar varios años y alcanzar hasta tan lejos como el ac-

UN REY-GUERRERO QUE FOMENTÓ EL ARTE, LA POESÍA Y EL BUEN GOBIERNO



Una ilustración del siglo XVI muestra a Nezahualpilli, hijo de Nezahualcoyotl, que ascendió al trono a los siete años y reinó durante 44, durante cuyo tiempo hizo avanzar los altos ideales de su padre. Sus flores, sandalias y largo manto decorativo de algodón significan su elevado rango.

Nezahualcoyotl, hoy llamado a menudo el rey poeta de Tetzcoco, una ciudad-estado vecina de Tenochtitlán, introdujo una era de grandes logros intelectuales para su pueblo. Gobernó de acuerdo con los elevados principios desarrollados durante su juventud. Adolescente aún, vio a su padre morir a manos de invasores, y pasó los ocho años siguientes en un virtual exilio. Oculto de sus enemigos durante los últimos dos años en las montañas, recibió ayuda de aliados aztecas, y ganó en batalla el trono que le

correspondía por derecho.

Como gobernante, Nezahualcoyotl se convirtió en un renombrado poeta; también fue un mecenas de las artes y las ciencias, y patrocinó recitales públicos de versos. Construyó un templo sin ídolos dedicado a una única deidad, «el dios desconocido», y prohibió allí los sacrificios humanos. Vagando anónimamente entre su pueblo,

Nezahualcoyotl recompensaba a los ciudadanos mercedores de ello y remediaba agravios.



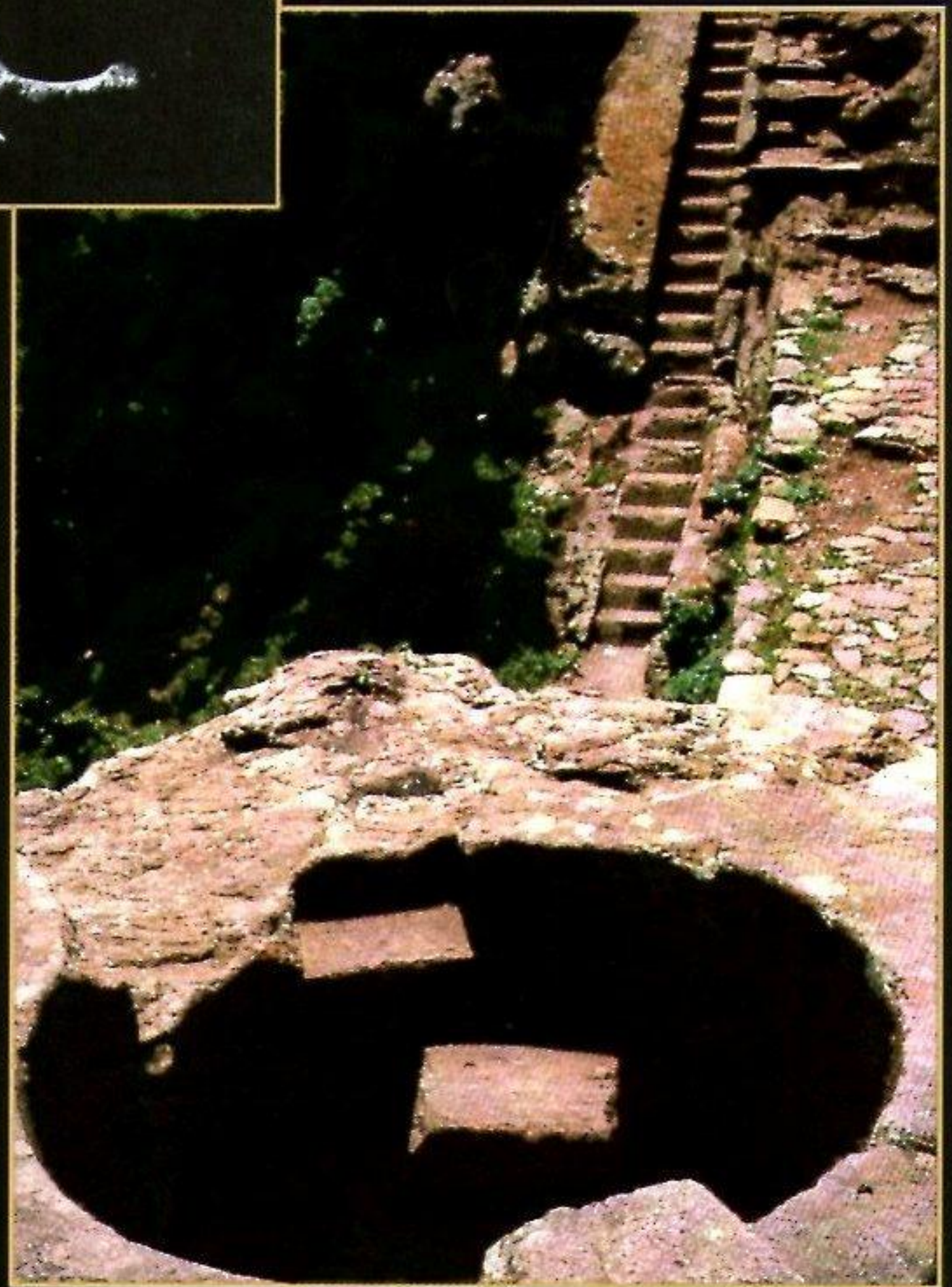
Preparado para atacar, Nezahualcoyotl aferra su maza incrustada en obsidiana y alza su escudo de cuero. En batalla, hacía señales a sus hombres con el tambor que llevaba a su espalda. El tapón de oro en el labio era llevado como signo de status.

EL PARAÍSO JARDÍN DE TETZCOTZINGO

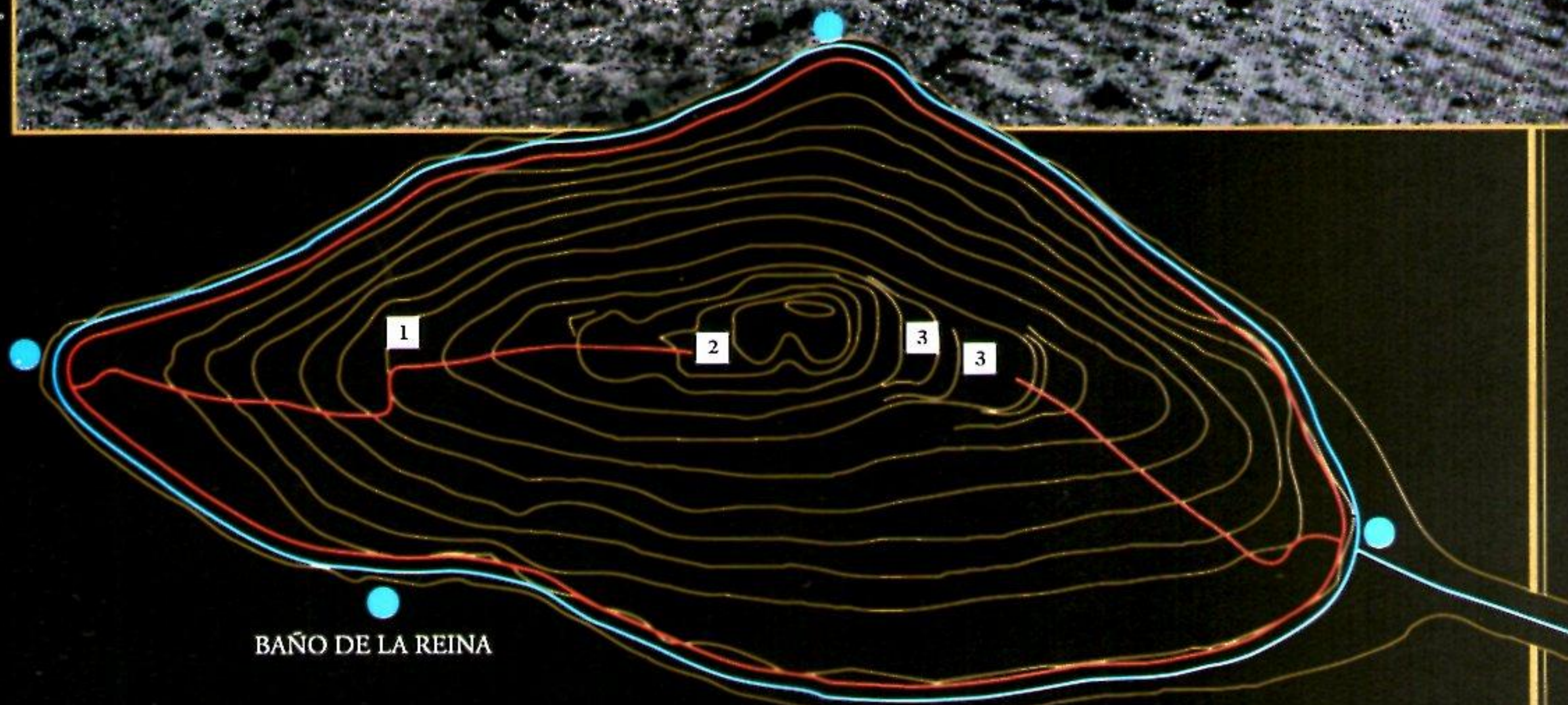
A los pies de la sagrada montaña de Tetzcotzingo (*extremo derecha*), a unos diez kilómetros al este de su capital, Nezahualcoyotl edificó una elaborada villa en el campo. Tras crear una serie de terrazas en la montaña adyacente, convirtió sus áridas laderas en lujuriantes jardines, regados por numerosos estanques y canales.

Una serie de senderos conducían a la cima, de 55 metros de altura, donde se extendía un área ritual. Los baños, probablemente para purificación religiosa, estaban situados en puntos clave a lo largo del camino. Como todas las obras hidráulicas del jardín, bebían de un acueducto de piedra conectado a una serie de manantiales en la cima del monte Tlaloc, a varios picos de distancia.

Aunque los funcionarios de la iglesia destruyeron los edificios y esculturas en 1539, los arqueólogos que estudiaron el lugar, así como los textos e ilustraciones primitivos, descubrieron claves que revelaban el aspecto original de los jardines. Una máscara de Tlaloc, el dios de la lluvia, grabada en el lecho de roca, indicaba que había un templo de Tlaloc en la cima. Justo debajo de la cresta se hallaron restos de una gran roca que en sus tiempos había listado, en glifos, los logros del rey. Cerca, un tocón de piedra resultó ser los restos de un coyote emplumado esculpido, el apodo animal y el tótem de Nezahualcoyotl. Y en un saliente que miraba al lago Tetzcocho había fragmentos de un altar a la tierra y a las deidades agrícolas.



El agua se derramaba en los jardines a través de aberturas como este caño en forma de cabeza de mono (arriba a la izquierda) y en estanques rituales como el Baño de la Reina (arriba junto a estas líneas), de un metro de profundidad. Las escaleras al fondo estaban talladas en el lecho de roca y ascienden desde una cueva sagrada (que no se ve) hasta un camino ancho.



Un mapa topográfico del jardín señala los baños rituales (círculos) a lo largo de un camino (rojo) con canales (azul), alimentados por un acueducto. El sendero serpentea junto a los restos de lugares sagrados (cuadrados) que incluyen deidades de la tierra y agrícolas (1), una máscara de Tlaloc (2) y varios monumentos históricos (3).

tual Panamá, los *nahualoztomeca*, o comerciantes disfrazados, tenían un papel crucial. Podían hablar los lenguajes de pueblos remotos y podían vestir como ellos para actuar como espías, indagando las oportunidades más prometedoras.

Eran necesarios cuidadosos preparativos para una expedición importante. Los artículos aztecas que podían intercambiarse por exóticos objetos extranjeros tenían que ser reunidos y luego divididos entre los porteadores, que se esperaba que llevaran las cargas pesadas y caminaran tanto como 50 a 65 kilómetros diarios. También había que prestar la consideración necesaria a la ceremonia. Los jefes de la corporación consultaban los almanaques adivinatorios para ayudar a seleccionar la fecha más propicia para la partida. El día antes de ésta, se presentaban ofrendas a Yacatecuhtli y otros dioses, y se ofrecía una fiesta a los viajeros. Discursos rituales enfatizaban los riesgos de la empresa. Luego, por la noche, la caravana partía con pocas alharacas, haciendo todos los esfuerzos posibles para evitar el atraer a bandidos que podían permanecer al acecho en el campo circundante. Cada miembro del grupo mantenía breves sus adioses. Según el cronista español Bernardino de Sahagún, «nadie entraba en los aposentos de las mujeres, ni se daba la vuelta o miraba hacia un lado. Si por casualidad había olvidado algo, no podía volver a recogerlo, como tampoco podían traérselo». Aquellos que quedaban atrás sólo podían esperar, preocuparse y, sin duda, soñar con las riquezas que sus seres queridos traerían a buen seguro de vuelta.

Estas riquezas figuraban entre lo más apreciado en cualquier mercado azteca: translúcido jade verde, pieles de jaguar y conchas de tortuga, conchas marinas de la costa y espléndidos plumajes de pájaros tropicales exóticos. A su regreso, sin embargo, los pochteca no hacían grandes alardes de su éxito. Llegaban como habían partido, a cubierto de la oscuridad, y almacenaban apresuradamente todos sus artículos para alejarlos de las miradas inquisitivas antes de la llegada de la luz del día. Si un comerciante era atrapado en la calle antes de poder ocultar sus mercancías, insistía en que éstas no eran suyas sino que pertenecían a otro comerciante al que estaba ayudando. Caminaban siempre con los ojos bajos en un gesto de humildad y, excepto en ocasiones especiales, vestían ropas viejas. Todo esto tenía el propósito de evitar la apariencia de querer desafiar a las autoridades gubernamentales o aspirar más allá del puesto que le correspondía.

Los pochteca eran felices con su lugar en la vida, se sentían contentos con ver crecer su riqueza y su influencia sin grandes alardes sobre los asuntos económicos. Su palabra era ley en el mercado, y tenían que preocuparse poco acerca de cómo funcionaban las cosas en otros lugares. Si nunca se hubiera producido la conquista, algún día hubieran podido aspirar al poder político. Pero, por el momento, se sentían más que sa-

tisfechos haciéndose progresivamente más ricos y pasando su influencia a sus herederos.

Cuando llegaron los españoles, la estructura social azteca permanecía intacta. Las distinciones de clase definían el entramado mismo de la cultura, y nadie tenía una comprensión más clara de su significado que Motecuhzoma II. Se situó, más que los anteriores monarcas, por encima no sólo de la gente común sino también de la nobleza. Incluso los miembros importantes de la corte tenían que postrarse ante él, y eran los nobles quienes llevaban su litera de viaje. Bernal Díaz señaló la extrema deferencia mostrada hacia Motecuhzoma por los capitanes de la guardia real, personajes alabados por derecho propio: «Estaban obligados a quitarse sus ricas capas y ponerse otras de escaso valor. Tenían que ir limpios y entrar descalzos, con los ojos bajos, porque no se les permitía mirarle al rostro. Y tenían que hacer tres inclinaciones ante él, al tiempo que decían mientras avanzaban hacia él: “¡Señor, mi señor, mi gran señor!” Luego, cuando habían presentado su informe, él los despedía con unas pocas palabras. No se volvían de espaldas para salir, sino que mantenían sus rostros vueltos hacia él y sus ojos clavados en el suelo, girando en redondo tan sólo cuando habían abandonado la habitación».

Tradicionalmente, las distintas ciudades-estado del valle central habían elegido a sus líderes, y los aztecas habían continuado la práctica, llevándola hasta los niveles más altos del gobierno. En tiempos primitivos, el monarca era elegido de una sola familia por las cabezas de todas las familias de la comunidad; más tarde, cuando emergió la clase superior, el sistema evolucionó de tal modo que el soberano era elegido de entre los rangos de la familia real por un consejo de nobles, sacerdotes y guerreros.

Al parecer Motecuhzoma llevó el asunto aún más lejos. Se dijo que había despedido a todos los funcionarios de la corte de su predecesor, sobre la base en general de que eran de ascendencia inferior. Supuestamente admitió en su corte sólo nobles de nacimiento legítimo, y rechazó a aquellos nacidos de concubinas favoritas que hasta entonces habían sido admitidos tradicionalmente en la elite.

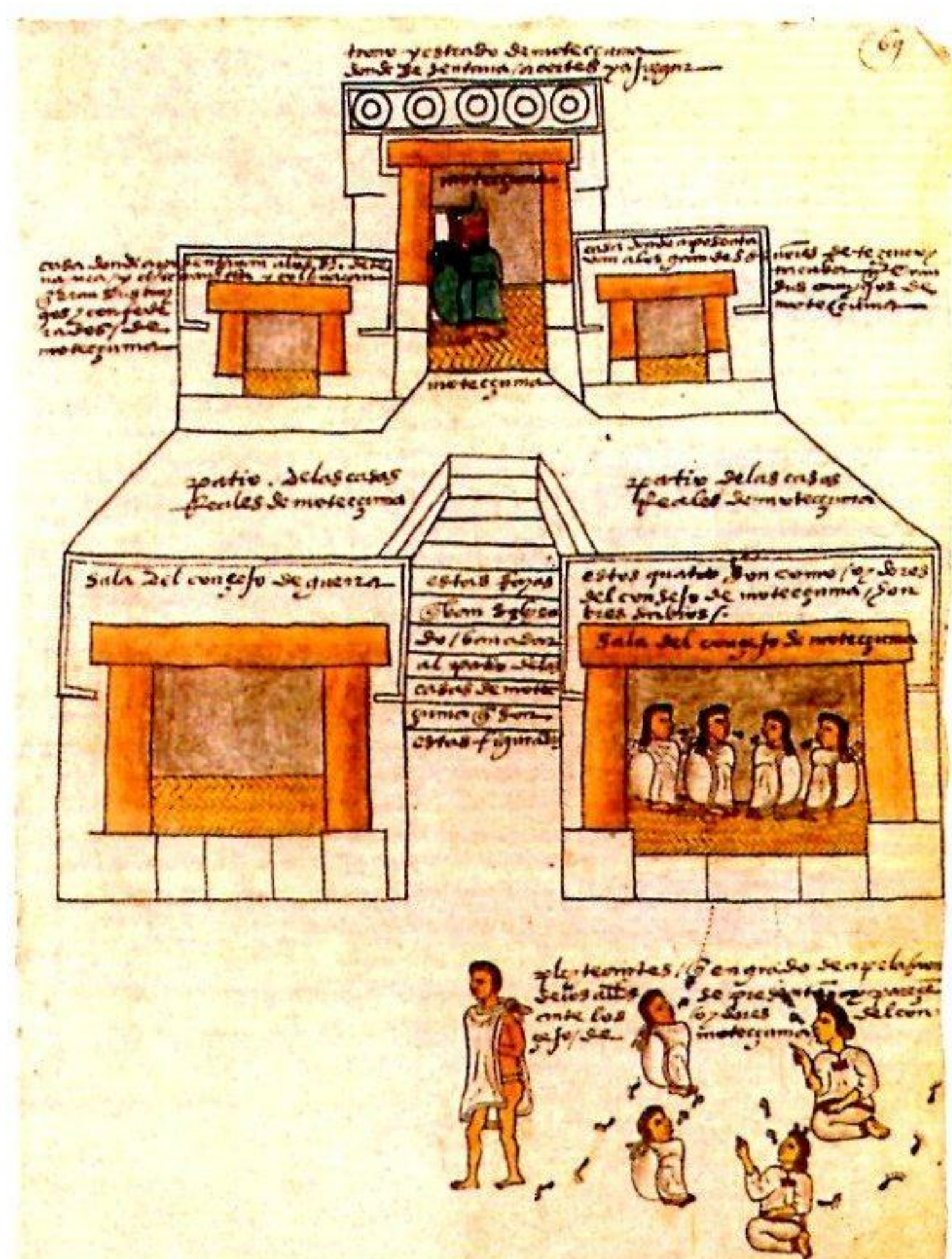
En general insistió en una rígida jerarquía, pero esto no era raro entre los aztecas, que parecían medrar en la burocracia. Directamente por debajo del rey había un funcionario llamado el *cihuacoatl*, o mujer serpiente, un extraño título que era también el nombre de una diosa y probablemente derivado del hecho de que el puesto era ocupado originalmente por el sumo sacerdote de la diosa. En cualquier caso, el *cihuacoatl* era una especie de primer ministro que se ocupaba de los asuntos cotidianos del

estado, organizaba las campañas militares, manejaba las finanzas reales y actuaba como primer magistrado de la nación. Por debajo de él había cuatro comandantes militares, que correspondían a los cuatro distritos en los que estaba dividido Tenochtitlán por sus arterias principales. Estos cinco ejercían como los consejeros más cercanos al monarca. El concejo de gobierno de la ciudad –un cuerpo de un centenar de hombres en los días de Motecuhzoma II– venía a continuación en la línea. Otro signo de los tiempos era que estos funcionarios, una vez elegidos por los varios clanes que se habían unido para formar la nación azteca, eran a finales del siglo xv nombrados casi exclusivamente por el monarca.

Además de los guerreros y los sacerdotes, había todo un cúmulo de otros personajes en posiciones civiles por debajo de estos altos círculos que también se cualificaban como pertenecientes a la clase gobernante, desde recaudadores de impuestos y jueces hasta administrativos, mensajeros y alguaciles. «Incluso había funcionarios a cargo de barrer», señaló Durán. Pero la unidad básica de la organización política estaba más directamente unida a la forma en que vivía la gente común. Tenochtitlán estaba dividida en docenas de pequeños distritos llamados *calpulli*, literalmente «grandes casas», cada una de las cuales estaba encabezada por un jefe elegido, el *calpullec*. Un calpulli en particular podía rastrear su origen hasta uno de los grupos ancestrales, pero en el siglo xvi eran en esencia asociaciones residenciales que incluían parcelas de tierras de labor de propiedad comunal. Un concejo formado por los cabezas de las varias familias del calpulli y presidido por el calpullec determinaba cómo debían distribuirse las tierras para cubrir las necesidades de cada casa. En los días en que era el jefe de un clan muy fuertemente unido, el calpullec había sido una figura poderosa; más tarde, sin embargo, se convirtió en un burócrata menor, con buena parte de su autoridad revocada por el concejo de la ciudad.

La gente de los calpulli y dos clases inferiores – los granjeros arrendatarios y los esclavos – eran la auténtica sangre vital de la nación: cultivaban sus tierras, proporcionaban mano de obra para la construcción de sus templos, palacios y calzadas, y lo elaboraban todo, desde sus telas hasta sus más exquisitas obras de arte. La comunidad en general estaba especialmente enamorada de sus artesanos y especialistas en los distintos oficios. La gente los llamaba los *tolteca*, por el grupo étnico que se había dispersado

El palacio aterrazado de Motecuhzoma II alojaba al soberano y a su séquito personal arriba, a sus consejeros y guardias abajo. tal como se muestra en el Códice Mendoza. En su totalidad, el complejo alardeaba de unas proporciones mucho más grandes de lo que sugiere el dibujo, y de hecho casi era una ciudad por derecho propio.





Los prominentes rasgos de una máscara de piedra tallada quedan reflejados con un realismo común a otras máscaras aztecas pero no típico del arte azteca en general, que era altamente estilizado. Cómo era utilizada esta pieza —demasiado pesada para llevarla como máscara— es algo que nadie puede decir.

por el valle antes de la ascendencia de los aztecas y eran reverenciados por éstos por lo que consideraban sus logros artísticos. Los tolteca tendían a congregarse en ciertos distritos y, en su mayor parte, a asociarse sólo con los pochteca, que les vendían plumas, gemas y oro, y que les compraban sus finas joyas, sus escudos decorados, sus máscaras y otros atesorados objetos.

La actitud de los aztecas hacia el arte, registrada en algunos de los textos producidos tras la conquista española, premiaba el realismo y la claridad como una forma de transmitir conceptos religiosos y ceremoniales. El arte era considerado también como algo de valor, y esto en una sociedad que todavía tenía que desarrollar una economía monetaria. Sahagún capturó el sentimiento popular: «Haga lo que haga el artista, es una imagen de la realidad; busca su auténtica apariencia. Si hace una tortuga, elabora su copia así: su concha es como si se estuviera moviendo, su cabeza se asoma como si avanzara, su cuello y sus pies es como si se estuvieran estirando fuera del caparazón». Se decía que algunos artesanos eran tan hábiles que podían reflejar un pájaro con una lengua móvil o un pez con todas sus escamas.

Naturalmente, los mejores esfuerzos de los artesanos estaban reservados a los objetos ceremoniales, y algunos de esos preciosos objetos han sobrevivido. Durante la excavación del Templo Mayor a principios de los 1980, los arqueólogos desenterraron delicadas figurillas de jade y diorita, sin duda previstas como ofrendas a los distintos dioses. Los artesanos produjeron intrincadamente decoradas vasijas para contener el *octli*, o pulque, una bebida alcohólica fermentada del jugo del maguey que era consumida durante algunos rituales.

Muchas otras formas de trabajo ocupaban las vidas de los ciudadanos medios. Las mujeres de prácticamente cada casa pasaban sus días hilando, tejiendo y moliendo maíz. Los hombres trabajaban como ceramistas o curtidores, carpinteros, constructores y canteros, así como granjeros a tiempo parcial. Pese a la rigurosa insistencia en las divisiones de clase, los miembros de esta enorme clase media podían, a través de sus propios esfuerzos, ser elevados a una posición superior, ya fuera distinguiéndose en el servicio militar, entrando en el sacerdocio, o quizá realizando algún servicio especial a un miembro de la nobleza.

Al fondo de la sociedad estaban los esclavos. El sistema mesoame-

ricano de esclavitud era enteramente distinto de las brutales prácticas de los invasores españoles, que marcaban los rostros de sus cautivos con hierros al rojo y los forzaban a trabajos matadores en las minas. Sólo unos pocos esclavos aztecas eran cautivos. La mayoría procedían de los rangos de los propios aztecas, formaban un grupo conocido como los *tlacotin*, y vivían vidas notablemente ordinarias. Se habían convertido en esclavos por una de dos razones: habían sido condenados por un crimen y sentenciados a pagar por él a través de la servidumbre, o se habían vendido voluntariamente al servicio. Así pues, la esclavitud azteca tenía en cierto sentido bases morales.

La inmensa mayoría eran esclavos voluntarios, gente que había caído en la pobreza a causa de la pereza o de la mala suerte. No es sorprendente que una ceremonia acompañara a la decisión de un individuo de renunciar a su libertad; ayudaba a asegurar que era tratado con justicia. Eran llamados cuatro testigos respetados, y el esclavo en perspectiva recibía su precio, típicamente una carga de mantos. Le era permitido permane-



RELIQUIAS DE UNA GLORIA DESAPARECIDA

En la sociedad sin dinero de los aztecas, los objetos decorativos de oro y plata simbolizaban la riqueza, y sólo la elite podía llevarlos o poseerlos. Las clases más altas se adornaban con collares, anillos y adornos para el pelo, así como con objetos que requerían mutilación corporal. Labios y orejas eran perforados para acomodar pendientes como el par de flores de cerámica mostradas abajo, y era preciso practicar un agujero en el tabique nasal para poder llevar la mariposa de la izquierda.

Los artesanos creaban sus piezas más intrincadas, como la diminuta máscara de plata de arriba,



Esta intrincada talla de cristal de un cráneo humano del siglo xv, de sólo diez centímetros de alto, representa en miniatura un tema popular del arte azteca: la muerte.



utilizando el método de la cera perdida. Esto implicaba cubrir primero un modelo de arcilla del objeto con cera de abeja, luego aplicar pasta de carbón por encima para hacer un molde. Una vez se había endurecido el molde, el artesano lo calentaba hasta que la cera se fundía y goteaba, luego echaba metal fundido en su lugar. Una vez el metal se había enfriado, rompía el molde.

Aunque hace 500 años existían en abundancia espléndidas piezas de metalistería azteca, muy pocas de ellas sobreviven. En su ansia de oro, los españoles fundieron todas estas obras de arte para convertirlas en lingotes y las embarcaron hacia España.



cer libre hasta que hubiera gastado todo el pago, lo cual podía tomar un año o más. Luego se presentaba al hombre que lo había comprado, quizás un mercader en busca de porteadores, o un noble que necesitaba mano de obra para su granja o un sirviente para su casa.

Excepto por el hecho que tenía que rendir servicio sin ninguna paga, un esclavo mantenía los derechos que había tenido como hombre libre. Podía poseer bienes y propiedades e incluso comprar él también esclavos, si de alguna forma podía conseguir algunos ingresos colaterales. Podía casarse con otra esclava o incluso con una mujer libre; en cualquier caso, sus hijos nacían libres. Algunos alcanzaban posiciones de autoridad como supervisores de propiedades o casándose con las viudas de sus amos. Las mujeres esclavas se convertían a menudo en las concubinas de sus propietarios. Un monarca azteca, Itzcoatl, era hijo de una mujer esclava.

Incluso los malos esclavos tenían ciertas protecciones. Uno que fuera deshonesto o no cumpliera con sus deberes tenía que ser reprendido tres veces delante de testigos antes de que su amo pudiera librarse de él. Entonces se le colocaba un collar de madera y era llevado a la sección de compraventa de esclavos del mercado para ser vendido. Sólo después de haber sido vendido de este modo a tres amos diferentes sufría un castigo mas duro: Entonces podía ser comprado para el sacrificio.

Recuperar la libertad era casi siempre una posibilidad. Si un esclavo era lo bastante hábil como para ahorrar su precio de compra original, podía adquirir de vuelta su libertad. A menudo un amo señalaba que sus esclavos fueran liberados después de su muerte. Incluso los peores buscaproblemas tenían una oportunidad. En una de las más curiosas costumbres aztecas, un esclavo a punto de ser vendido en el mercado podía legítimamente echar a correr hacia su libertad. Nadie excepto su amo o el hijo de su amo podían intentar detenerle, y cualquiera que interfiriera con su intento de huida era sometido a esclavitud. Si el fugitivo podía llegar hasta el palacio real —una distancia de algo más de kilómetro y medio desde el mercado de Tlatelolco—, era declarado libre allí mismo.

Con excepción de unos pocos tipos como los esclavos incorregibles, los aztecas de todo el espectro social apreciaban su dignidad. Se consideraban inherentemente superiores a los no civilizados nómadas del norte. Una buena educación y un comportamiento correcto eran de importancia capital, y la presunción era algo condenable. Se esperaba que un hombre civilizado caminara discretamente, comiera con educación, reverenciara a sus mayores y hablara con gravedad.

Sahagún ofrece quizá la mejor descripción de esta sensibilidad refinada en su esbozo del ideal físico azteca: un joven «esbelto como una

caña; largo y delgado como una vara recia; bien formado; no de cuerpo demasiado alimentado, no corpulento, y tampoco muy pequeño ni demasiado alto». Las mujeres se inclinaban hacia el buen gusto y el sentido de la moderación. Les gustaba aclarar sus pieles morenas bronceadas hacia un tono amarillo pálido mediante un ungüento o cosmético especial conocido como tierra amarilla, preparado a partir del ocre. Con excepción de las prostitutas, las mujeres de Tenochtitlán desdeñaban el maquillaje chillón y los tatuajes que eran comunes en algunas otras ciudades. Una de las crónicas cita a un padre advirtiéndole a su hija sobre estos temas: «Escúchame, muchacha: nunca te maquilles ni te pintes el rostro; nunca pongas rojo en tu boca para parecer hermosa. El maquillaje y la pintura son cosas que utilizan las mujeres ligeras, criaturas sin vergüenza. Si deseas que tu esposo te quiera, viste bien, lávate, y lava tus ropas». Estas descripciones sugieren lo estoico que este gran pueblo guerrero podía llegar a ser. La impresión queda confirmada por una muestra incluso breve de las muchas leyes que ayudaban a mantener el orden social, y la penalización, en general extremadamente dura, impuesta a quienes las quebrantaban.

Llevar ropas por encima de la categoría de uno era considerado un crimen serio, a veces castigable con la muerte. Según un estatuto decretado por Motecuhzoma I a mediados del siglo xv y aún vigente a la llegada de los españoles, sólo la nobleza podía llevar algodón. «La gente común no podrá llevar ropas de algodón, bajo pena de muerte, sino sólo prendas de fibra de maguey», decía la ley. El manto de un plebeyo no podía llevarse por debajo de las rodillas a menos que sus piernas estuvieran llenas de cicatrices a causa de las batallas. Más aún, «nadie excepto los grandes nobles y caciques puede construir una casa con un segundo piso, bajo pena de muerte».

La lista de crímenes que podían traer consigo la pena de muerte era larga. La embriaguez pública provocaba inicialmente el afeitado de la cabeza del borracho y el derribo de su casa; una segunda ofensa merecía la muerte. Al menos ésta era la regla para los plebeyos; los miembros de la nobleza nunca tenían una segunda oportunidad. De nuevo según la ley de Motecuhzoma I, los adúlteros «deben ser lapidados y arrojados a los ríos o entregados a los buitres». Los jueces podían condenar a muerte por aceptar un soborno, y a los recaudadores de impuestos por malversación. El mensaje era inequívoco: ningún precio era demasiado alto para mantener una conducta ordenada.

CRIMEN Y CASTIGO

Para hacer cumplir la conducta recta y ordenada tan valorada por la sociedad azteca, los tribunales dictaban fuertes sentencias para los delitos contra el bien común. La embriaguez —considerada la raíz de la mayoría de los pecados— era merecedora de la pena de muerte bajo ciertas circunstancias, y cualquiera que cometiese robo o adulterio corría el riesgo de ser ejecutado. Los códigos advierten contra todos los vicios, retratando a una prostituta de pelo suelto (*arriba a la derecha*) y a los adúlteros lapidados hasta la muerte por su infracción (*abajo a la derecha*).

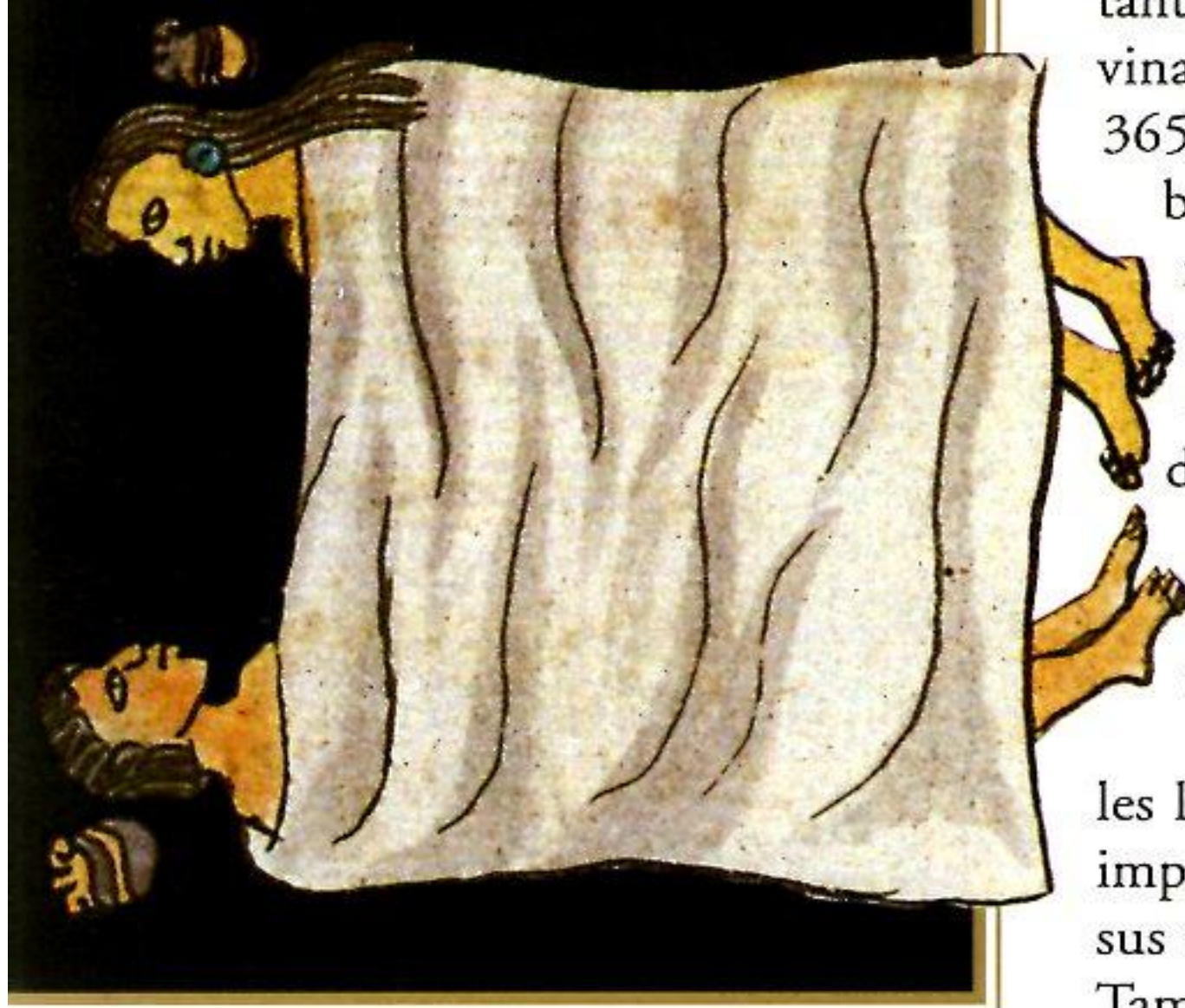
Las personas culpables que no eran atrapadas podían escapar al castigo confesándose a la diosa de lo sucio y lo obscuro, Tlazolteotl. Curiosamente, esta deidad — identificada en el arte azteca por una banda de algodón en crudo en su





tocado y una mancha oscura alrededor de su nariz y boca (*abajo a la izquierda*)— no sólo absolvía los pecados sino que también los inspiraba.

Efectuar una confesión con los sacerdotes de Tlazolteotl requería sin embargo un momento estratégico, y la gente la retrasaba durante tanto tiempo como era posible. La razón: Sólo se permitía una absolución en la vida de una persona. Cualquier crimen posterior sería castigado con toda la extensión y dureza de la ley azteca.

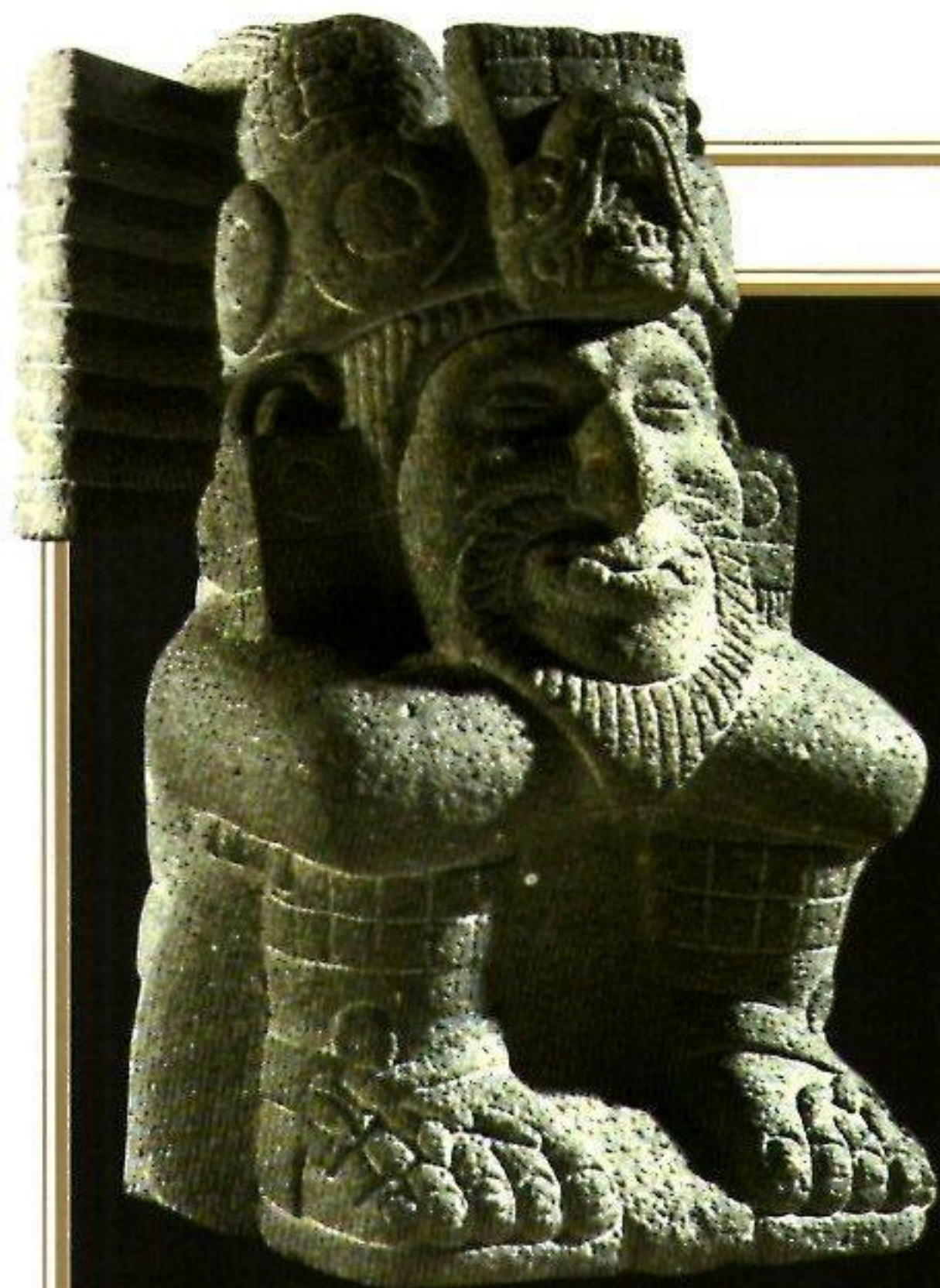


Independientemente de su clase, pues, la mayoría de los aztecas compartían una devoción hacia los estándares y códigos sociales de comportamiento de su cultura. Pero, más que esto, todos ellos tendían a disfrutar de los mismos placeres, reverenciar los mismos misterios, sufrir las mismas debilidades y albergar los mismos miedos. Tanto nobles como plebeyos sentían una alegría especial en el nacimiento de un niño. Tan pronto como una mujer sabía que estaba embarazada, toda la comunidad local empezaba a implicarse en el hecho. Los ancianos ofrecían su consejo a los jóvenes padres y seleccionaban a una comadrona.

Cuando llegaba el momento, la madre expectante tomaba un baño de vapor controlado por la comadrona, y luego se le administraba un bebedizo de hierbas para ayudar en las labores de parto. Si la bebida no surtía efecto, se le proporcionaba cola de zarigüeya triturada. El Códice Borbónico, el más largo, más detallado y más hermosamente ilustrado de todos los códigos supervivientes, muestra que la mujer se acucillaba para dar a luz, atendida durante todo el tiempo por la comadrona. Tras emitir el grito de batalla ritual que indicaba el *status* simbólico de la madre como un guerrero, la comadrona cortaba el cordón umbilical. El cordón umbilical de un niño era enterrado en un campo de batalla, con la esperanza de que algún día alcanzara gran fama militar; el de una niña era enterrado debajo del hogar, un significado de su dedicación a la casa.

Poco después del nacimiento, el padre enviaba a llamar a un adivino para determinar el signo del día del hijo, el indicador más importante de las perspectivas futuras del bebé. Consultaba un calendario adivinatorio especial de 260 días (distinto del regular calendario solar de 365 días utilizado para propósitos rituales), que consistía en una combinación de 13 números y 20 nombres de días. Entre las fechas de nacimiento más propicias se hallaban el 10 Águila, que prometía fuerza y valor, y el 11 Buitre, que señalaba una vida larga y feliz. Un muchacho con la mala suerte de nacer el 1 Jaguar, en cambio, podía terminar como esclavo o como víctima sacrificial. Afortunadamente, un mejor signo dentro de un lapso de los pocos días siguientes cancelaba esta lectura negativa, en especial si al niño se le adjudicaba un nombre en ese día.

Cuatro días de celebración seguían al nacimiento, durante los cuales los familiares acudían a visitarlo, trayendo presentes y observando importantes rituales. Cuando entraban en la casa, frotaban cenizas sobre sus articulaciones para proteger al niño de la cojera o el reumatismo. También atendían el fuego, tanto para impedir que se apagara como para



La identidad de esta figura sigue siendo un misterio. Puede que fuera el dios del fuego, de la tierra o creador.

DIOSES, DIOSES Y MÁS DIOSES

Cosechas abundantes, éxitos militares, prosperidad personal, la ascensión del sol cada día, y muchas más cosas dependían, creían los aztecas, de la gracia de sus dioses. A medida que su sociedad evolucionaba el panteón iba creciendo, hasta que los aztecas estaban adorando una variedad tan asombrosa de dioses que mantener la relación de todos ellos hubiera podido muy bien plantear un difícil desafío tanto a los sacerdotes como a la población en general. Esta proliferación de deidades se produjo parcialmente como resultado de las conquistas, tras las cuales los dioses locales de los pueblos vencidos eran adoptados por los vencedores. Para aumentar la confusión, muchas deidades se

superponían en sus funciones; por ejemplo, Chicomecoatl (*abajo a la izquierda*) era sólo una de un cierto número de diosas de la vegetación y la fertilidad.

No pasaba ningún día sin que las necesidades y los caprichos imputados a las divinidades fueran atendidos, principalmente a través de rituales realizados en los altares y templos por todo el imperio. De



Aunque primariamente era una diosa del maíz, Chicomecoatl esgrimía su poder sobre todo el sustento en general y también sobre la fertilidad.



Quetzalcoatl, aquí con un tocado de jade de plumas de quetzal, creó la humanidad y se ocupaba del conocimiento.



los centenares de pequeños templos locales que existieron en su tiempo por todo el territorio, la pirámide restaurada de Santa Cecilia Acatitlán (*página opuesta, abajo*), cerca de la actual Ciudad de México, proporciona una idea de cuál era su aspecto en sus días de servicio. La destructiva ira de los españoles no dejó nada en pie.

Coatlicue, la madre de Huitzilopochtli, con su faldellín de serpientes, dio nacimiento también a la luna y las estrellas.



asegurarse de que nadie se llevara ningún tronco encendido de la casa, «no sea que esta acción reste renombre al niño que acaba de nacer», como lo expresó Sahagún.

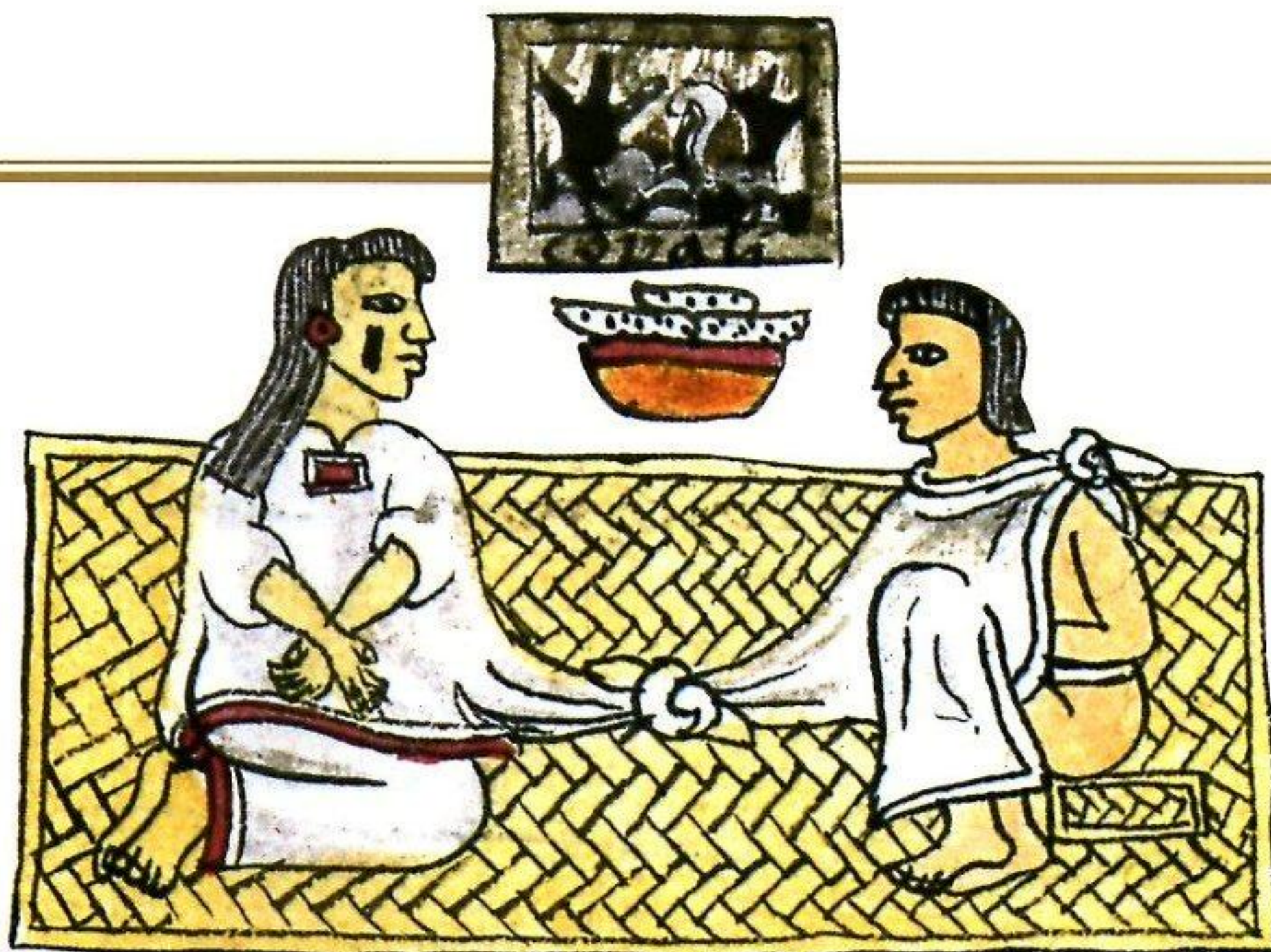
La educación, que era tomada muy en serio, se iniciaba a la edad de cuatro años, cuando a los niños empezaba a dárseles tareas y lecciones sencillas: los niños ir a buscar agua, las niñas aprender los nombres y usos de los objetos de la casa. Más tarde, en las familias ordinarias, a los niños se les enseñaba a pescar y manejar botes. Las niñas aprendían a hilar fibras de maguey y algodón, a barrer, a moler el maíz y a manejar el telar.

Un sistema formal de escuelas acomodaba varios tipos diferentes de entrenamiento y educación. Las *cuicacalli*, o casas de canto, que estaban unidas a los templos, se ocupaban de los niños tanto de la nobleza como de las clases plebeyas. Asistían niños y niñas entre las edades de 12 y 15 años, y no sólo aprendían a cantar y a bailar para propósitos rituales sino que también recogían detalles de la historia y creencias religiosas de su pueblo. Las canciones que cantaban —que a menudo duraban hasta bien entrada la noche— estaban llenas con historias de creación, de vida y muerte, de alabanza de las deidades. Puesto que cantar y bailar era tan importante para todo un cúmulo de rituales y ceremonias, los jóvenes aprendían una parte vital de su papel en la comunidad.

Otro tipo de escuela asociada con los templos era la *calmecac*, literalmente «hilera de casas». Estaba dirigida por sacerdotes y sacerdotisas y destinada primariamente a los niños de las familias nobles, aunque algunos cronistas indican que los hijos de los comerciantes e incluso plebeyos eran admitidos ocasionalmente. Los estudiantes empezaban en una de las varias *calmecacs* de Tenochtitlán en cualquier momento entre los 10 y los 15 años. Se les enseñaba cómo funcionaba el calendario y la interpretación de sueños y presagios, y se les exigía que memorizaran oraciones, canciones e historias. Aprendían glifos, o pictogramas, de modo que pudieran obtener guía de los códigos de la ley, las artes militares y otros intereses públicos. Las *calmecacs* enfatizaban el arte de la autoexpresión, y enseñaban a los estudiantes cómo hablar bien y ser respetuoso.

Un muchacho que no asistiera a una de las *calmecacs* tenía que enrollarse en una *telpochcalli*, una «casa de los jóvenes». Estas escuelas eran dirigidas por los ancianos y estaban dedicadas primariamente a los plebeyos. Su principal finalidad era educar a una nueva generación de guerreros, pero también incluían en su plan de estudios historia, religión, ritual, música, canto, baile y comportamiento correcto. «Reverencia y da

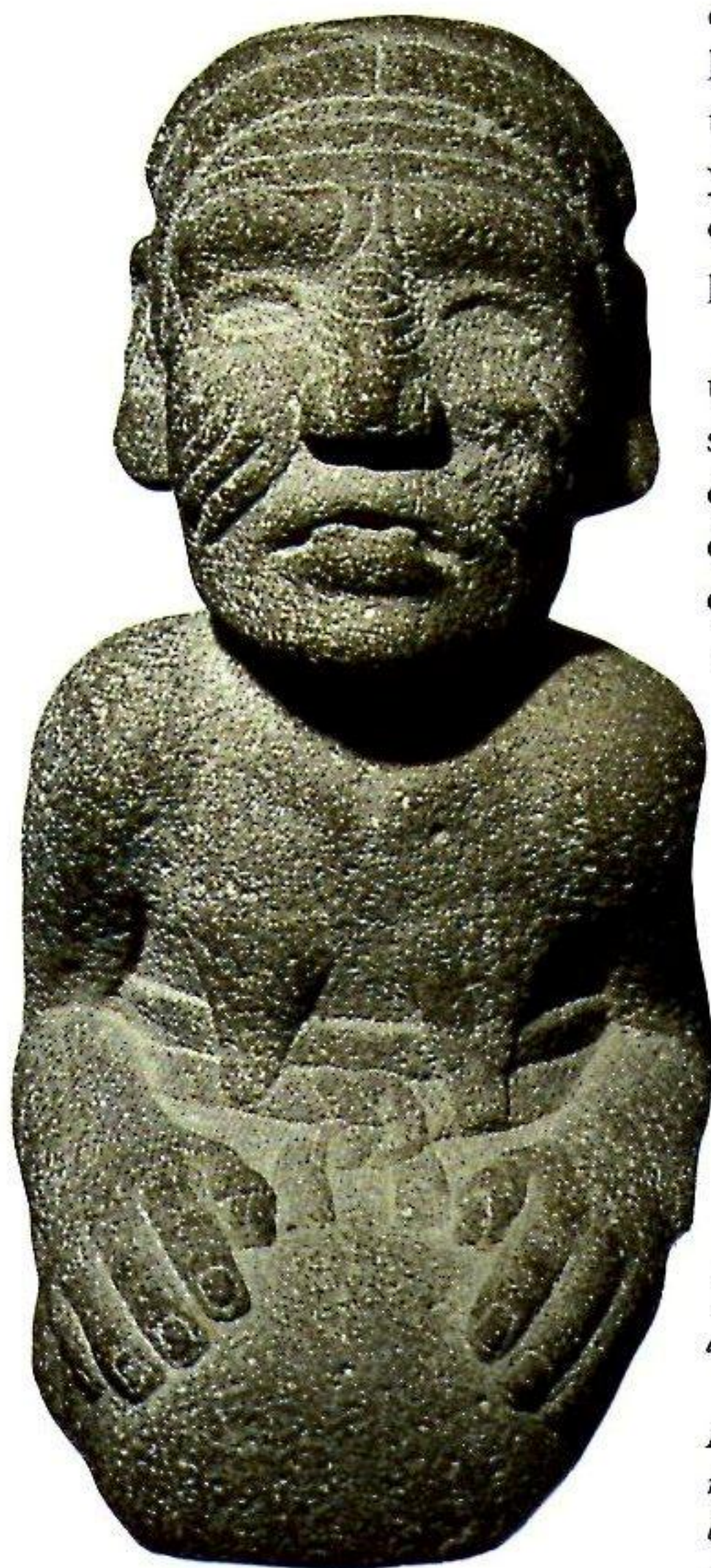
Una pareja azteca se ata literalmente en una ilustración del Códice Mendoza, uniendo sus atuendos de boda en una ceremonia tradicional junto al hogar celebrada en casa de la familia del novio.



la bienvenida a tus mayores —decía una letanía—. Consuela a los pobres y a los afligidos con buenas obras y palabras. No sigas a los locos que no honran ni padre ni madre; son como animales, porque ni dan ni reciben consejo. No te burles de los viejos, los enfermos, los mutilados o los que han pecado. No establezcas mal ejemplo, o hables indiscretamente, o interrumpas lo que dice otro. Si se te pregunta algo, responde sobriamente y sin afectación o lisonja o prejuicio hacia otros. Allá donde vayas, camina con aire pacífico, y no adoptes expresiones adustas ni hagas gestos impropios.»

En algunos aspectos, las calmecacs tendían a ser más severas en el tratamiento de sus alumnos. Los muchachos en ambas escuelas pasaban sus días trabajando duro, y buena parte del trabajo era físico y desagradable. Pero en la calmecac, un muchacho se enfrentaba a una especie de degradación sistemática destinada a endurecerle. Un padre le dijo a su hijo que estaba a punto de entrar en una calmecac: «Escucha, hijo mío, no vas a ir para ser honrado, u obedecido, o estimado. Vas a ir para que te miren por encima del hombro, para ser humillado y despreciado. Cada día cortarás espinas de maguey como penitencia, y extraerás sangre de tu cuerpo con estas espinas, y te bañarás por la noche aunque haga mucho frío. Endurece tu cuerpo al frío, y cuando llegue el tiempo de ayunar no debes romper tu ayuno, sino poner buena cara tanto al ayuno como a la penitencia».

Los jóvenes en la telpochcalli vivían una vida completamente distinta. Ciertamente, algunas de las privaciones eran similares; según un cronista, «comían tan sólo un poco de pan duro, y dormían con pocas mantas y medio expuestos al aire de la noche en habitaciones y aposentos abiertos como porches». Pero también cantaban y bailaban y se les permitía tener relaciones con las mujeres jóvenes conocidas como *auianime*, una clase de cortesanas que se ocupaban de los apetitos sexuales



Mostrando las arrugas y otros signos de la edad, esta representación de la vieja diosa de la tierra Toci, tallada en basalto, refleja realísticamente a una mujer ordinaria, un tema muy poco habitual en las tallas aztecas.

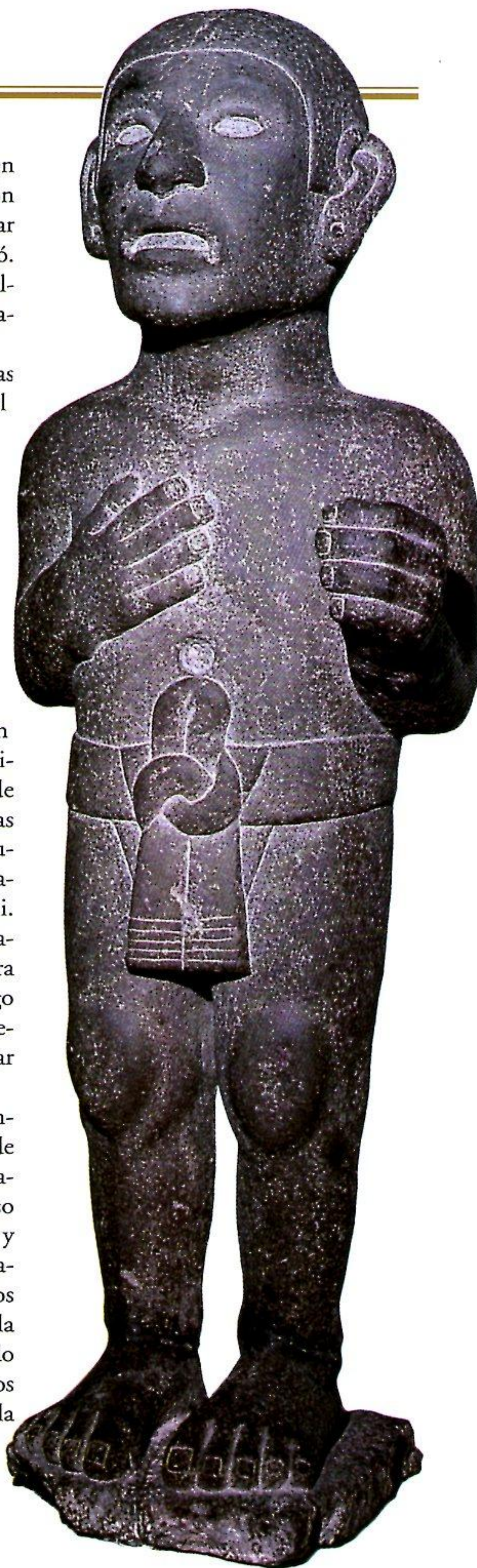
de los guerreros. Los estudiantes a guerreros pasaban poco tiempo en ejercicios religiosos. Sahagún condenaba no sólo su libre y fácil relación con mujeres sino también su forma de hablar. «Presumían de pronunciar palabras ligeras e irónicas, y hablaban con orgullo y temeridad», escribió. Un predecible antagonismo emergió entre los hombres jóvenes de la calmecac y aquellos de la telpochcalli, que hallaban una salida en las batallas simuladas, luchadas durante el mes de invierno de *atemoztli*.

A los 20 años, un hombre joven recibía permiso para casarse; las muchachas se comprometían antes, a los 14 o 15. Los familiares del novio seleccionaban a la novia con la ayuda de adivinos que estudiaban los signos natales prospectivos de la pareja para asegurarse de que la unión prosperaría. Se contrataban casamenteras, en general mujeres ancianas, para abordar a los padres de la novia. Se necesitaban repetidas visitas para satisfacer los requisitos de los buenos modales, y antes de que se dieran concluidos los arreglos se consultaba a la extensa familia de la muchacha.

Al mediodía del día de la boda, los padres de la novia ofrecían un elaborado banquete, que habían preparado durante dos o tres días y contenía todos los artículos de lujo que se podían permitir. El rostro de la novia era adornado con tierra amarilla, sus brazos y piernas con plumas rojas. A la caída de la oscuridad, la procesión nupcial se encaminaba hacia la casa del novio, con la novia cargada a hombros por una de las casamenteras. La ceremonia tenía lugar ante el hogar y, entre otras cosas, implicaba atar el manto del hombre al vestido exterior de la mujer; a partir de este momento estaban oficialmente casados. Se reanudaba la fiesta, y los celebrantes más viejos podían emborracharse con octli. Finalmente los recién casados se retiraban a la cámara nupcial y permanecían allí en plegaria durante cuatro días antes de que se les permitiera consumir el matrimonio. El quinto día emergían, eran lavados y luego bendecidos por un sacerdote. Para el joven, éste podía ser sólo el primero de varios matrimonios: en la sociedad azteca, un hombre podía tomar varias esposas siempre que pudiera mantenerlas.

Pese a su preocupación por satisfacer las rigurosas y a menudo sombrías demandas del ritual, los aztecas hallaban muchas oportunidades de satisfacer sus apetitos de extravagancia. Además de las ocasiones especiales de nacimientos y bodas, los muchos días sagrados del año religioso azteca eran celebrados típicamente con grandes exhibiciones de fiestas y danzas. Grandes segmentos de la población eran atraídos a las festividades. Durante el *hueytecuilhuitl*, la «gran fiesta de los señores», los cantos y bailes se iniciaban al atardecer y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Guerreros y mujeres brincaban entre hileras de hacheros, cantando durante todo el tiempo. Incluso el soberano salía a veces y bailaba con los demás. Esta celebración en particular duraba 10 días; terminaba con la

Aunque una gran cantidad de estatuaria azteca muestra a dioses o nobles vestidos con finos ropajes, esta figura de andesita lleva un taparrabos como los mostrados en los dibujos de los códices de los hombres comunes.





decapitación y el sacrificio ritual de una mujer joven adornada para representar a la diosa del maíz joven.

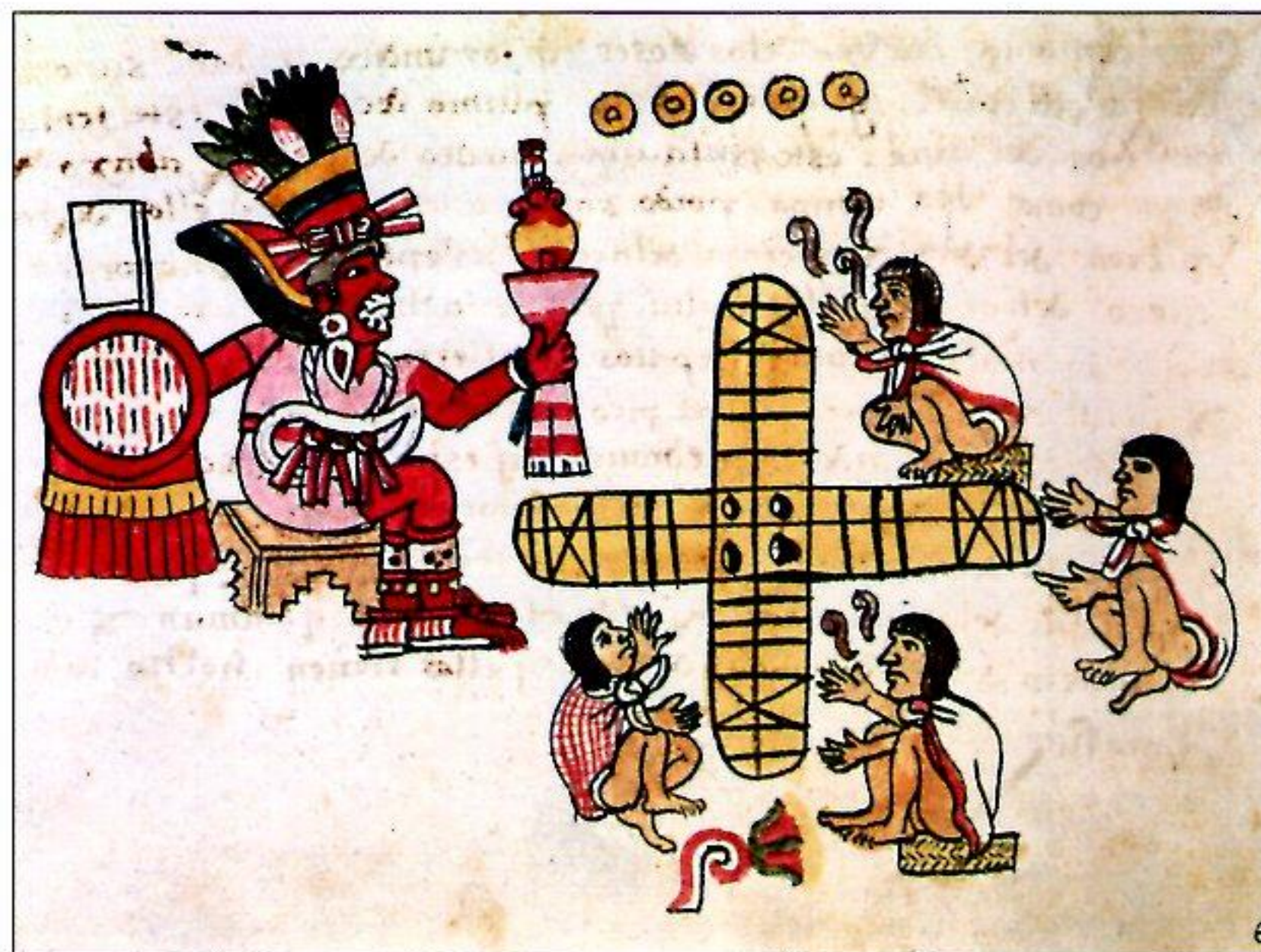
Incluso en sus juegos, los aztecas mezclaban el sentido del orden con los excesos, sazonzando su entretenimiento con un lujurioso toque de hosco abandono. Su deporte favorito era el *ollamalitzli*, el «juego de pelota». Sólo se han excavado dos estadios de pelota aztecas, pero una descripción en el Códice Florentino ha proporcionado muchos de los detalles de las reglas del juego. Los participantes –casi siempre de la nobleza– jugaban con gran entusiasmo. Las heridas eran un constante peligro; la dura pelota de caucho producía a menudo heridas y ocasionalmente mataba. El relieve de un panel de un período mesoamericano anterior, desenterrado en El Tajín, en la Costa del Golfo, muestra al capitán de un equipo perdedor tendido sobre una piedra sacrificial y a un vencedor hundiendo un cuchillo en su pecho. Los aztecas sacrificaban a menudo prisioneros de guerra en los estadios de pelota, pero al parecer no mataban a los capitanes perdedores, como habían hecho sus predecesores. Sin embargo, el juego de pelota estaba profundamente imbuido con significados religiosos y mitológicos y con la imaginería de la muerte y el sacrificio.

El juego de pelota apelaba también a otro aspecto del carácter nacional. Pese a toda su austeridad en otros asuntos, los aztecas eran unos jugadores alocados. Nobles y mercaderes ricos gastaban fortunas en caros atuendos y plumas en los juegos de pelota y en los juegos de azar como el *patolli*, un juego de tablero que se jugaba con judías marcadas como dados. Se decía que algunos hombres se jugaban todo lo que tenían, incluidas sus casas. Algunos incluso se vendían a sí mismos o a sus esposas o hijos en esclavitud para satisfacer sus ansias.

En sus juegos en los estadios en forma de I como éste en Tenango, al suroeste de Ciudad de México (arriba), los nobles podían ganar al a veces mortífero juego del ollamalitzli lanzando una pelota dura a través de un anillo en el centro del estadio, como muestra el dibujo de arriba de un códice, o anotándose puntos haciendo gol al oponente. El juego, que atraía a multitudes de espectadores, era un ritual religioso además de un acontecimiento deportivo, y se creía que significaba los movimientos del sol y de la luna.



Cinco Flores, el dios del juego, supervisa a cuatro hombres que juegan al patolli en esta ilustración de un códice. Este juego de tablero —que puede que simbolizara el ciclo de 52 años del calendario azteca— arruinó a muchos hombres.



Algo en la naturaleza de los aztecas parecía empujarles siempre hacia el lado oscuro de la existencia. «No es cierto, no es cierto —dice uno de sus poemas—, que hayamos venido a esta tierra para vivir. Hemos venido tan sólo para dormir, sólo para soñar. Nuestro cuerpo es una flor. Así como la hierba se vuelve verde en primavera, así nuestros corazones se abrirán y proporcionarán nuevas yemas, y luego se marchitarán.» Las leyendas aztecas son ricas en casos de consultar con brujos, curaciones a manos de magos, conjuros y maldiciones adquiridos a hechiceros. Signos y portentos acechan tras cada esquina. El desastre estaba en camino si uno veía a un lobo cruzar la carretera o a un conejo correr al interior de una casa. La noche estaba llena de monstruos y criaturas sin cabeza que perseguían a los viajeros. El signo de nacimiento de una persona determinaba no sólo su destino en la tierra sino también el momento y las circunstancias de su muerte.

Muchos creían que poderosas plantas alucinógenas —el cactus peyote o el *teonanacatl*, el «champiñón sagrado»— podían revelar con sorprendente precisión lo que albergaba el futuro. Ingeridas durante solemnes rituales, producían típicamente visiones extraordinarias. Sahagún describía el resultado, que variaba según el usuario: «Algunos veían que estaban a punto de morir, y lloraban; algunos se veían devorados por una bestia salvaje; algunos se veían tomando prisioneros en el campo de batalla, o haciéndose ricos, o convirtiéndose en los amos de muchos esclavos. Otros veían que serían acusados de adulterio y que en razón de su crimen sus cabezas serían aplastadas».

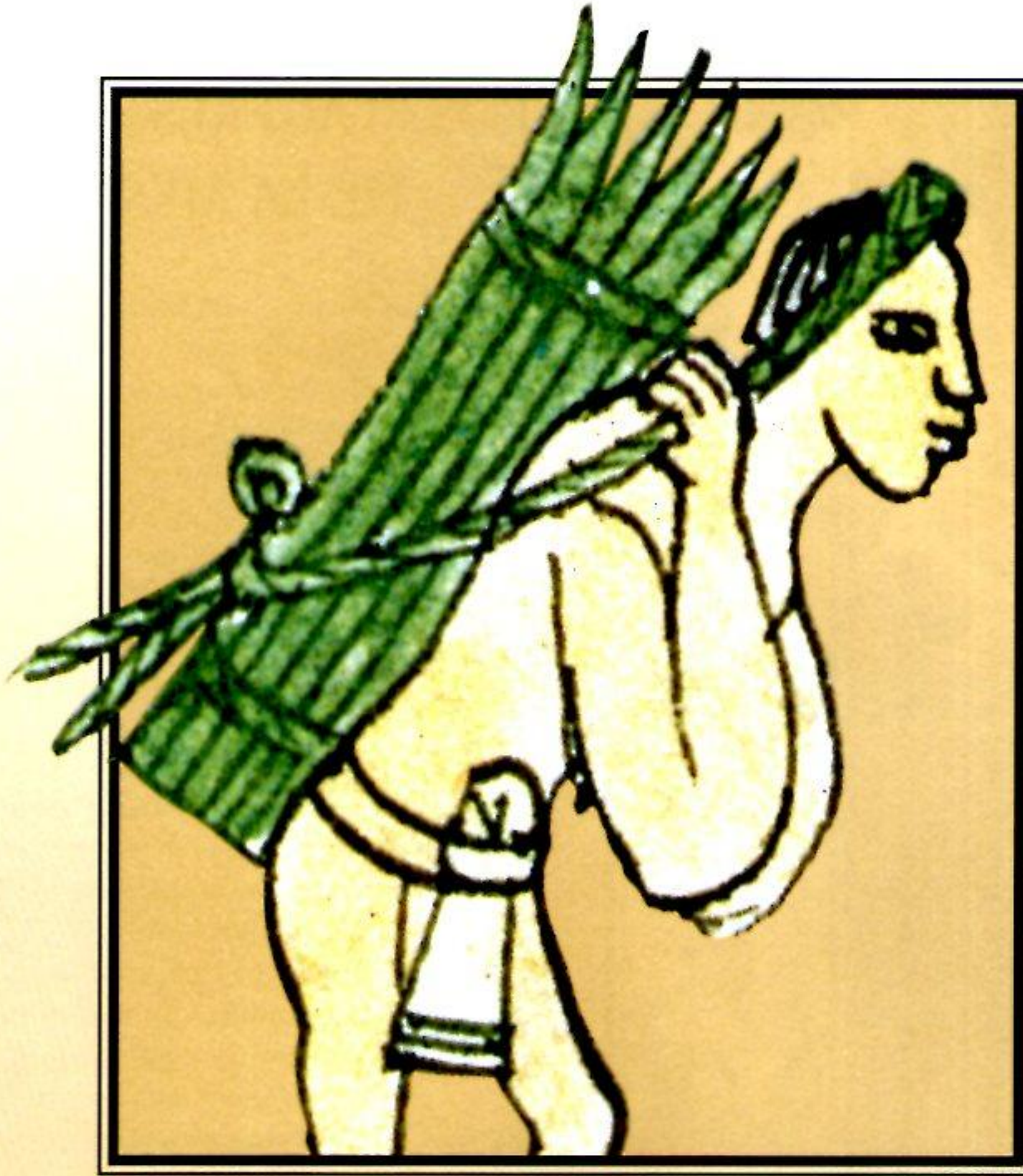
Una conciencia culpable quizá tenía un importante papel en muchas de estas alucinaciones. Sin embargo, la religión azteca, de una forma muy parecida a la de los españoles, parecía proporcionar un camino hacia el alivio, con una diferencia importante. Un azteca podía

confesar sus pecados y limpiar su pizarra, pero sólo una vez. Así, el ciudadano prudente tendía a posponer la liberación de su carga tanto tiempo como le era posible, esperando a veces hasta que la muerte parecía inminente. Una vez decidido que era el momento, el pecador consultaba a un adivino para determinar el día más favorable. Luego, le dijeron a Sahagún, el pecador quemaba incienso y escuchaba una exhortación del sacerdote antes de recitar sus malas acciones en «el mismo orden en que las había cometido». El sacerdote dictaba una penitencia, quizás ayunar, o derramar sangre

del cuerpo, o ir desnudo excepto un taparrabos de papel. El confesado estaba ahora preparado para morir.

Para muchos, sin embargo, la muerte en sí, que colgaba como un sudario sobre buena parte de la vida azteca, los traicionaba de nuevo. Las divisiones de clase, al parecer, iban más allá de la tumba. Los guerreros podían por supuesto esperar una bendición paradisíaca como colibríes y mariposas, y se creía que cualquiera que se ahogase iba al Paraíso del Sur, donde reinaba Tlaloc. Las masas restantes iban al Mictlan, la Tierra de los Muertos, que era en el mejor de los casos una región de oscuridad que lo consumía todo. Pero llegar hasta allí era peligroso. Los viajeros tenían que cruzar ocho capas del submundo (el Mictlan era la novena y última capa), cada una llena de peligros, como «el lugar de los vientos con hojas de obsidiana». Las creencias sostenían que los acomodados podía protegerse llevándose consigo objetos proporcionados por sus familiares, que presentaban al señor del submundo. Algunos incluso hacían que sus sirvientes fueran muertos e incinerados a fin de que pudieran preparar comida para ellos a lo largo del camino. Los pobres, como siempre, tenían la peor parte, equipados para el viaje tan sólo con un cuenco de agua y unas escasas posesiones. Se decía que sufrían mucho en su camino a la oscuridad exterior. Pero al final, cuando triunfaron los españoles, nadie –ni los poderosos ni los débiles– escaparon a la muerte final, el olvido que se adueñó del gran territorio de los aztecas y dejó sus sorprendentes ciudades, monumentos y cultura hechos pedazos, el espíritu de su pueblo roto. Hoy en día, arqueólogos y etnohistoriadores reúnen pacientemente los fragmentos, y los aztecas viven de nuevo, esta vez en la imaginación del mundo.

DENTRO DEL MUNDO AZTECA



El poder y la grandeza de los aztecas descansaba en el trabajo diario de hombres y mujeres anónimos que vivían en modestas casas de ladrillos de barro en pequeñas parcelas de tierra pantanosa, donde se alimentaban, vestían y educaban a sus hijos. Cultivaban los campos, tejían telas, arrastraban piedras, cavaban canales, cocían alfarería, modelaban canoas, pulían obsidiana, batían herramientas de cobre y creaban objetos de extraordinaria belleza. En ocasiones especiales iban a divertirse en los festivales, se inclinaban ante sus gobernantes, y temblaban maravillados en los ritos religiosos.

De lo que producían quedan pocas evidencias físicas. Productos textiles, plumas, herramientas de madera y alimentos perecieron hace mucho tiempo. Además, la costumbre azteca de quemar antes que enterrar a sus muertos ha dejado a la posteridad con pocos objetos de mobiliario, ropas y bienes personales que a menudo acompañaban a la gente de otras culturas a sus tumbas.

Sin embargo, los estudiosos han conseguido reunir una cróni-

ca detallada de la vida en el valle de México hace cinco siglos. Han examinado artefactos menos perecederos: un puñado de murales supervivientes y las más comúnmente halladas herramientas, armas, cerámica y esculturas de piedra. Los antropólogos han observado también a los campesinos contemporáneos, muchos de los cuales viven y trabajan de una manera muy similar a como lo hacían sus antepasados aztecas. Por ejemplo, los cultivadores de flores de Xochimilco, cerca de Ciudad de México, siguen cultivando pequeñas islas artificiales en el pantano.

Finalmente, está la evidencia de las vívidas pinturas de los códices, como la imagen de un campesino (*arriba*) que muestra cómo aseguraba la carga a su espalda con una cinta pasada alrededor de su frente. Estas imágenes, algunas de las cuales aparecen en las páginas siguientes, han sido cuidadosamente escrutadas, a veces de formas ingeniosas. Estudiando las imágenes de 24 códices y varios murales, por ejemplo, un experto en atuendos pudo determinar el tipo de ropas prescritas para cada clase y ocupación entre los aztecas.

LOS PLACERES –Y SORPRESAS– DE LA MESA AZTECA

Los cocineros de Motecuhzoma preparaban hasta 30 platos diferentes para cada cena. La elite se sentaba en sus casas a comer alimentos que, aunque no eran tan suntuosos como los de su monarca, eran nutritivos y variados. Bernardino de Sahagún informó que un menú azteca podía incluir tritón con pimientos amarillos, saltamontes con salvia, o venado con chiles, tomates y pepitas de calabaza.

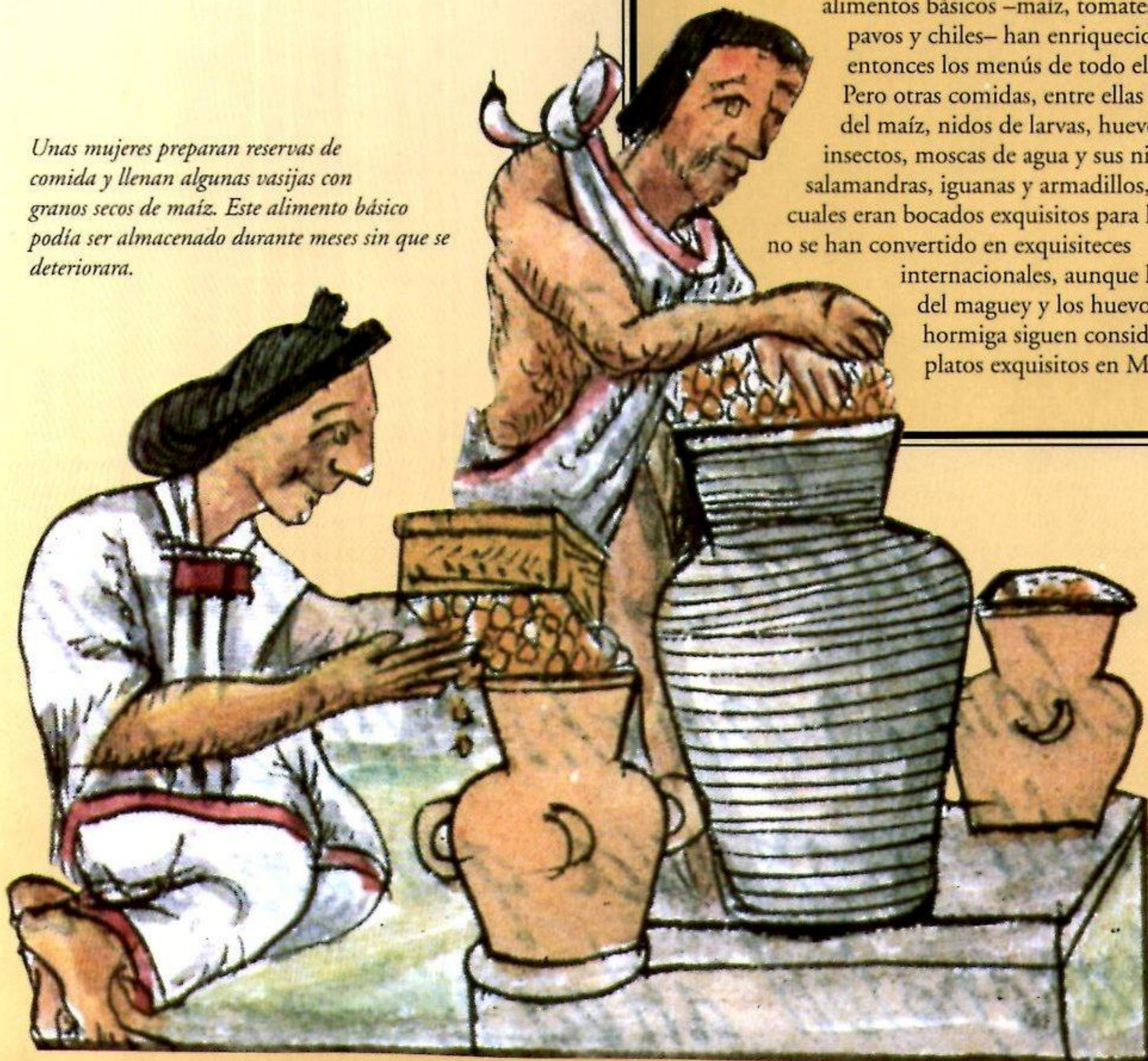
Los granjeros criaban pavos para las ocasiones especiales. Los cazadores proporcionaban a veces patos, faisanes, ciervos o jabalíes, pero mucho más a menudo traían a casa conejos, cornejas y pichones. El lago Tetzaco contenía ranas, peces y un surtido de animales de agua dulce. Los

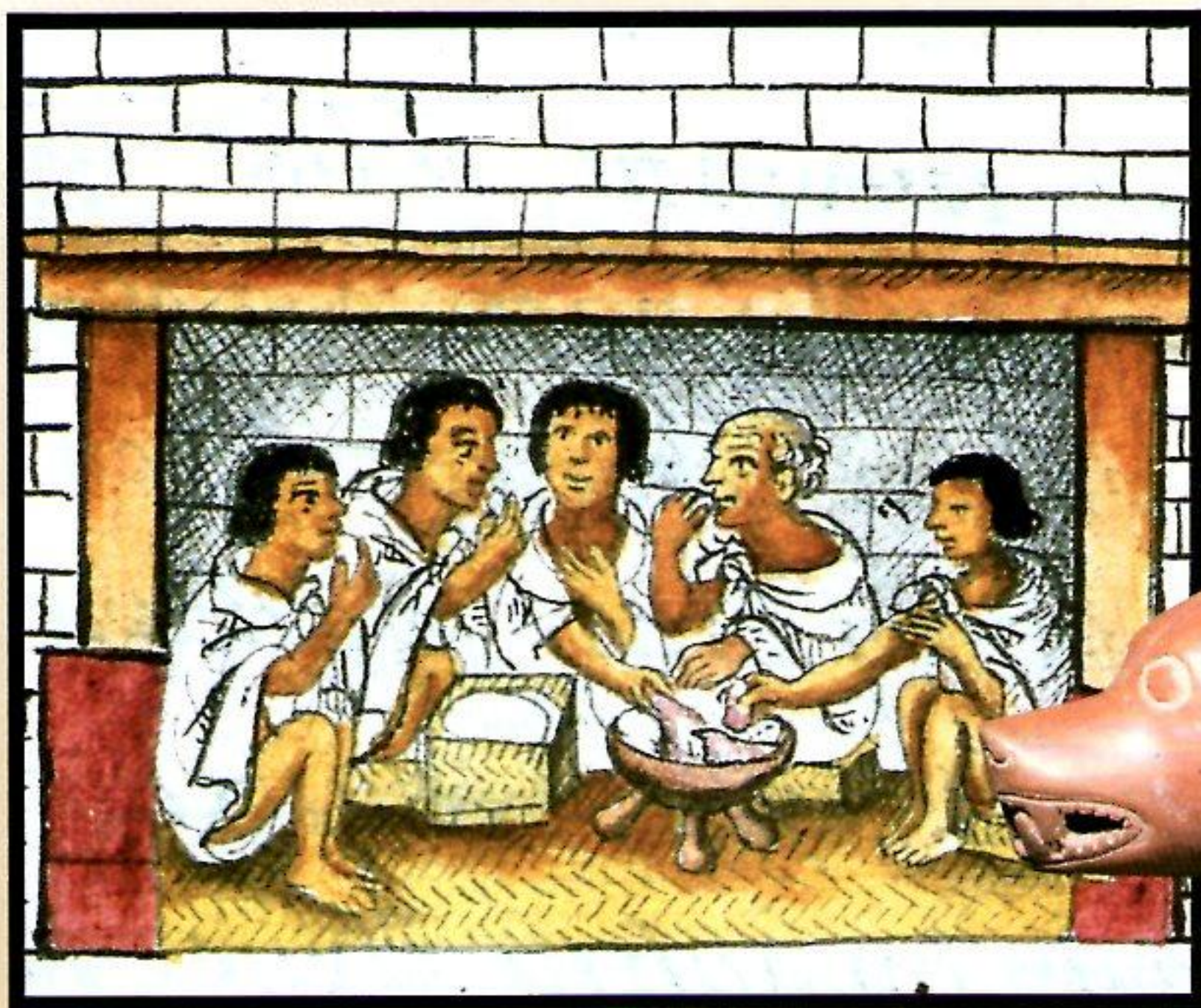
alimentos básicos –maíz, tomates, batatas, pavos y chiles– han enriquecido desde entonces los menús de todo el mundo. Pero otras comidas, entre ellas algas, roya del maíz, nidos de larvas, huevos de insectos, moscas de agua y sus nidos, larvas, salamandras, iguanas y armadillos, todos los cuales eran bocados exquisitos para los aztecas, no se han convertido en exquisiteces

internacionales, aunque los gusanos del maguey y los huevos de hormiga siguen considerándose platos exquisitos en México.

Molidas, hervidas con harina de maíz y sazonadas con miel, las semillas de cacao (arriba) eran mezcladas en una bebida espumosa conocida como chocolatl. Las semillas de cacao eran tan valoradas que servían como moneda de cambio.

Unas mujeres preparan reservas de comida y llenan algunas vasijas con granos secos de maíz. Este alimento básico podía ser almacenado durante meses sin que se deteriorara.





Sentados en el suelo para la comida principal del día, los miembros de una familia disfrutaban de un menú típico: tortillas y un plato preparado, probablemente judías con chile o salsa de tomate. En una comida más temprana, más ligera, comen normalmente unas gachas hechas a base de amaranto o maíz. Engordaban a sus perros itzcuintli, sin pelo y que no ladraban, un ejemplo esculpido de los cuales se muestra abajo, para consumirlos en las fiestas.

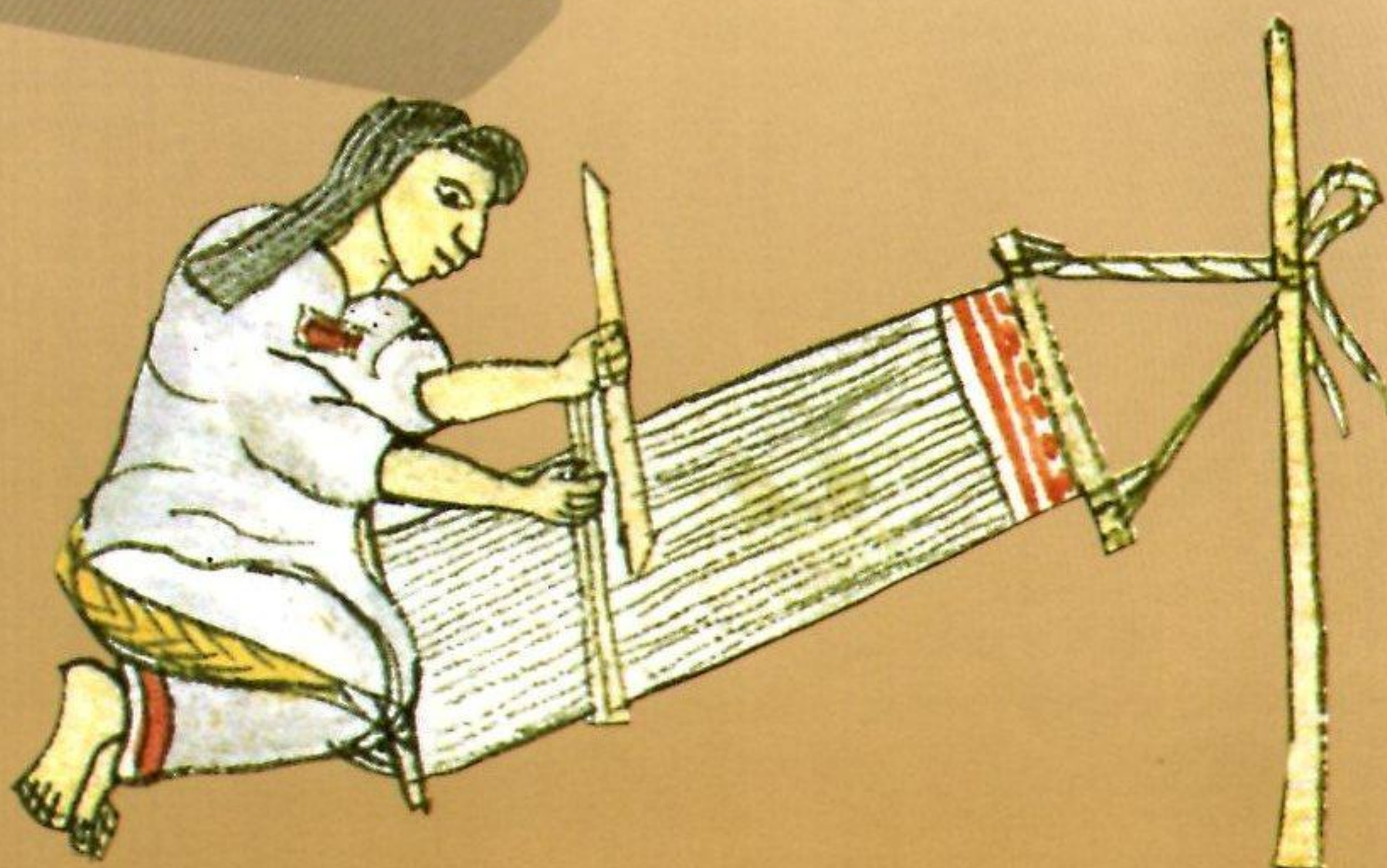


Decorado con pinturas de plantas y animales, este cuenco tiene incisiones entrecruzadas en el fondo. Los chiles eran raspados contra los segmentos sobresalientes.



Chinampas como las que cultivaban los aztecas pueden verse todavía en la actualidad en Xochimilco, cerca de Ciudad de México. Una réplica en piedra de una piragua (izquierda) muestra la embarcación que transportaba a gente y mercancías, una forma de transporte eficiente en una tierra sin ruedas.

Una mujer joven teje en un telar de cintura con un extremo atado a un poste y el otro alrededor de su cuerpo. Inclinandose hacia atrás, podía variar la tensión de la urdimbre. Una varilla alzaba los hilos alternos para que pudiera pasar la lanzadera a través de la trama en un rápido movimiento.



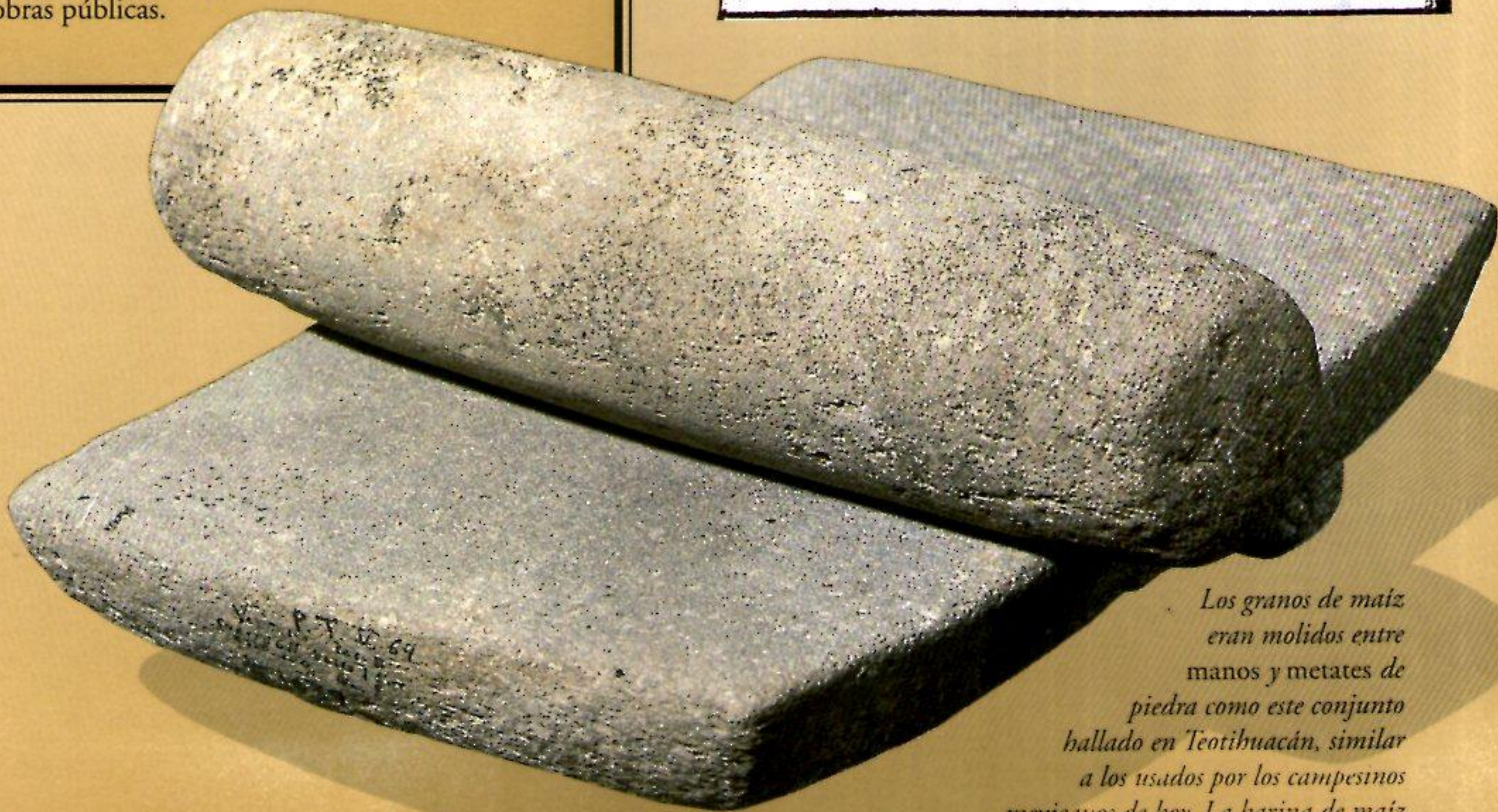
LAS MUCHAS RECOMPENSAS Y BENEFICIOS DEL TRABAJO DURO

El trabajador azteca se levantaba cada día para iniciar sus horas de trabajo en los campos comunales, en los proyectos públicos o en oficios controlados oficialmente. Su esposa, mientras tanto, dedicaba buena parte del día a tejer, haciendo una pausa de tanto en tanto para ocuparse de los niños o del ganado y para regatear en el mercado y cocinar para la familia.

Una creciente necesidad de tierras de labor obligó a utilizar para la agricultura zonas pantanosas poco profundas del lago. Se cavó un entrecruzado de canales, y el extremadamente fértil limo del fondo del lago fue apilado sobre cada rectángulo, o *chinampa*. Esto dio como resultado un cuadriculado de estrechas franjas de tierra de unos 100 metros de largo por 5 a 10 metros de ancho, rodeadas por canales. Los granjeros podían vivir en estas parcelas isla y cultivar flores y verduras, regando sus cosechas con cubos que llenaban en el canal contiguo.

En producción durante todo el año, con nuevo lodo fresco dragado del fondo siempre que era necesario, las chinampas producían anualmente varias cosechas. Extraer una producción de cada metro disponible de tierra condujo a unos excedentes de comida, lo cual liberó a algunos trabajadores que pudieron especializarse en otros oficios o trabajar en obras públicas.

Un granjero, utilizando un palo puntiagudo de madera para ablandar el suelo, deja caer unas semillas en los agujeros que ha hecho en la parte superior de cada montículo. Lleva sus semillas de maíz en la bolsa de tela atada al hombro.



Los granos de maíz eran molidos entre manos y metates de piedra como este conjunto hallado en Teotihuacán, similar a los usados por los campesinos mexicanos de hoy. La harina de maíz resultante era moldeada en tortas cocidas sobre una plancha de arcilla.

ALEGRES SONES RÍTMICOS EN LOS RITOS FESTIVOS Y FIESTAS

Los festivales religiosos pulsaban con vigorosos ritmos, puesto que la música realizaba tanto los rituales solemnes como las fiestas más alegres. Cantantes y bailarines profesionales actuaban en todas las ceremonias sagradas, acompañados por pequeñas orquestas que tocaban flautas, silbatos, trompetas de concha, matracas de calabazas y palos, gongs y tambores. Los danzarines se añadían al efecto de percusión atándose tiras de conchas, huesos o campanillas de cobre a sus ropas para que resonaran cuando se movían.

Después de las ceremonias, muchos participantes en los festivales se sentaban a tomar suntuosos banquetes en las casas de los ricos, donde disfrutaban de la música, recitados de poesías y obras teatrales interpretados por profesionales al servicio permanente de las casas nobles. Las poesías eran recitadas al ritmo de los tambores y a la melodía de las flautas. Los invitados se unían a menudo a los cantos. Algunos se alzaban para unirse a las danzas, como parece haber hecho la figura de arcilla de un danzarín en un festival (*derecha*), que lleva taponos en labio y orejas.

En las fiestas de Motecuhzoma, sin embargo, un triste destino podía aguardar al vocalista que desafinaba o al tamborilero que perdía el ritmo. «Lo encerraban y moría», señaló el cronista Sahagún.



Los agujeros para los dedos de la flauta azteca de arriba sugieren que era posible que se usara una escala pentatónica, o de cinco notas. Sin embargo, se han hallado dobles y triples flautas con hasta 16 agujeros.

Guerreros vestidos como águilas y jaguares bailan al ritmo pulsante del teponaztli, un gong de madera de dos tonos que era

golpeado con palos rematados con caucho, y el huehuetl, un tambor hecho con un tronco ahuecado.



La encantadora tortuga de cerámica de arriba es una ocarina. Su cola forma la boquilla, y el sonido brota por la boca.



CUMPLIR CON LA DEMANDA DE BELLEZA Y ESTILO

Gobernantes y nobles del valle de México competían por las habilidades de los más finos artesanos, que trabajaban en más de 30 oficios reconocidos oficialmente. Los gremios establecían los estándares para el pago y la calidad calificando a sus miembros. Los artesanos vivían en su propia sección de Tenochtitlán, a la que acudían desde poblados a través de todo el imperio.

Los metalistas martilleaban oro y plata en joyería y artefactos religiosos y elaboraban el cobre en agujas, anzuelos, cabezas perforadoras, cinces y hachas. Los cortadores de piedra utilizaban herramientas de cobre, junto con agua y arena abrasiva, para cortar, perforar y pulir turquesa, obsidiana, jade, amatista, cornalina y alabastro en joyas y objetos sagrados. Los más prestigiosos de todos eran quienes trabajaban con plumas, que elaboraban los brillantes plumajes de los quetzales verdes, guacamayos escarlatas, cotingas azules y papagayos para crear multicolores tocados, escudos, túnicas y mantos.

La taza de calcita para beber con la forma de un conejo de arriba fue producida con herramientas de cobre, luego pulida. Los conejos simbolizaban la ensoñación ebria, y la taza pudo contener octli, una bebida alcohólica hecha de savia de maguey. Sólo la gente vieja podía emborracharse sin ser castigada, castigo que incluía el matar al culpable a golpes o estrangularlo.

Un pendiente de un guerrero con la forma de una cabeza de animal (derecha) es un mosaico de turquesa con un granate en la boca que exhibe dientes de pescado. Considerada sólo superada por el jade como la más preciosa de las gemas, la turquesa simbolizaba el agua y el cielo.





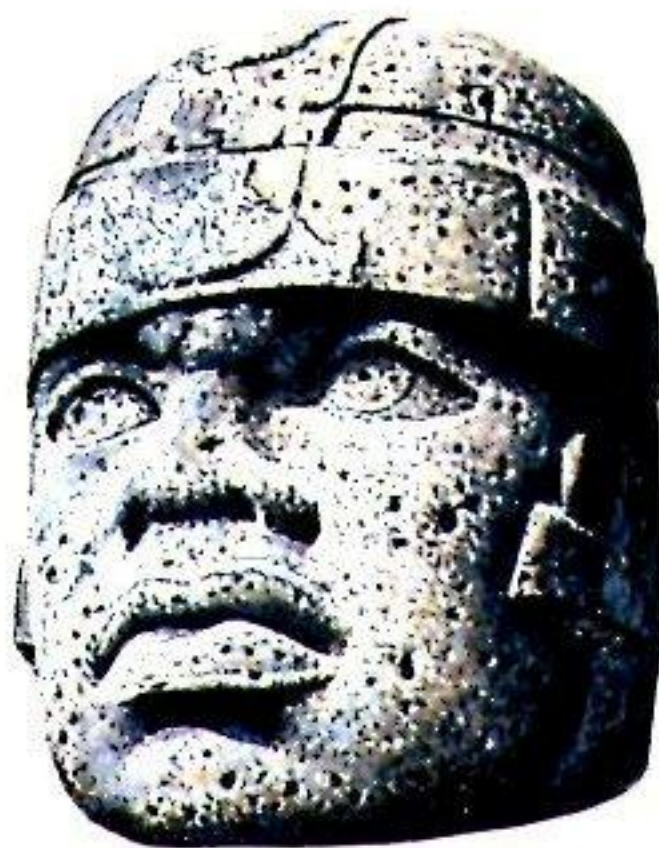
En el centro de un abanico de plumas y bambú (arriba) descansa una estilizada mariposa; un dibujo floral decora el otro lado. Utilizando una espátula de hueso, un artesano pegaba las plumas a una hoja de algodón (derecha). La tela había sido anteriormente reforzada por detrás con hojas de maguey, vuelta rígida con un revestimiento de goma seca, y estarcida con un dibujo.



UNA CADENA DE CULTURAS EN EL NUEVO MUNDO

En el valle de México, una cuenca natural a dos kilómetros y medio de altura en el corazón de Mesoamérica, las comunidades cazadoras y pescadoras aparecieron ya en el año 20.000 a.C. En el 5000 a.C., en las orillas del lago Tetzco, los cazadores seminómadas habían empezado a cultivar el maíz, a tejer cestos y a moldear cerámica. En el 1500 a.C., los granjeros estaban construyendo poblados con chozas de barro. La civilización se aceleró, y en otros 300 años la cultura olmeca, que emergió en las tierras bajas al sureste, se había extendido al valle. Los olmecas fueron los primeros de una cadena de civilizaciones regionales, descritas a la derecha. Carentes de vehículos con ruedas o bestias de carga, sucesivos grupos de asentadores crearon gradualmente un estilo de vida mesoamericano que culminó con la grandeza artística y social de los aztecas.

PRECLÁSICO PRIMITIVO Y MEDIO: 1200-400 a.C.



CABEZA OLMECA

Los olmecas desarrollaron jeroglíficos y un calendario, y crearon redes de comunicación y comercio que unieron los centros de población de toda Mesoamérica. La primera gran civilización de la región dejó su huella muy espectacularmente en esculturas de cabezas gigantes (*arriba*) talladas en basalto. De unos tres metros de altura y un peso de hasta 40 toneladas, se cree que eran retratos de los señores olmecas. Las piedras usadas eran probablemente extraídas de las montañas cerca de Tuxtla, a unos 130 kilómetros de su destino final. Arrastradas hasta los ríos, eran transportadas flotando sobre balsas hasta la ciudad para ser talladas allí. Esta compleja empresa no hubiera podido realizarse sin unas clases sociales claramente definidas.

Otras estatuas eran de dioses olmecas y combinaban rasgos de humanos y jaguares, cocodrilos y otras formidables criaturas. El sistema olmeca de liderazgo religioso y social persistiría a través de todas las sucesivas culturas mesoamericanas.

PRECLÁSICO TARDÍO: 400 a.C.-100 d.C.



«HERMOSA DAMA»

Situado en los límites de la cultura olmeca, el pueblo del valle de México vivía en pequeños poblados donde cultivaban el algodón y creaban atractivas figuras de cerámica como la denominada Hermosa Dama, de los pozos de arcilla del poblado de Tlatilco (*arriba*). En el borde sur del valle, un asentamiento en Cuicuilco se desarrolló como un centro cultural alrededor del 400 a.C., adquiriendo finalmente una población de más de diez mil almas. En su eje ceremonial se alzaba un templo, un montículo circular de tierra a distintos niveles de unos 110 metros de largo, revestido con piedras, que se alzaba en cuatro niveles hasta un centro de 22 metros de alto.

Hacia finales de este período, la ciudad de Teotihuacán, en la sección noreste del valle, empezó a competir con Cuicuilco para conseguir una influencia regional. Alrededor del 200 a.C., Cuicuilco fue destruida por la primera de dos erupciones volcánicas, dejando a Teotihuacán sin nadie capaz de desafiarla.

CLÁSICO: 100-750 d.C.



SERPIENTE EMPLUMADA

Hacia el 100 d.C., Teotihuacán dominaba el valle de México, y extendía su influencia por toda Mesoamérica. Ocupaba 20 kilómetros cuadrados, tenía una población que podía haberse incrementado a 200.000 en el año 500 d.C., y se alineaba como una de las mayores ciudades de su época en el mundo. En su centro se alzaba un complejo espectacular de enormes pirámides, que hoy todavía son uno de los esplendores del hemisferio. Una de ellas pudo haber estado dedicada a Quetzalcoatl, que significa «serpiente emplumada» (*arriba*), una deidad de la fertilidad. El arte de la ciudad resonaba con temas militares. Rodeando el centro sagrado se alzaban una serie de palacios que contenían hermosos murales, así como grandes complejos de apartamentos multifamiliares.

Situada cerca de los depósitos de obsidiana, Teotihuacán desarrolló y controló una importante industria de obsidiana. La piedra sin labrar era traída a la ciudad para ser elaborada en productos que se comerciaban en toda Mesoamérica. Los artesanos introdujeron también la cerámica cilíndrica que se apoyaba sobre tres patas. La influencia de Teotihuacán terminó cerca del 750 d.C., cuando buena parte de la ciudad fue incendiada.

EPICLÁSICO:
750-900 d.C.



CABALLERO JAGUAR

La caída de Teotihuacán marcó el final de siglos de comercio y el declive del alto nivel de cultura que se había desarrollado en y alrededor del valle de México, y condujo a una nueva era de frecuentes guerras. A medida que se desarrollaba un vacío de poder, grupos inferiores de partes alejadas de Mesoamérica empezaron a establecerse en la región. Sus poblados crecieron a ciudades defendibles que competían entre sí por el poder económico y militar. Ninguna ciudad llegó a dominar; en vez de ello evolucionaron un cierto número de centros regionales, como Cacaxtla, cuyos edificios estaban pintados con escenas bélicas, como se muestra en el fragmento de mural de arriba.

POSCLÁSICO
PRIMITIVO:
900-1250 d.C.



GUERRERO TOLTECA

Entre las nuevas ciudades estaba Tula, a unos 65 kilómetros al noroeste de Teotihuacán. Sus habitantes, una mezcla de pueblos que habían vivido en la zona desde hacía siglos y nuevos asentadores cuyos antepasados habían sido seminómadas, empezaron a ser conocidos como los toltecas. Hacia el 1000 d.C., Tula tenía quizá 40.000 habitantes, con una población igual en las tierras de labor adyacentes. El centro ceremonial de Tula era pequeño, rodeado por bien construidos alojamientos. Sobre una plataforma piramidal de cinco niveles se alzaba una hilera de columnas de piedra de 5 metros de alto talladas como guerreros (*arriba*). Los objetos religiosos enfatizaban el sacrificio humano. Se erigieron percheros para exhibir los cráneos de los cautivos, y los templos contenían *chacomools*, altares de piedra para sacrificar corazones humanos.

Los toltecas establecieron un imperio que exigía tributo y que dominaba buena parte del México central, y su influencia se extendió a las tierras bajas del sur. Su sistema imperial se convirtió en un modelo para los posteriores aztecas. Aunque construida sobre una colina defendible, Tula también se desmoronó y cayó en ruinas hacia el año 1200 d.C.

POSCLÁSICO
TARDÍO:
1250-1521 d.C.



ÁGUILA AZTECA

Relativamente tardíos, los aztecas, chichimecas seminómadas del noroeste, llegaron al valle de México hacia el 1200 d.C. Llevaban consigo una representación de su temible dios tribal, Huitzilopochtli, al que aplacaban con sacrificios humanos. Según las leyendas, éste les había dicho que debían asentarse allí donde encontraran a un águila perchada sobre un cactus (*arriba*). El ave fue vista supuestamente en las tierras pantanosas de una isla en el lago Tetzaco hacia el año 1325 d.C. Allí construyeron los aztecas su ciudad cruzada por canales, Tenochtitlán.

En el centro de Tenochtitlán, los aztecas erigieron un espacioso recinto religioso de sorprendentes pirámides y templos. Cultivaron *chinampas*, pequeñas y fértiles islas drenadas del pantano. Guerreros agresivos, exigieron tributo de las ciudades-estado dentro de su creciente imperio. La riqueza, comercio y cultura de la ciudad atrajeron a otros asentadores, y hacia el 1519 Tenochtitlán albergaba quizás a 200.000 personas, aproximadamente tres veces la población de la ciudad más grande de España, Sevilla.

PERÍODO
COLONIAL PRIMITIVO:
1521 d.C.



YELMO ESPAÑOL

En 1521, el valle de México fue conquistado por los españoles, cuyos yelmos de hierro (*arriba*) brillaban en sorprendente contraste con las multicolores plumas de sus adversarios. Al contrario de invasores anteriores, no tenían ningún deseo de absorber las costumbres de los pueblos conquistados; en vez de ello, estaban decididos a obligar a los aztecas a adoptar los valores y la religión de España. Deliberada y absolutamente, la administración civil, instigada por la iglesia católica, intentó anular todo vestigio de la literatura, religión y tradiciones de la nueva tierra. Menos de una década después de la conquista, los religiosos, que combatían todavía las influencias aztecas, hallaron necesario reconstruir por escrito la civilización que estaban intentando tan intensamente aplastar, aunque sólo fuera para comprenderla mejor. Finalmente, las costumbres aztecas, que se fueron infiltrando gradualmente en la cultura recién implantada, crearon no una réplica española sino un vigoroso híbrido.

AGRADECIMIENTOS

Los editores desean agradecer a las siguientes personas e instituciones su valiosa ayuda en la preparación de este volumen:

Donatella Bertoni, IGDA, Milán; Elizabeth Boone, Dumbarton Oaks Libraries, Washington, D.C.; Michael Coe, Museo

Peabody de Historia Natural, Universidad de Yale, New Haven, Connecticut; W. M. Ferguson, Wellington, Kansas; Peter Furst, Devon, Pensilvania; David Grove, Universidad de Illinois, Urbana; Sabine Hesse, Württembergisches Landesmuseum, Stuttgart; Caterina Longanesi, Milán; Eduar-

do Matos Moctezuma, Dirección General de Templo Mayor, Ciudad de México; Donato Pineider, Florencia, Italia; Michael Spence, Departamento de Antropología, Centro de Ciencias Sociales, Ontario, Canadá; Richard Townsend, Instituto de Arte de Chicago, Chicago, Illinois.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Las fuentes de las ilustraciones de este volumen se relacionan a continuación. Los créditos de izquierda a derecha están separados por puntos y comas; los de arriba a abajo por guiones.

- 6, 7: Werner Forman Archive, Londres. 8: Werner Forman Archive/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 10: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 11: De *The Aztec Cosmos*, dibujado y recogido por Thomas J. Filsinger, Celestial Arts, Berkeley, 1984. 12, 13: Fondo David Hiser, Photographers/Aspen/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; arriba a la derecha W. L. Clements Library, Universidad de Michigan. 16, 17: Werner Forman Archive/Liverpool City Museum. 18: Bodleian Library, Oxford. 19: Dibujo de Time-Life Books. 22-25: Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia. 26, 27: Eberhard Thiem, Lotos Film/Museum für Völkerkunde, Viena (2). 28: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – figura de jaguar, México, Azteca, c. 1440-1521 d.C., piedra, 12,5 cm x 14,5 cm x 28 cm, Brooklyn Museum 38.45, Carl H. deSilver Fund. 29: Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Werner Forman Archive/Merrin Collection, Nueva York/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 30: Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Werner Forman Archive, Londres. 34: Bodleian Library, Oxford. 35: Bibliothèque Nationale, París. 36-39: Enrique Franco Torrijos/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 40-43: Bodleian Library, Oxford. 44: Werner Forman Archive, Londres/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 46, 47: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 48: Foto de Peter R. Furst/Princeton Museum of Art (2). 49: G. Dagli Orti, París. 51: Mapa de Time-Life Books – David C. Grove/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 52: Werner Forman Archive/Museo Británico, Londres – Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; Werner Forman Archive, Dr. Kurt Stavenhagen Collection/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 54: De *Mexico*, por Michael D. Coe (3ª ed.), Thames and Hudson, Nueva York, 1984. 55: Foto de Peter T. Furst – René Percheron/Artephot/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 56: Instituto Smithsonian, Museo Nacional de los Indios Americanos, neg. #17846 – De *Mysteries of the Mexican Pyramids*, por Peter Tompkins, Harper & Row, 1976 (2). 59: Salvador Guiliem; G. Dagli Orti/IGDA, Milán. 60: Kaz Tsuruta. 61: Fine Arts Museums of San Francisco, donación de Harald J. Wagner. 62: De *Mysteries of the Mexican Pyramids*, por Peter Tompkins, Harper & Row, 1976. 63: Michel Zabé. 64, 65, Richard A. Diehl; William F. Ferguson y *Mesoamerica's Ancient Cities*. 67: René Roland. 68, 69: Werner Forman Archive, Londres; Salvador Guiliem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – G. Dagli Orti, París. 70, 71: Dibujo de Time-Life Books; fondo William M. Ferguson y *Mesoamerica's Ancient Cities*. 72, 73: Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (2); fondo Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren. 74, 75: Art Institute of Chicago; fondo Compañía Mexicana Aerofoto. 76, 77: G. Dagli Orti, París; fondo Compañía Mexicana Aerofoto. 78, 79: Fotografiado por Saburo Sugiyama (2). 80: Werner Forman Archive, Londres. 82, 83: De *Aztechi*, por Eduardo Matos Moctezuma, foto de Salvador Guiliem, Editoriale Jaca Books, Milán, 1989. 84: Kenneth Garrett, dibujo en oro de Fred Holz. 86: Kenneth Garrett/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Scala, Florencia/Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia. 87: Werner Forman Archive, Londres/Museum für Völkerkunde, Basilea. 88, 89: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 90: Bodleian Library, Oxford (4) – Cortesía John Carter Brown Library en la Universidad Brown. 91: Eberhard Thiem, Lotos Film/Museum für Völkerkunde, Viena – Bodleian Library, Oxford (4). 92, 93: Enrique

Franco Torrijos – Museo Británico, Londres; copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia. 96, 97: Werner Forman Archive/Museo Pigorini, Roma – Museo Británico, Londres. 100: Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 101: Nick Saunders, Londres/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; fondo Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren. 102: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 104, 105: Salvador Guiliem – Del catálogo *Art of Aztec Mexico: Treasures of Tenochtitlan*, National Gallery of Art, Washington, D.C./Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 106: Miguel Salgado, de «The National Museum of Anthropology, Mexico», ©Pedro Ramírez Vázquez, 1968, Panorama Editorial, México. 107: Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia. 109: Museo de América, Madrid. 110, 111: Mark Godfrey/D. Brown & Assoc.; Dibujo de Fred Holz. 112: Dibujo de Fred Holz – Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 113: Kenneth Garrett/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (2). 114: Dibujo de Fred Holz – Enrique Franco Torrijos/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; Salvador Guiliem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 115-117: Kenneth Garrett/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 118: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (3).

119: Mario Carrieri, Milán/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 120: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 120: Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 121: Dibujo de Fred Holz; Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Salvador Guiliem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 122-123: Dibujo de Fred Holz – Michel Zabé/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (3). 124: René Percheron/Artephot/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 126, 127: Bob Schalkwijk/Instituto Nacional de Bellas Artes, México. 128: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren. 131: Bibliothèque Nationale, París. 132: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Debra Nagao/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 133: Richard Townsend, Art Institute of Chicago – Dibujo de Time-Life Books. 136: Bodleian Library, Oxford. 137: Werner Forman Archive/Museum für Völkerkunde, Hamburgo. 138: Werner Forman Archive, Londres – fotografiado por J. Oster/Musée de l'Homme, París. 139: Salvador Guiliem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Foto de Peter T. Furst. 140: Bibliothèque de l'Assemblée Nationale, París. 141: Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia – Bodleian Library Oxford. 142: Werner Forman Archive/Museum für Völkerkunde, Basilea – Foto Dietrich Graf/Museum für Völkerkunde

SMPK, Berlín; Werner Forman Archive, Londres; Werner Forman Archive/Museo Británico, Londres. 143: René Percheron/Artephot/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 144: Bodleian Library, Oxford – Foto de Peter T. Furst. 145: Foto de Peter T. Furst/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. 146, 147: John Carlson, Center for Archaeoastronomy – G. Dagli Orti, París – Scala, Florencia/Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia. 149: Bodleian Library, Oxford. 150: Michel Zabé – Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia. 151: Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia; foto de Peter T. Furst – Foto Dietrich Graf/Museum für Völkerkunde SMPK, Berlín. 152: Werner Forman Archive, Londres – Salvador Guiliem/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Bodleian Library, Oxford. 153: Copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia – Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren. 154: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren; Werner Forman Archive/Museum für Völkerkunde, Berlín. 155: G. Dagli Orti, París – Werner Forman Archive, Londres/Museo Británico. 156: Werner Forman Archive/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México – Museo Británico, Londres. 157: Eberhard Thiem, Lotos Film, Museum für Völkerkunde, Viena; copiado por Donato Pineider, Florencia/Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia. 158, 159: Dibujo de Paul Breeden.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Anderson, Arthur J. O., y Charles E. Dibble (Trad.). *The War of Conquest*. Salt Lake City: University of Utah Press, 1978.
Aveni, Anthony F., y Gary Urton (Eds.). *Ethnoastronomy and Archaeoastronomy in the American Tropics*. Nueva York: New York Academy of Sciences, 1982.

Baquedano, Elizabeth. *Aztec Sculpture*. Londres: British Museum Publications, 1984.
Batres, Leopoldo. *Teotihuacán: La Ciudad Sagrada de los Toltecas*. Ciudad de México: Talleres de la Escuela N. de Artes y Oficios, 1889.
Berdan, Frances F.

The Aztecs. Nueva York: Chelsea House Publishers, 1989.
The Aztecs of Central México: An Imperial Society. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1982.
Bernal, Ignacio:
A History of Mexican Archaeology: The Vanished Civilizations of Middle America.

- Londres: Thames and Hudson, 1980.
- Mexico before Cortez: Art, History, Legend* (ed. rev.). Traducido por Willis Barnstone. Garden City: Anchor Press, 1975.
- Berrelleza, Juan Alberto Romá. *Sacrificio de niños en el Templo Mayor*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- Berrin, Kathleen (Ed.). *Feathered Serpents and Flowering Trees*. San Francisco: Fine Arts Museums of San Francisco, 1988.
- Boone, Elizabeth Hill (Ed.):
- The Art and Iconography of Late Post-Classic Central Mexico*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks, 1982.
- The Aztec Templo Mayor*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks, 1983.
- Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks, 1984.
- Bray, Warwick. *Everyday Life of the Aztecs*. Nueva York: Dorset Press, 1968.
- Brizuela, María Luisa Franco. *Conservación del Templo Mayor de Tenochtitlán*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- Broda, Johanna, David Carrasco, y Eduardo Matos Moctezuma. *The Great Temple of Tenochtitlan: Center and Periphery in the Aztec World*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- Burland, Cottie, y Werner Forman. *Gods and Fate in Ancient México*. Londres: Orbis Publishing, 1980.
- Carrasco, David:
- Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition*. Chicago: University of Chicago Press, 1982.
- Religions of Mesoamerica*. San Francisco: Harper & Row, 1990.
- Carrasco, David (Ed.). *To Change Place: Aztec Ceremonial Landscapes*. Niwot: University Press of Colorado, 1991.
- Ceram, C. W. *Gods, Graves, and Scholars*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1972.
- Charnay, Désiré. *The Ancient Cities of the New World: Being Voyages and Explorations in Mexico and Central America from 1857-1882*. Traducido por J. Gonino y Helen S. Conant. Nueva York: AMS Press, 1973.
- Codex Mendoza: Aztec Manuscript*. Friburgo: Productions Liber, 1978.
- Coe, Michael D.:
- America's First Civilization*. Nueva York: American Heritage Publishing, 1968.
- Mexico* (2ª ed.). Londres: Thames and Hudson, 1977.
- Mexico* (3ª ed.). Londres: Thames and Hudson, 1984.
- Coe, Michael D., Dean Snow, y Elizabeth Benson. *Atlas of Ancient America*. Nueva York: Facts On File Publications, 1986.
- Davies, Nigel:
- The Ancient Kingdoms of Mexico*. Nueva York: Penguin Books, 1983.
- The Aztecs: A History*. Nueva York: G. P. Putnam's, 1974.
- Díaz, Bernal. *The Conquest of New Spain*. Nashville: Fisk University Press, 1932.
- Dickey, Thomas, Vance Muse, y Henry Wiencek. *The God-Kings of Mexico*. Nueva York: Stonehenge Press, 1982.
- Diehl, Richard A. *Tula: The Toltec Capital of Ancient Mexico*. Londres: Thames and Hudson, 1983.
- D'Olwer, Luis Nicolau. *Fray Bernardino de Sahagún*. Salt Lake City: University of Utah Press, 1987.
- Durán, Diego:
- Aztecs: The History of the Indies of New Spain*. Traducido por Doris Heyden y Fernando Horcasitas. Nueva York: Orion Press, 1964.
- Book of the Gods and Rites and the Ancient Calendar*. Editado y traducido por Fernando Horcasitas y Doris Heyden. Norman: University of Oklahoma Press, 1971.
- Edmonson, Munro S. (Ed.). *Sixteenth Century Mexico: The Work of Sahagún*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1974.
- Ekholm, Gordon F., e Ignacio Bernal. *Archaeology of Northern Mesoamerica* (Primera parte). Austin: University of Texas Press, 1971.
- Fagan, Brian M.:
- The Aztecs*. Nueva York: W. H. Freeman, 1984.
- Quest for the Past*. Addison-Wesley, 1978.
- Ferguson, William M., y Arthur H. Rohn. *Mesoamerica's Ancient Cities*. Niwot: University Press of Colorado, 1990.
- Furst, Jill Leslie, y Peter T. Furst. *Pre-Columbian Art of Mexico*. Nueva York: Abbeville Press, 1980.
- Gillmor, Frances. *Flute of the Smoking Mirror*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1949.
- Grove, David. *Chalcatzingo: Excavations on the Olmec Frontier*. Londres: Thames and Hudson, 1984.
- Hagen, Victor Wolfgang von. *The Aztec Man and Tribe*. Nueva York: New American Library, 1961.
- Hassig, Ross:
- Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*. Norman: University of Oklahoma Press, 1988.
- Trade, Tribute, and Transportation*. Norman: University of Oklahoma Press, 1985.
- Heyden, Doris, y Luis Francisco Villaseñor. *The Great Temple and the Aztec Gods*. Ciudad de México: Minutiae Mexicana, 1984.
- Holmes, William H. *Archeological Studies among the Ancient Cities of Mexico*. Chicago: Field Columbian Museum, 1897.
- Innes, Hammond. *The Conquistadors*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1969.
- Kandell, Jonathan. *La Capital: The Biography of Mexico City*. Nueva York: Random House, 1988.
- Leonard, Jonathan Norton, y los editores de Time-Life Books. *Ancient America* (Serie Great Ages of Man). Alexandria, Va.: Time-Life Books, 1979.
- McIntosh, Jane. *The Practical Archaeologist*. Nueva York: Facts On File Publications, 1986.
- Matos Moctezuma, Eduardo:
- The Aztecs*. Nueva York: Rizzoli International Publications, 1989.
- The Great Temple of the Aztecs: Treasures of Tenochtitlan*. Londres: Thames and Hudson, 1988.
- Official Guide: The Great Temple*. Ciudad de México: INAH-Salvat, 1990.

- Teotihuacan: The City of Gods*. Nueva York: Rizzoli International Publications, 1990.
- Treasures of the Great Temple*. La Jolla, Calif.: Alti Publishing, 1990.
- Meyer, Karl E.:
The Pleasures of Archaeology: A Visa to Yesterday. Nueva York: Atheneum, 1971.
Teotihuacán. Nueva York: Newsweek, 1973.
- Meyer, Michael C., y William L. Sherman.
The Course of Mexican History (3ª ed.). Nueva York: Oxford University Press, 1987.
- Millon, René. *The Teotihuacán Map* (Vol. 1 de *Urbanization at Teotihuacán, Mexico*, editado por René Millon). Austin: University of Texas Press, 1973.
- National Museum of Anthropology, Mexico City* (Serie Great Museums of the World). Milán: Newsweek & Arnoldo Mondadori Editore, 1970.
- Nicholson, H. B. *Art of Aztec Mexico: Treasures of Tenochtitlan*. Washington, D.C.: National Gallery of Art, 1983.
- Pagden, A. R. (Ed. and Trad.). *Hernán Cortés: Letters from Mexico*. Nueva York: Grossman Publishers, 1971.
- Parkes, Henry Bamford. *A History of Mexico*. Boston: Houghton Mifflin, 1970.
- Pasztor, Esther. *Aztec Art*. Nueva York: Harry N. Abrams, 1983.
- Prescott, William H. *History of the Conquest of Mexico*. (3 vols.). Editado por John Foster Kirk. Filadelfia: J. B. Lippincott, 1873.
- Reed, Alma M. *The Ancient Past of Mexico*. Nueva York: Crown Publishers, 1966.
- Sablos, Jeremy A. *The Cities of Ancient Mexico*. Nueva York: Thames and Hudson, 1990.
- Sahagún, Bernardino de:
Florentine Codex: General History of the Things of New Spain (13 vols., 2ª ed. rev.). Traducido por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble. Salt Lake City: School of American Research, 1975.
A History of Ancient Mexico. Traducido por Fanny R. Bandelier. Nashville: Fisk University Press, 1932.
- Soustelle, Jacques. *Daily Life of the Aztecs*. Traducido por Patrick O'Brian. Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1970.
- Spinden, Herbert J. *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*. Nueva York: American Museum of Natural History, 1922.
Splendors of Thirty Centuries. Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1990.
- Sten, María. *Codices of Mexico and Their Extraordinary History*. Traducción de Carolyn B. Czitrom. Ciudad de México: Ediciones Lara, 1978.
- Stierlin, Henri. *Living Architecture: Ancient Mexican*. Nueva York: Grosset & Dunlap, 1968.
- Stuart, Gene S. *The Mighty Aztecs*. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1981.
- Tompkins, Peter. *Mysteries of the Mexican Pyramids*. Nueva York: Harper & Row, 1976.
- Vaillant, George C. *Aztecs of Mexico*. Harmondsworth (R.U.): Penguin Books, s/f.
- Vázquez, Pedro Ramírez. *The National Museum of Anthropology, Mexico*. Traducido por Mary Jean Labadie y Aza Zatz. Nueva York: Helvetica Press, 1968.
- Weaver, Muriel Porter. *Aztecs, Maya, and Their Predecessors*. Nueva York: Seminar Press, 1972.
- Wicke, Charles R. *Olmec: An Early Art Style of Pre-Columbian Mexico*. Tucson: University of Arizona Press, 1971.
- Wilson, Rex L. (Ed.). *Rescue Archeology: Proceedings of the Second New World Conference on Rescue Archeology*. Dallas: Southern Methodist University Press, 1987.
- Wilson, Rex L., y Gloria Loyola (Eds.). *Rescue Archeology: Papers from the First New World Conference on Rescue Archeology*. Washington, D.C.: Preservation Press, 1982.
The World Atlas of Archaeology. Boston: G. K. Hall, 1985.
- Yoffee, Norman, y George L. Cowgill (Eds.). *The Collapse of Ancient States and Civilizations*. Tucson: University of Arizona Press, 1988.
- ## PERIÓDICOS
- Anawalt, Patricia:
 «Costume and Control: Aztec Sumptuary Laws.» *Archaeology* (Nueva York), enero/febrero 1980.
 «Understanding Aztec Human Sacrifice.» *Archaeology* (Nueva York), septiembre/octubre 1982.
 «What Price Aztec Pageantry?» *Archaeology* (Nueva York), julio 1977.
- Austin, Alfredo López, Leonardo López Luján, y Saburo Sugiyama. «The Temple of Quetzalcoatl at Teotihuacan: Its Possible Ideological Significance.» *Ancient Mesoamerica* (Cambridge), 1991, Vol. 2, págs. 93-105.
- Castro, Rubén Cabrera, Saburo Sugiyama, y George L. Cowgill. «The Templo de Quetzalcoatl Project at Teotihuacan: A Preliminary Report.» *Ancient Mesoamerica* (Cambridge), 1991, Vol. 2, págs. 77-92.
- Chávez, Raúl García, et al. «The INAH Salvage Archaeology Excavations at Azcapotzalco, Mexico.» *Ancient Mesoamerica* (Cambridge), 1990, Vol. 1, págs. 225-232.
- Clendinnen, Inga. «The Cost of Courage in Aztec Society.» *Past & Present* (Oxford), mayo 1985.
- Heyden, Doris. «An Interpretation of the Cave underneath the Pyramid of the Sun in Teotihuacan, Mexico.» *American Antiquity* (Salt Lake City), abril 1975.
- McDowell, Bart. «The Aztecs.» *National Geographic*, diciembre 1980.
- Manzanilla, Linda, y Luis Barba. «The Study of Activities in Classic Households.» *Ancient Mesoamerica* (Cambridge), 1990, Vol. 1, págs. 41-49.
- Matos Moctezuma, Eduardo:
 «The Great Temple of Tenochtitlán.» *Scientific American*, agosto 1984.
 «New Finds in the Great Temple.» *National Geographic*, diciembre 1980.
- Millon, René:
 «Teotihuacán.» *Scientific American*, junio 1967.
 «Teotihuacán: Completion of Map of Giant Ancient City in the Valley of Mexico.» *Science*, diciembre 1970.

Montellano, Bernard Ortiz de. «Empirical Aztec Medicine.» *Science*, 18 abril 1975.
Montes, Augusto F. Molina. «The Building of Tenochtitlan.» *National Geographic*, diciembre 1980.
Nuño, Rubén Bonifaz. «The Hall of the Eagle.» *Artes de Mexico* (Ciudad de México), primavera 1990.

OTRAS FUENTES

«In Situ Archaeological Conservation.» Actas de las reuniones del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, y del Getty Conservation Trust. Century City, Calif.: Getty Conservation Institute, 1986.
Parsons, Jeffrey R. «Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico.» *Memorias del Museo de Antropología*, núm. 3. Ann Arbor: Universidad de Michigan, 1971.

MUSEOS

Los lectores interesados en ver objetos aztecas encontrarán excelentes colecciones en las siguientes instituciones.

Anahuacalli, Museo Diego Rivera, Ciudad de México
Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
Hamburgisches Museum für Völkerkunde, Hamburgo
Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología de México, Ciudad de México
Musée de l'Homme, París
Museo Americano de Historia Natural, Nueva York
Museo de Arqueología del Estado de México, Tenango
Museo de Arte de Filadelfia, Filadelfia
Museo de Brooklyn, Nueva York

Museo de Historia Natural de Chicago, Chicago
Museo de Historia Natural del Condado de Los Ángeles, Los Ángeles
Museo de la Humanidad, Museo Británico, Londres
Museo de los Indios Americanos, Fundación Heye, Nueva York
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York
Museo Nazionale Preistorico ed Etnografico Luigi Pigorini, Roma
Museo Peabody de Arqueología y Etnología, Universidad de Harvard, Cambridge
Museum für Völkerkunde, Basilea
Museum für Völkerkunde, Viena
Staatliche Museen Preussischer Kulturbesitz, Museum für Völkerkunde, Berlín
Staatliches Museum für Völkerkunde, Munich

ÍNDICE

Los números en cursiva indican una ilustración sobre el tema mencionado.

A

Acamapichtli: 42; glifo nombre de, 42
Achitometl: muerte ritual de la isla de por los aztecas, 49-50
Acosta, Jorge: 65; excavaciones en Teotihuacán, 59-60, 62
Aguilar, Jerónimo de: traductor de Cortés, 20-21
Alba, Víctor: 46
Alimentos: bebidas alcohólicas, 137, 156; *chocolatl*, 150; *manos y metates* de piedra usados para moler el maíz, 153; plantas alucinógenas, 125; productos básicos de la dieta azteca, 150-151; semillas de cacao, 129, 150
Alvarado, Pedro de: precipita el levantamiento azteca en Tenochtitlán, 31
Arellanos, Lourdes Beauregard de: excavaciones en Tula, 65
Arellanos Melgarejo, Ramón: excavaciones en Tula, 65

Arte: actitud azteca hacia, 137; arte tolteca, 44, 48, 49; ataques de la iglesia católica contra el arte azteca, 11; comercio ilegal en, 60-61; cráneo de cristal, 138; cráneo embellecido, 80; esculturas de guerreros, 94, 122; esculturas olmecas, 52, 53; figurillas de arcilla (terracota), 54, 55, 73, 154; frescos en el palacio de Quetzalpapalotl, 75; hombres comunes como temas de, 144, 145; jaguar de piedra, 86, 87; máscara de piedra, 118, 137; metalistería en oro y plata, 138-139, 156; motivo de muerte en, 138; motivos animales en, 28, 29, 30, 48, 151, 155, 156; perro, escultura de, 151; piragua, estatua de, 152; trabajos con plumas, 156, 157; trabajos de conservación sobre, 60-61
Artesanos: consideración de la comunidad hacia, 136-137; gremios, 156; y los toltecas, 45, 48
Atuendos: algodón reservado para la nobleza azteca, 140; como designación de rango, 90; como medio de intercambio

(*cuachtli*), 129-130; tocados, 26-27; variedad de, 129, 149

Avenida de los Muertos (Teotihuacán): 55, 56, 62, 69, *mapa* 71; excavaciones en, 59, 60

Aztecas: adorno pectoral, 6-7; agricultura, 33, 149, 152-153; armas de, 89, 95-96; ascensión al poder de, 19, 34, 40-43, 47-50, 66, 159; *atlatl* ceremonial, 96-97; autolaceración de, 102; belicosidad, naturaleza y papel de, 19, 31-32, 82, 83-89, 90-93, 94-100; canibalismo ritual, 92, 104, 105, 107, 108; casco ceremonial, 96-97; clase mercantil, 107-108, 130-135; código ético de, 126, 141; comercio extranjero de, 130-134; como mercenarios, 40, 41, 47, 49; cuchillo ceremonial, 92-93, 113; cuenco, 151; derribados por los españoles, 20, 32, 159; dignidad personal y comportamiento de, 139-140; documentos históricos sobre, 16-17; economía de intercambio de, 129-130, 150; emblema del águila coronada, 34, 40, 41, 50, 159; en

- el trabajo, 152-153; escudo ceremonial, 91; estructura jerárquica social de, 85, 87-88, 127, 130, 135-139, 148, 149; fatalismo de, 19, 112, 147-148; gobernantes, sucesión de, 86; gobierno, sistema de, 127, 135-136; guerreros, entrenamiento y equipo de, 88-89, 90-93, 94-95; habilidades retóricas de, 126-127; juego, propensión al, 146-147; juegos de pelota rituales, 12, 146-147; lenguaje de, 17, 18, 20, 22, 126; leyes de, 89, 140-141; literatura, 17, 126; logros arquitectónicos de, 27-28; mitos de creación, 100; origen mitológico de, 19, 34-39, 47; papel de los sacrificios humanos, 82-83, 86-87, 90, 100, 112, 159; pendiente de guerrero, 156; poetas, respeto hacia, 127; poligamia, 145; política española de anular la cultura de, 11, 17, 33, 34, 109, 132, 159; préstamos culturales de, 46, 48, 50; rituales de boda, 144, 145; sistema de tributos de, 19, 97-98, 117; sistema numérico, 18; tambor ceremonial, 100; taza para beber, 156; tradición oral de, 16, 17; vida cotidiana de, 17, 149-157; y animales, cualidades atribuidas a, 28-29, 89, 156; y cremación, 149; y cuevas, importancia de, 61, 99; y la astronomía, 14; y la herencia tolteca, 45, 63-64, 66; y Teotihuacán, 54, 55, 67
- Aztlan: 19, 36; probable situación de, 48
- B**
- Batres, Leopoldo: 56; excavaciones en Teotihuacán, 56, 57-58; nombrado protector de los monumentos arqueológicos mexicanos, 57
- Bernal, Ignacio: excavaciones en Teotihuacán, 59, 60, 62
- C**
- Caballeros Jaguar: 29, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 100, 105
- Caballeros Águila: 29, 91, 93; en combate ritual, 105; escultura de, 94, 100, 101, 123; naturaleza de elite de, 89, 90, 92
- Cacaxtla: fragmento de mural de, 159
- Calendario (azteca): 10, 14, 19, 50; glifos para los años del calendario, 41
- Calmecac (escuelas del templo): 12, 143, 144
- Calpullec: 136
- Carlos V: cartas de Cortés a, 16, 17, 27, 128
- Casa de los Sacerdotes: 58
- Chapultepec: 39, 41, 49; ruinas del templo y jardines en, 30
- Charnay, Désiré: excavaciones en Teotihuacán, 55-57; búsqueda de Tula, 64-65
- Chichén Itzá: 64; excavaciones en, 16
- Chichimecas: 35, 66, 159
- Chicomecoatl (deidad): estatua de, 142
- Chicomoztoc: y lugar tradicional de origen azteca, 34
- Chimalma (Escudo Sosegado): y el mito del viaje azteca, 36, 37
- Chimalpopoca (Escudo Humeante): reinado agitado de, 42
- Chinampas: 33, 85, 152, 153, 159
- Cholula: saqueo español de, 21
- Cinco Flores (deidad): como dios del juego, 147
- Ciudad de México: 53, 54, 67; dificultad de realizar excavaciones amplias en los yacimientos arqueológicos de, 16, 33; excavaciones en, 9, 10-11, 54, 81-83, 87, 109, 110-123
- Ciudadela de Teotihuacán: 55, 76-77; excavación de, 59
- Coatlicue (deidad): 82; estatua de, 8, 10-11, 14, 15, 143
- Coatlinchán: excavaciones en, 45, 46-47
- Códice Borbónico: 141
- Códice Boturini: 36-39
- Códice Fejérváry Mayer: 16-17 Códice Florentino: 17, 22-25, 97, 107, 125; descripción del juego de pelota ritual azteca, 146
- Códice Mendoza: 40, 41, 42-43, 136, 144
- Códices: 48, 61, 95, 143; páginas e ilustraciones de, 16-17, 18, 22-25, 35-43, 86, 90-93, 140, 141, 144, 146, 147, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 157; preparación de por los frailes españoles, 21; y la tradición oral india, 16, 34. Véanse también *códices individuales*
- Coe, Michael: excavaciones en San Lorenzo, 53
- Colhuacán: 37, 40, 47, 66; los aztecas como vasallos de, 41, 49, 50
- Colhuatepec: 34; mito de la emergencia azteca de, 35
- Cortés, Hernán: 11, 13, 16, 84; cartas a Carlos V, 16-17, 27, 128-129; crónicas de la época de las atrocidades de, 18; descripción del mercado en Tlatelolco, 128-129, 130; retirada de Tenochtitlán, 31; sobre los rituales aztecas de sacrificios humanos, 29; sobre Tenochtitlán, 27-28; y la conquista de México, 9, 14-15, 20, 22, 30-32; y Motecuhzoma II, 21, 23-25, 30-31; y Teotihuacán, 67; y Velázquez, 20, 31
- Costa del Golfo: 66, 146; presencia olmeca en, 51, 55
- Coyoacán: 103
- Coyolxauhqui (deidad): 99; relieve de piedra de, 81, 82-83, 109, 111, 115
- Crímenes: castigos aztecas a los, 140-141, 156
- Cuachtli: como medio de intercambio, 129-130
- Cuicacalli (escuelas del templo): 143
- Cuicuilco: 53, 158
- Cuitlahuac: muerte de, 25
- D**
- Davies, Nigel: sobre la caída de Teotihuacán, 63
- Departamento de Arqueología y Antropología (mexicano): 59
- Desuello del Hombre (ritual sacrificial): 103-105
- Díaz del Castillo, Bernal: descripción del mercado de Tlatelolco, 129; sobre el destino del México azteca, 9; sobre la entrada de los españoles en Tenochtitlán, 23-25; sobre los sacrificios humanos aztecas, 28, 29, 82-83; sobre Motecuhzoma II, 135
- Díaz, Porfirio: 57, 58
- Diehl, Richard: excavaciones en Tula, 65; teoría sobre la causa del declive de Tula, 66
- Durán, Diego: como cronista de la conquista española, 18; descripción del tributo a los aztecas, 98; sobre la burocracia azteca, 136; sobre la muerte de Motecuhzoma II, 31; sobre la reacción de Motecuhzoma II a la llegada de Cortés, 21-23; sobre los rituales de sacrificios humanos, 29-30, 103, 106-107

- E**
Educación: sistema formal azteca de, 143-145
El Tajín: panel en relieve hallado en, 146
Enfermedades: efectos de la viruela sobre los indios, 25, 32
Esclavitud: sistema azteca de: 138-139; práctica española de: 20, 138
España: destrucción de la cultura azteca, 11, 17, 33, 34, 109, 132, 159; México consigue la independencia de, 14; y la conquista de México, 9, 14-15, 30-32
- F**
Fagan, Brian: 58; sobre la naturaleza de la civilización tulana, 65
- G**
Gamio, Manuel: 59; excavaciones de la Ciudadela en Teotihuacán, 58-59
García Cubas, Antonio: sondeo en la Pirámide de la Luna, 57
Glifos (sistema pictográfico azteca): 10, 18, 19, 34, 35, 36, 37, 41, 42, 43, 50, 97, 132; influencia olmeca sobre, 61; uso de por los estudiantes, 143
Gran Ciudad de Tenochtitlán, La (Rivera): 126-127
Gran Pirámide de Tenochtitlán: 28
Güemes Pacheco de Padilla, Juan Vicente: y el descubrimiento de la Piedra del Sol, 11
Guerras de las Flores: 99-100
Guerrero: tributo de, 98
- H**
Hidalgo: tributo de, 98
Historia de las Indias de Nueva España (Durán): 18
Historia general de las cosas de Nueva España (Sahagún): 18
Historia verdadera de la conquista de Nueva España (Díaz del Castillo): 23
Huehuetotl (deidad): escultura de, 120, 121
Huitzilopochtli (deidad): 14, 19, 23, 24, 28, 29, 31, 32, 41, 48, 49, 85, 86, 99, 103, 109, 119, 143, 159; altar a, 12, 84, 109, 112, 113, 114; como dios del sol y de la guerra, 12; como patrón de los aztecas, 34, 36-37, 38, 81, 84; y desmembramiento de Coyolxauhqui, 82, 83
Humboldt, barón Alexander von: relato de su visita a los yacimientos arqueológicos en el México español, 14; sobre el reentramiento de la estatua de Coatlicue, 15
- I**
Iglesia católica romana: Códice Florentino confiscado por la Inquisición, 22; y la cultura azteca, 17-18, 159
Indios: tribus aliadas con los españoles contra los aztecas, 15, 87, 99
Instrumentos musicales: flauta azteca, 154; *huehuetl* (tambor), 155; ocarina (tortuga de cerámica), 155; *teponaztli* (gong de madera), 155
Itzcoatl: 139; esfuerzos para crear una historia noble para los aztecas, 47
Iztaccihuatl: 56
- J**
Jade: valor como gema, 156
Jiménez Moreno, Wigberto: identificación del emplazamiento de Tula, 65
Juegos: Véase *Ollamalitzli*, *Patolli*
- L**
La Venta: centro de población olmeca en, *mapa* 51
León y Gama, Antonio de: interpretaciones astronómicas de la Piedra del Sol, 14; sobre las habilidades aztecas como artesanos y constructores, 26-27
Linné, Sigvald: excavaciones en Teotihuacán, 59
- M**
M. H. de Young, Museo (San Francisco): y devolución de los murales de Teotihuacán a México, 60-61
Malinalco: 98-99, 101; reliquias de, 100; templo en, 93, 99
Malinalxochitl (deidad): 99
Marina, Doña: 20; advierte a Cortés de la conspiración cholulana, 21
Matlatzinca: 37
Matos Moctezuma, Eduardo: excavaciones en Tula, 65
Mayas: lenguaje, 20-21; y los olmecas, 51, 53; yacimientos arqueológicos de, 16
Mendoza, Don Antonio de: como virrey de Nueva España, 41
Mexico: 14
México: acceso a los yacimientos abierto a los arqueólogos extranjeros, 13-14; actitudes hacia la herencia india de, 45-47; estudios antropológicos del campesinado contemporáneo en, 149; intereses arqueológicos del virrey español en, 11; protección del gobierno de los yacimientos arqueológicos en, 61, 81
Michoacán: 98
Mictlan: 148
Mictlantecuhitli (deidad): estatua de, 122
Millon, René: excavaciones en Teotihuacán, 60, 62, 70
Moctezuma: Véase Motecuhzoma (Xocoyotzin) II
Montezuma: Véase Motecuhzoma (Xocoyotzin) II
Motecuhzoma I: 47, 87; y el código legal azteca, 140, 141
Motecuhzoma (Xocoyotzin) II: 9, 20, 41, 43; como orador, 127; conciencia de clase de, 135; jardines privados y palacio de, 9, 27, 136; muerte de, 31; preparación de comidas y diversiones para, 150, 154; supuesto tocado de, 26-27; variantes incorrectas de su nombre, 14-15; y Cortés, 21-25, 30-31; zoo de, 27, 28
Mujeres: como temas del arte azteca, 144; cortesanas, 140, 145; parto, apoyo y rituales durante, 84-85, 141-143; refinamiento de, 140; y educación, 143; y el trabajo, 152, 153; y matrimonio, 145; y sacrificios humanos, 106, 107, 146
Murales: obras de restauración de, 60
Muro de la Serpiente: 65
Museo del Templo Mayor (Ciudad de México): 82, 98
Museo Nacional de Antropología (Ciudad de México): 12, 15, 45, 46, 59, 87, 94
- N**
Náhuatl (lenguaje azteca): 17, 18, 20, 22, 126
Narváez, Pánfilo de: y Cortés, 31
Nezahualcoyotl: 66, 127, 131, 132
Nezahualpilli: 131
Niños: educación de, 143-144; rituales de

adivinación para, 141; rituales de nacimiento de, 84-85; sacrificio de, 105, 107, 117
Noche Triste: 31

O

Oaxaca: 60
Obsidiana: comercio de, 72, 98; fuentes cercanas a Teotihuacán, 54; usos de, 89, 96, 158
Octli: 92, 137, 156
Oficina de Recuperación Arqueológica (Mexicana): y la piedra de Coyolxauhqui: 81
Ollamaliztli (juego de pelota ritual): 12, 146-147; estadio para, 146
Olmecas: 48, 50, 55, 63, 158; centros de población de, *mapa* 51; esculturas de, 51, 52, 158; máscara, 118, 119
Orden de los Caballeros Águila y Jaguar: 89

P

Palacio del Arzobispo (Ciudad de México): reliquia de piedra descubierta en, 87
Palacio Nacional: 10, 33
Patolli: 147
Piedra Calendario (Piedra del Sol): 10, 11, 14, 33; excavación de, 10-11
Piedra de Tizoc: 87, 88-89; excavación de, 11
Piedra del Sol (Piedra Calendario): 10, 11, 14, 33; excavación de, 10-11
Piedra Sacrificial: excavación de, 11
Pirámide de la Luna: construcción de, 55; excavaciones en, 56, 57, 59-60, 62, 75
Pirámide de Quetzalcoatl como la Estrella Matutina: columnas de piedra en, 64
Pirámide del Sol: comparación con la Gran Pirámide de Egipto, 68; construcción de, 55; excavaciones en, 54, 57-58, 59, 60-61, 68-69
Pochteca: 130-135, 137
Preceptos de los Ancianos: y código de comportamiento ético, 126
Puebla: tributo de, 98
Pulque: 137. Véase también *Octli*

Q

Quetzalcoatl (deidad): como deidad de la fertilidad, 158; estatua de, 142, 158; la

llegada de Cortés coincide con las leyendas del regreso de, 21, 22; templo dedicado a, 12

Quetzalpapatl, palacio: 74-75; excavaciones en, 75

R

Religión: absolución, única oportunidad para la, 147-148; animales, poderes sobrenaturales atribuidos a, 28; aztecas y cristianismo, 9, 15, 17-18, 33, 46; creencias de Teotihuacán, 69; creencias olmecas, 52; cuevas como altares de culto, 61, 69, 99; deidades aztecas, 9, 11, 12, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 28, 31, 32, 33, 34, 36-37, 38, 41, 45, 46, 48, 49, 59, 61, 73, 74, 81, 84, 86, 99, 100, 103, 104, 106, 107, 112, 114, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 131, 132; deidades aztecas, diversidad de, 142; días sagrados, celebración festiva de, 145-146, 154-155; iconos, preocupación española por los, 15; juego de pelota ritual, 12, 146; mito de la lucha entre el sol y la luna y las estrellas, 82, 85; mitos de creación aztecas, 100; plantas alucinógenas, uso de, 147; regreso de Quetzalcoatl, creencia en el, 21; relación contractual entre los hombres y los dioses aztecas, 102; sacrificios animales, 100-102; sacrificios humanos, 12, 28-29, 48, 58, 81, 82-83, 85, 86, 87, 90, 100, 102-108, 109, 111, 112, 113, 131, 139, 146, 159; vasija águila utilizada en ritos sacrificiales, 104; visión azteca de la otra vida, 125, 148; visión escatológica azteca de la vida, 11, 33
Rivera, Diego: pintura de, 126-127

S

Sahagún, Bernardino de: esfuerzos por salvar la herencia azteca, 17-18, 22; sobre comidas y fiestas, 150, 154; sobre el arte azteca, 137; sobre la sensibilidad azteca, 140; sobre los comerciantes aztecas, 134; sobre los logros toltecas, 48, 64; sobre los rituales religiosos, 105, 147, 148; sobre los sacrificios humanos, 105; y el Códice Florentino, 22, 107
Salón de los Caballeros Águila: 89, 94; esculturas de, 122-123

San Juan: 56

San Lorenzo: *mapa* 51; excavaciones en, 53

San Martín: 56

Santa Cecilia Acatitlán: pirámide en, 142
Soustelle, Jacques: sobre la retórica azteca, 126

Stirling, Matthew W.: excavaciones en Tres Zapotes, 53

T

Tabasco, costa: 20

Telpochcalli (escuelas): 143-145

Templo de la Serpiente Emplumada (Templo de Quetzalcoatl): 59, 76; decoraciones de la fachada de, 77; pozos funerarios en, 78-79

Templo Mayor de Tenochtitlán: 12-13, 15, 27, 29, 33, 83, 84, 86, 94, 108, 110, 111, 121, 125; altares adyacentes a, 120, 121; esculturas de, 114; estadios sucesivos de construcción, 110, 111, 120; excavaciones en, 81-83, 84, 98, 109, 110-123; ofrendas de, 116-119, 137; piedras sacrificiales de, 112, 113; reliquia de cráneo de jaguar de, 102; restos de víctimas sacrificiales infantiles, 104-105, 107, 117

Tenango: estadios de juego de pelota ritual excavados en, 146

Tenayuca: 40, 41

Tenoch: fundador tradicional de Tenochtitlán, 41

Tenocha: 14

Tenochtitlán: 10, *mapa* 13, 14, 21, 40, 43, 47, 48, 50, 63, 92, 95, 98, 103, 106, 107, 108, 109, 128, 131, 159; anexión de Tlatelolco, 127; calzadas que conectan la ciudad a tierra firme, 13, 24, 27, 103; centro religioso en, 12-13, 28; comparaciones con las ciudades europeas de la época, 25-26; dificultades en la excavación de, 15-16; diques en, 13; escuelas en, 143; excavaciones en, 81-82, 109, 110-123; fundación de, 41, 110; organización política de, 136; población estimada de, 19, 26, 159; recaptura española de, 32-33; retirada española de (Noche Triste), 31; sección artesana de, 137, 156; Templo Mayor de, 12-13, 15, 27, 29, 33, 81-83, 84, 86, 94, 98, 102,

- 105, 107, 108, 109, 110-123, 125, 137; Tumba del Tiempo, 106; y Cortés, 23-25, 27-28, 84
- Teomama*: 37
- Teotihuacán: 45, 50, 65, 66, 153, 158, 159; alojamiento en, 62, 72-73, 75; Avenida de los Muertos, 55, 56, 59, 60, 62, 69, *mapa* 71; Ciudadela en, 55, 59, 76-77; como centro religioso, 69, 70; cueva sagrada hallada en, 61, 69; destrucción de, 55, 61-63, 67; excavaciones en, 16, 55, 56, 57-61, 67, 68-79; exploración aérea y cartografiado de, 60, 70, 71; figurillas de cerámica de, 63, 73; máscara funeraria de ónice de, 67; murales y frescos de, 60-61, 73, 75; objetos saqueados de y coleccionistas de arte contemporáneos, 60-61; obras de arte en, 58; Pirámide de la Luna, 55, 56, 57, 59-60, 62, 75; Pirámide del Sol, 54, 55, 57-58, 59, 60-61, 68-69; población estimada de, 53, 54, 70; tapa de brasero de, 74; zona arqueológica en, 61
- Teotihuacanos: 48, 50, 54, 63
- Tepanecs: los aztecas sirven como mercenarios para, 40
- Tetzaco, lago: 19, 22, 39, 40, 41, 47, 49, 50, 107, 132, 158, 159; drenado por los españoles, 33; reservas de alimentos de, 150
- Tetzaco: 127, 131
- Tetzcotzingo: palacio y jardines en, 132-133
- Tezcacoatl: 37
- Tezcatlipoca (deidad): víctimas sacrificiales para, 81; como deidad suprema del panteón azteca, 106
- Tizapán: 49
- Tizoc: piedra conmemorativa de, 87, 88; fracaso como comandante militar, 86-87
- Tlacaelel: general azteca, 89; y ritos de sacrificios humanos, 103
- Tlaloc (deidad): 12, 19, 28, 59, 61, 73, 106, 107, 117, 118, 119, 122, 132, 148; altar a, 12, 84, 109, 112, 114; como dios de la lluvia, 12; efigie de piedra de, 45, 46-47; origen no azteca de, 46
- Tlaloc, monte: 107, 132
- Tlatelolco: 32, 33, 107; excavación de la plaza templo en, 128; mercado en, 126, 127-130, 139; templo en, 25
- Tlatilco: yacimientos funerarios y objetos de arte de, 54, 55, 158
- Tlaxcala: 31, 56; como aliados de los españoles, 20, 21, 32, 99; y las Guerras de las Flores, 99-100
- Tlazolteotl (deidad): como diosa de lo sucio y lo obscuro, 140, 141
- Tochtepec: cuartel general de los mercaderes en, 108
- Toci (deidad): estatua de, 144
- Tolteca*: 137
- Toltecas: 34, 35, 47, 48, 50, 55, 57, 159; arte y artesanía de los, 44, 48, 49; estudio arqueológico de los, 63-66
- Tonatiuh (deidad): como dios del sol, 11, 33, 92
- Tres Zapotes: *mapa* 51; excavaciones en, 51-53
- Tula de Allende (Hidalgo): 64
- Tula: 63, 159; alojamientos en, 65; destrucción de, 65-66; excavaciones en, 64-66; Muro de la Serpiente en, 65; Pirámide de Quetzalcoatl como la Estrella Matutina, 64
- Tumba del Tiempo: 106
- Turquesas: comercio azteca en, 6; consideración de las, 156
- Tuxtla: canteras de basalto olmecas en, 158
- U
- Universidad de Rochester: y las excavaciones en Teotihuacán, 60
- V
- Valle de México: 49, 53, 56, 66, 98, 149, 156; cronología de la civilización en, 158-159; dominación azteca del, 14, 19, 34, 47; estación de las lluvias en, 45; fertilidad agrícola del, 85; rivalidad de ciudades estado en, 85-86
- Velázquez, Diego: intenta llamar de vuelta a Cortés, 31; nombra a Cortés para mandar la expedición a México, 20
- Veracruz: 21, 25, 31, 51; llegada de Cortés a, 20
- Villa Rica de la Vera Cruz: 20
- W
- Wagner, Harald: y fragmentos de mural saqueado de Teotihuacán, 60-61
- X
- Xipe Totec (deidad): estatua de, 87; y rituales de desuello, 104-105
- Xiuhtecuhtli (deidad): dios del fuego, 107
- Xochimilco: 42, 103; *chinampas* en, 149, 152
- Xochipilli (deidad): estatua de, 124
- Y
- Yacatecuhtli (deidad): como patrón de los mercaderes, 130, 134
- Young, Museo: Véase M. H. de Young, Museo
- Yucatán: 20; yacimientos arqueológicos toltecas en, 64
- Z
- Zócalo: descubrimiento de la Piedra Calendario y la Piedra Sacrificial en, 10-11
- Zumárraga, Juan de: destrucción del arte y la literatura nativas por, 17